

— ZOE HANLEY —

DONDE
QUIERAS



Donde Quieras

ZOE HANLEY



*Sabemos lo que somos pero no en lo
que podemos convertirnos.*

William Shakespeare

XVI

—¿Ana? ¿Qué pasa? ¿Va todo bien? —respondí al móvil automáticamente, apenas había abierto un ojo para mirar la pantalla.

—¡¡Feliz año nuevo, hermanita!! —su grito terminó de despertarme. —¿Tienes resaca?

—No, no. ¡Feliz año, Anita!

Estaba demasiado desorientada. Miré el despertador: las ocho. Apenas llevaba cuatro horas en la cama... y Sergio no estaba. Como siempre. Pero... ¿cuándo dormía?

—¿Qué haces despierta tan pronto, Ana?

—Todavía no me he acostado. Bueno, acostarme... me he acostado, pero sabes que me gusta despertarme en mi cama... —sutil como solo mi hermanita pequeña sabía ser.

—Bueno, me alegro de que hayas tenido una buena salida y entrada de año... —no pude evitar hacer el chiste fácil y la oí reírse al otro lado del auricular.

—Ya, ya... seguro que la tuya tampoco ha estado nada mal. Con un novio con el tuyo, hasta yo me plantearía seriamente la monogamia.

—No es mi novio. Solo es...

¿Mi chico? ¿Mi amante? ¿Mi amigo... que se enfada cuando le llamo amigo? Era demasiado confuso. Mi Amo, lo único que sabía y lo único que no podía decir.

—Eso, Clari, ¿qué es? —odiaba cuando mi hermana actuaba como la voz de mi conciencia.

—No lo sé. Y no me llames así que sabes que no lo soporto. Solo no es mi novio y punto.

—Veo que ni siquiera él ha conseguido quitarte el mal humor de por las mañanas. Pero Clara, si estáis viviendo juntos...

—Solo me estoy quedando en su casa unos días.

—Ya, en una casa que ha buscado solo para estar cerca de ti.

—Ana, eso no es así exactamente.

—Entonces ¿cómo es? ¿Cómo llamas a un chico con el que vives, que cambia de ciudad para estar contigo, que corre a presentarse a tu familia? Pero si solo le faltó arrodillarse y pedirle tu mano a papá.

—Ana, Sergio no...

—¿Por qué estás tan cerrada? Hay algo que no me estás contando. ¿Está casado?

—No, no está casado —o al menos eso creía. Tampoco se lo había preguntado directamente... —Es solo que no... no sé lo que quiere.

—¿Qué quieres decir?

—Me confunde, mucho.

—Por favor Clara, pareces nueva. Vale que has tenido novio desde hace ¿cuántos? ¿cien años? y no estás acostumbrada a jugar. Pero tienes que echarle ovarios y dejarle las cosas claras. Tú pones las reglas. Lo importante aquí es lo que tú quieras. ¿Qué quieres tú?

—Ana, no es tan fácil...

—Clara, ese chico está loco por ti. ¿Qué más tiene que hacer para que te des cuenta? No sé lo que está pasando pero si sigues su juego solo conseguirás que te haga daño. ¿Quieres que te diga

lo que va a pasar? Voy a leerte el futuro. Te vas a enamorar de él y después, cuándo tenga que volver a Alemania, ¿qué vas a hacer?

Mi hermanita pequeña dándome consejos amorosos, y lo peor era que, para no tener ni idea de lo que estaba hablando, estaba acertando de pleno... para un chico normal. Sin embargo, la simple idea de “echarle ovarios y dejarle las cosas claras” a Sergio, no podía menos que hacerme temblar.

—Llamarte, al menos siempre podrás contarme tu último rollo. Ahora, cuéntamelo todo sobre el chico de anoche

- O -

—Clara, ven aquí —me acerqué a él y, en un solo movimiento, me sentó encima de sus piernas y su mano derecha se perdió por debajo de mi camión de hilo blanco. —Quiero oírlo ahora —ni siquiera sabía a qué se refería. Cerró el portátil y lo apartó descuidadamente a un lado.

Después de la desesperante aunque divertida conversación con mi hermana, había bajado a su despacho. No sabía el tiempo que podía llevar enfrascado en lo que estuviera trabajando pero, fuera lo que fuera, no había terminado. Me había prometido todo el día para mí en cuanto acabara, y decidí que era el momento perfecto para dedicarme un poco de tiempo a mí misma.

Me había preparado un cappuccino y, mientras me deleitaba observando las gotas de lluvia caer en la terraza, me senté en la cama para devolver todas las llamadas perdidas y mensajes de familia y amigos felicitando el año. La conversación con mi madre había sido la más agotadora con diferencia. Cuando se ponía en modo interrogatorio era imposible, daba igual los años de entrenamiento que llevara, ella siempre tendría más horas de vuelo que yo. Y aun así sus esfuerzos por sonsacarme cualquier detalle sobre como avanzaban las cosas con Sergio eran en vano, ni siquiera yo tenía respuestas. Tampoco era el momento para pensarlo.

Del que no había vuelto a tener noticias era de Killian. Me sentía muy mal por la forma en que habíamos terminado, pero me extrañaba que no se hubiera puesto en contacto conmigo, al menos para pedirme perdón. Se me pasó por la cabeza llamar a alguno de sus amigos para saber cómo estaba, pero descarté la idea inmediatamente.

Estaba echada en la cama leyendo un libro en la tablet mientras escuchaba la playlist de Marlango, cuando me interrumpió una llamada perdida. Sergio. Y aunque no sabía lo que significaba, había conseguido despertar mi curiosidad. No llegué a entrar en su despacho, solo me asomé por la puerta. Estaba imponente en su sillón detrás del escritorio, y más, ataviado como estaba, solo con unos pantalones de pijama.

—¿Qué deseas oír, mi Amo?

Empezó a acariciarme y fue instantáneo, mi cuerpo se relajó sobre su pecho desnudo. Sentía su piel caliente en mi espalda, incluso en la mitad inferior cubierta por la fina tela del camión.

Sus dedos se movían dulces alrededor de mi sexo, despertando el deseo muy lentamente. Respondí al segundo, humedeciéndome para él. Mi cuerpo había aprendido a reaccionar a su contacto exactamente como él quería en cada momento.

—El otro día, cuando salimos a comer, no contestaste mi pregunta. Quiero que lo hagas ahora. No voy a poder concentrarme hasta que lo oiga.

Me quedé blanca. Sabía perfectamente a qué pregunta se refería. Me la había hecho dos días antes y albergaba la esperanza de que se le hubiera olvidado. Pero no lo había hecho, y si no le había importado esperar hasta ahora para repetirla, era porque sabía la respuesta.

—Parece que necesitas que te refresque la memoria, preciosa.

Silencio.

—¿Por qué sigues aquí si sabes lo cruel que puedo llegar a ser? —un escalofrío me recorrió como la primera vez que me la hizo. Seguía muda. —Déjame que lo ponga con otras palabras, —su nariz retiró el pelo de mi oreja, para que sus susurros no encontraran ningún obstáculo —¿por qué sigues a mi lado aun sabiendo que lo que te he hecho hasta ahora no es nada comparado con lo que puedo llegar a hacerte?

Era como un depredador acechando a su presa. Sabía perfectamente lo que quería y no me iba a soltar hasta que lo obtuviera. Mi sexo se mojó aún más de lo que estaba, y esta vez sabía que la culpa no era solo de sus dedos.

—Contesta. Quiero oírlo ahora —repetió.

—No lo sé, mi Amo.

—No. Lo sabes perfectamente.

Sus labios se movían en mi hombro mientras su mano izquierda recorría la curva de mi escote, adentrándose tímidamente solo para volver a salir. La piel de todo mi cuerpo se erizó. Se sonrió al comprobarlo.

—Mi Amo... si lo sabes, ¿por qué quieres que lo diga?

—Ya te lo dije, me encanta oírtelo y hoy te lo voy a sacar, aunque tenga que arrancarlo de tus labios. Me da igual lo que me cueste.

Su mano izquierda avanzó por el escote del camisón y abarcó mi pecho derecho cubriéndolo con su palma. Apartó la tela de su alrededor hasta dejar que asomara por encima. Después repetió la operación con el izquierdo. Temí por la frágil tela, adoraba ese camisón, y sobre todo, cómo reaccionaba cada vez que me veía con él. Ignoró mis pezones, que se habían puesto duros como respuesta, y siguió recorriéndome despacio.

Su mano derecha, abajo, seguía rodeándome, evitándome. Sus dedos se desviaban por la parte inferior de mi vientre, mis ingles, o el perineo, causando que toda mi vagina se empapara por la anticipación. Podía imaginarme su estrategia, dejarme con tantas ganas de él que estuviera dispuesta a cualquier cosa con tal de que me tocara.

—¿Piensas torturarme, mi Amo?

—No, todo lo contrario, preciosa. Pienso darte tanto placer que no podrás evitar gritármelo.

¡Dios! Eso sí era crear expectativas. Me inundé con sus palabras, porque tenía el convencimiento de que iba a pasar exactamente como él auguraba. Acabaría haciendo lo que él quisiera, no me cabía la menor duda. Solo podía retrasarlo, pero iba a disfrutar el proceso...

De un manotazo, despejó el escritorio de papeles, que cayeron al suelo desordenados. Me levantó y me tendió sobre la mesa. Sus manos se colaron por debajo del camisón, subiendo por mis caderas. Me agarró y me acercó deslizándose sobre la madera hasta chocar con su pelvis. Levanté mi cabeza para reclamarle un beso, pero su mano en mi pecho me retuvo.

Mi atención se posó después en el bulto que tiraba de la tela de sus pantalones, que se alzaba como un tronco robusto, largo y grueso. Solo adivinarla me hacía temblar. La necesitaba. Intenté alcanzarla con mi pie, aunque sabía de antemano que no me lo iba a consentir.

—No, preciosa. Ahora no te la puedo dar.

Levantó la tela del camisón hasta las caderas. Se sentó en su sillón, colocó mis pies en los

reposabrazos, y se quedó observándome. Sentía que me deshacía por momentos bajo su mirada. Con sus dedos separó los labios de mi sexo cuidadosamente.

—Estás empapada para mí y apenas te he tocado. Tu coño siempre está preparado para mí.

Su lengua me lamió caliente. Primero en una tentativa rápida, y se quedó mirando como reaccionaba. Se me escapó un suave jadeo y oí una fuerte inspiración como respuesta, que no tardé en sentir sobre mi sensible piel húmeda.

—Podría pasarme el día comiéndote. Clara, me encanta tu sabor —la reverberación de sus palabras se internaba en mi sexo, haciendo que se contrajera.

Regresó para recorrerme de abajo a arriba, casi cubriéndolo con su lengua completamente extendida. Su calor me ardía, intentaba cerrar las piernas pero sus manos las sujetaban con fuerza, y no permitían que se desplazaran lo más mínimo.

—Muy bien, preciosa. Veo que estás preparada para empezar.

Su lengua se lanzó al ataque. Se movía veloz, podía sentirla en todas partes, en todos los puntos, abrasándome, arrancándome gemidos de placer.

Le veía desde arriba. Su cabeza sumergida entre mis piernas, abriéndolas con sus brazos curvados como arcos, con los músculos marcados, y en medio, su espalda, enmarcando el conjunto. Tenía tantas ganas de arañarle, de morderle, de marcarle...

—Clara, eres tan fácil para mí.

Se separó y colocó mi pierna izquierda de forma que mi empeine reposara sobre su hombro. Su mano se cruzó por debajo del camisón acariciándome por debajo de los pechos con la palma abierta, como si intentara apaciguarme.

—No puedes ocultarme nada. No lo intentes.

Su cabeza volvía a bajar, y solo eso ya me hacía tiritar. Su lengua se dirigió directa mi clítoris y no lo soltó. Lo lamía, lo atrapaba, lo succionaba y, cuando mi excitación ya era plena, lo mordisqueaba suavemente. Pensaba que me iba a desarticular entre sus brazos de las convulsiones que me estaba provocando.

—Mi Amo, ¿me das perm...

—Antes me complacerás, ¿verdad?

Sus dedos ocuparon el lugar de su lengua mientras con su otra mano comenzó a penetrarme. Dos de sus dedos salían y entraban con holgura.

—Sí, sí, mi Amo.

—Dilo.

Cerré los ojos para controlar el gigantesco orgasmo que me sobrevenía.

—Te quiero, mi Amo

—No, Clara. Esta vez lo harás bien. —Se apoyó sobre mí y cogió mi cara con la mano izquierda. —Di mi nombre. Y mírame.

—Te quiero, Sergio —gemí las palabras. La imagen de su cara emergía sobre mí.

—Otra vez.

—Te quiero, Sergio —las ondas de su pelo caían a su alrededor, formando un halo que atrapaba la luz.

—Otra vez.

—Te quiero, Sergio —sus ojos apresaban los míos, atravesándome.

—Córrete para mí.

Su lengua volvió a mi clítoris mientras uno de sus dedos me penetraba. Iba a quejarme para reclamar más, cuando lo clavó hasta el fondo y empezó a moverlo de forma sistemática, como

pulsando una tecla. Lo que me hizo sentir era indescriptible. Nunca había notado una explosión en un punto tan localizado en mi interior, pero se extendía rápidamente por todo mi cuerpo, ardiéndome.

—Oh, mi... ¡Dios! —escuché su risa de fondo, me encantaba ese sonido.

—Preciosa, con Amo es suficiente... —oí su voz dentro de mí y me excitó aún más.

—Mi Amo, ¿qué me estás haciendo? —mis palabras salían entre gritos y jadeos.

—Preciosa, ¿es la primera vez que te encuentran tu punto G?

—Dios, siiiiiiiiiiiiii —su dedo seguía moviéndose infalible dentro de mí.

No paraba. Se reproducía una y otra vez, haciendo que me retorciera de placer en sus brazos. Poco a poco, fue disminuyendo la intensidad. Me dolía todo el cuerpo de la tensión. Caí rendida sobre su mesa. La aspereza de su mejilla en la cara interior de mi muslo me obligó a separar las piernas, solo para a continuación besar con cálida dedicación la misma zona.

Me observaba satisfecho cuando cerré las piernas. Había conseguido lo que quería. Sin embargo, mientras me recomponía la ropa me invadió una enorme tristeza. Bajé del escritorio, quería escapar cuanto antes, pero su brazo me cortó el paso.

—¿Qué estabas haciendo antes de que te llamara?

—Estaba leyendo, mi Amo —no levanté mi mirada del suelo.

—Quédate conmigo, lee en el sofá mientras trabajo.

—Preferiría ir a la habitación, mi Amo.

—Ya, supongo que sí. Pero no voy a dejarte sola después de lo que acabo de hacerte. Te quedarás conmigo.

Me recosté en el sofá enfrente de él, encendí la tablet y empecé a leer. No lograba entender por qué. No quería pensar en ello, no quería darle vueltas; no ahora, no en su presencia. ¿Por qué me obligaba a decírselo si no me pensaba responder? Meforcé a concentrarme en la pantalla. No había nada que se lo impidiera, ningún motivo; si no decía nada era porque no me correspondía. Releí la primera frase por cuarta vez. Tampoco le hubiera costado nada hacerlo, pero me había prometido que no me engañaría y no lo estaba haciendo.

De vez en cuando alzaba la vista para observarme. El hecho de que supiera exactamente como me hacía sentir, solo lo empeoraba. Él estaba plenamente concentrado y eso me desconcentraba más. La forma en que lo había hecho era cruel, pero en eso tampoco me había engañado. Ahora ya solo simulaba leer. Tampoco era la primera vez que lo admitía, es más se jactaba de ello; y esto era solo un ejemplo práctico. Teclaba tan rápido que sus manos parecían volar sobre el portátil. La culpa era solo mía. Por mi cabeza pasaban todas las advertencias que me había hecho, aunque la mayoría fueran solo indirectas.

Claro que era culpa mía. ¿En qué coño estaba pensando? ¿Cómo podía ser tan estúpida como para, no solo enamorarme de él, sino decírselo para que pudiera usarlo en su beneficio? Para herirme, para dominarme mejor, o sencillamente, para su diversión. Al fin y al cabo, eso era para él. Y en eso tampoco me había engañado.

Me quitó la tablet de las manos. Estaba tan absorta en mis propios pensamientos, que no me había dado cuenta de que se había levantado para acercarse hasta el sofá, ni tampoco de que la pantalla se había apagado, probablemente hacía un buen rato. La miró y después me miró a mí, examinándome. Sus ojos me pedían una explicación.

—¿Has terminado, mi Amo? —mi tono fue más brusco de lo que pretendía.

No sabía por qué pero era evidente que estaba especialmente susceptible e irritable esa mañana. No me contestó. Iba a levantarme pero me agarró por las manos y, con un solo

movimiento ágil, se sentó encima de mí, con una rodilla hincada cada lado de mi cuerpo.

—¿Estás enfadada conmigo?

Acompañó la pregunta con media sonrisa burlona en su cara. Ya sabía que no lo iba a reconocer. Negué con la cabeza y sonrió orgulloso.

—Mientes tan mal que ni siquiera mereces que te castigue.

Se inclinó hacia mí para besarme, apasionada y profundamente. No lo había hecho en todo el día y no me había dado cuenta de hasta qué punto lo necesitaba. Todo se desvaneció. Ladeé la cabeza y disfruté de mi rendición.

—Entiendes que me perteneces... y que eso no se refiere solo a tu cuerpo ¿verdad? Quiero que me lo des todo.

—Yo ya...

—Quiero más.

- O -

—¿De verdad es eso lo que quieres? ¿Estás segura?

—Sí, mi Amo. ¿Vas a echarte atrás?

—Lo prometido es duda —sus ojos oscuros clavados en los míos le daban un significado evocador a las palabras que sus labios acababan de pronunciar.

Cuando me había dado a elegir qué quería hacer por la tarde, creí que estaba soñando. Barajé todas las opciones que me vinieron a la cabeza, pero finalmente me decanté por una a la que llevaba dando vueltas desde que habíamos llegado a esa casa: estrenar la bañera. Era evidente que no me había parado a valorar detenidamente todas las posibilidades que su oferta me brindaba.

Me había esmerado al máximo preparando el baño: sales, aceites, esencias, gel espumoso, velas..., y le esperé dentro. La bañera parecía todavía más inmensa desde dentro. Me puse de rodillas en cuanto oí el pomo de la puerta. La sonrisa que decoró su cara cuando cruzó la puerta desnudo, valió la pena todo el esfuerzo.

Podía pasarme horas así. Apoyada en su pecho, el vaho saliendo del agua caliente, el perfume de las esencias, el movimiento de las pequeñas llamas de las velas jugando con las sombras a nuestro alrededor.

Incluso Sergio se había metido en el papel. No sabía si era el baño surtiendo efecto, o lo hacía solo por complacerme, pero parecía estar relajándose. Mientras mis manos se entretenían estudiando sus pectorales, las suyas acariciaban mi espalda muy lentamente, recorriéndola, consintiéndola. No había un rincón, una curva, o fracción de mi piel que no mimara.

El silencio solo roto por las gotas volviendo al agua, los pávilos consumidos por el fuego, y nuestra respiración acompasada. Su pecho subía y bajaba con su respiración calmada, y mi cuerpo con él, meciéndome. La paz era absoluta.

Con las yemas de mis dedos, empecé a recorrer las suaves líneas de expresión que comenzaban a dibujarse en su frente. Sus manos subieron otra vez hasta mi cuello, volvieron a repasar mi columna vertebral y siguieron bajando. Sus hábiles dedos regalaban mis glúteos con un suave masaje.

Estaba poniendo muchísimo esfuerzo en no acercarse a ninguna zona erógena. Sus roces eran inocentes, aunque eso probablemente los hacía más sensuales. La sensación era tan placentera que no pude evitar contonearme.

—No hagas eso —me advirtió con un murmullo ronco. —Estoy poniendo toda mi concentración en contenerme.

—Lo siento, mi Amo.

Era mentira. No lo sentía en absoluto, todo lo contrario. Me encantó sentir su excitación en mi pierna, pero inmediatamente me devolvió a mi sitio, encima de su pierna derecha.

—¿Me das permiso para preguntar, mi Amo?

Me lanzó una mirada perezosa y con el mismo tono respondió: “Prueba.”

—¿Alguna vez lo has hecho en una bañera, mi Amo? —se quedó pensando un buen rato.

—No, creo que no. Y hoy tampoco va a ser el día —le hice ojitos, parpadeando muy rápido para intentar hacerle cambiar de idea. —Preciosa, no creo que el espermicida funcione aquí —sus ojos se avivaron mientras se movían por mi cuerpo, el tiempo justo para añadir. —Pero es algo que me voy a encargar de solucionar en nuestro siguiente baño —y todo su cuerpo volvió a relajarse bajo el mío.

Demasiado tarde. Ya me había encendido. Ahora quería más y sabía la forma de hacerle reaccionar.

—Mi Amo... —lo dije lentamente, arrastrando las letras, para llamar su atención.

—Dime, preciosa —esa voz me traía loca.

—Tengo que recordarte que me tienes que castigar, mi Amo.

En un segundo, su brazo izquierdo me había atrapado como un cepo, y el dedo índice de su mano derecha había penetrado sin ayuda de ningún lubricante hasta lo más profundo de mi ano. Grité por la brusquedad de su ataque.

—Ahora. Dime por qué tengo que castigarte —realmente había conseguido mi propósito; lo había despertado. Lo podía ver en sus ojos.

—Hice una pregunta sin pedir permiso, mi Amo.

—Otra vez...

—Sí, mi Amo. Lo siento mucho.

—No, todavía no lo sientes, Clara. Pero lo harás —temblé. —Mi paciencia no es infinita.

Su dedo se movió despacio. El dolor había desaparecido y ahora la sensación era placentera, aunque de una forma muy diferente a la que estaba acostumbrada. Antes de darme cuenta estaba gimiendo.

—Te poseeré por todos los agujeros de tu cuerpo, y haré que te guste —lo sacó de golpe haciéndome chillar de nuevo. —Pero hoy no.

Se levantó y me dejó sola en la bañera. No se molestó en secarse, el agua resbalaba por su torso escultural. Observaba obnubilada su ancha espalda chorreando cuando se giró para mirarme. El agua que le caía del pelo le estorbaba en los ojos. Con un gesto animal, se revolvió rápidamente, salvaje, haciendo que su pelo expulsara una manta de gotas a su alrededor. ¡Dios! Me tenía loca. En momentos como ese, me daba más cuenta que nunca. Haría lo que fuera, todo, por complacerle.

Cuando volvió a entrar en el cuarto de baño me puse de rodillas inmediatamente. Se sonrió. Adoptó la misma posición frente a mí y dejó la talla apoyada en la repisa de la bañera que nos separaba, a la altura de mis ojos. Sus dedos se deslizaron lentamente por encima de los dilatadores que quedaban. Se paró en el más estrecho, el azul, pero dio un paso con los dedos y

quitó el siguiente, el verde.

—Hoy vas a notar el salto —sus dedos escenificaron el salto del azul al amarillo. —Después ya solo te quedarán tres. Vas a tener que empezar a ser más cuidadosa.

Se metió otra vez en la bañera y empezó a untar el dilatador más estrecho con lubricante. Me estaba arrepintiendo de haberle despertado.

—Arquea la espalda —sus manos colocaban mi cuerpo apoyado en su rodilla. —No dejes que tu culo toque el agua en ningún momento —levanté mi trasero como me había pedido. —Dime, Clara. ¿Has pensado tu pregunta?

Mi Amo había encontrado el aliciente perfecto para que deseara que empezara su tortura. Me permitía hacer una pregunta mientras me suministraba mi castigo, que prometía responder con todo detalle. Era una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar.

—Mi Amo, ¿cualquier pregunta?

—Sí. Piénsala bien —no necesitaba pensarla.

—¿Qué pasó el viernes cuando llegamos a casa?

Llevaba dos días intentando recordar cualquier cosa, pero era imposible. El exceso de alcohol en sangre solo había dejado un gran agujero en blanco en mi memoria.

—¿No te acuerdas de nada de lo que hablamos?

Negué con la cabeza y me pareció que sonreía aliviado, aunque no podía verle bien. Estaba centrada en sus dedos moviéndose cuidadosamente por mi instrumento de tortura.

—Mejor. Piensa otra pregunta.

—¿Por qué, mi Amo?

—Porque lo digo yo —su voz era autoritaria, aunque no parecía enfadado, todo lo contrario.

Por más que analizaba todas las posibilidades, no llegaba a descifrar qué podía ser tan importante para él mantener en secreto. Ni siquiera sabía si era algo que yo no debería haber dicho, o que no debería haber oído, pero la curiosidad me estaba matando.

Tenía dos cosas claras: uno, comprobar que no recordaba nada le había relajado, y dos, no iba a conseguir nada entrando como un elefante en una cacharrería. Tendría que ser más sutil, aunque ese no era mi fuerte. Por otro lado, si había un momento en el que no me convenía cabrearle, era este, especialmente con lo que tenía en su mano. No tardé ni cinco segundos en pensar otra pregunta.

—Mi Amo, ¿quién ha sido la sumisa más importante para ti?

—Lucy...

Sus ojos se perdieron, como si por un segundo buscaran en un lugar muy lejano. Cuando me volvieron a encontrar, me sonrió como si se alegrara de verme después de mucho tiempo.

—Clara, ¿estás segura de que no prefieres cambiar de pregunta?

—Sí, mi Amo. Estoy segura.

—Está bien —se resignó y empezó a hablar aunque con reticencia. —Conocí a Lucy en la universidad —sentí sus manos calientes separando mis glúteos. —Aguántalo —llevé mis manos junto con las suyas. —Era difícil no fijarse en ella, era rubia, pelo largo con bucles cerrados, ojos azules y la piel muy clara. Sobresalía. Era guapa, inteligente, y sobre todo, muy elegante. Bueno, lo sigue siendo.

—¿Sigues en contacto con ella?

—Sí. ¿Quieres que continúe? —no le gustó mi interrupción.

—Por favor, mi Amo.

Una punzada de celos se había clavado hasta lo más profundo antes de que me diera tiempo a reaccionar. Tenía que saberlo todo sobre ella.

—Lucy tenía a la mitad de los chicos de la facultad detrás de ella; pero por alguna razón, se fijó en mí. Se sentaba todos los días a mi lado, se matriculó en mis asignaturas, se apuntó a mis grupos de estudio, y poco a poco, se metió en todos los proyectos en los que yo trabajaba. La primera impresión que me dio era de una niña consentida, acostumbrada a tener a todos los chicos a sus pies, que se encaprichaba del único que no le reía las gracias. Y puede que al principio lo fuera... ¿Estás bien?

Se refería a la posición. Sus dedos acariciaban absortos el hueco que yo misma le abría entre mis nalgas, tan dulcemente, que acabó consiguiendo que anhelara el momento en que empezara su castigo.

—Sí, mi Amo.

—Está bien. Lucy siempre me proponía que quedáramos fuera de clase, cosas inocentes como ir al cine o tomar un café, y siempre me negaba educadamente. Pero un día me pilló de mal humor. Recuerdo que estaba muy cabreado porque salía de una tutoría con un profesor que era un capullo y... me puse muy borde con ella. Le dije que no me interesaba, que ella nunca tendría lo que yo buscaba y que dejara de perseguirme y empezara a fijarse en los chicos que sí le hacían caso como John.

—¿John? —estaba tan metida en su historia que la pregunta se me escapó antes de pensarla.

—John —me explicó mientras me dedicaba una mirada de aviso que dejaba claro que no me pasaría una tercera —era uno de mis mejores amigos en la carrera y sabía que estaba loco por ella. Aunque la veía tan fuera de su alcance que ni siquiera se atrevía a dirigirle la palabra.

Apoyó el dilatador en la entrada y lo empujó lo bastante despacio como para que sintiera todo el recorrido al entrar. Solté mis manos para abrazarme a él. Inspiró profundamente antes de proseguir.

—Al día siguiente, me siguió a escondidas hasta un club que solía frecuentar y entró detrás de mí. Cuando la vi allí me cabreeé muchísimo. Me dijo que si eso era lo que yo quería, lo haría por mí. Le pedí que se marchara a su casa, que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero se negó. Traté de asustarla, le conté lo que yo hacía, lo que me gustaba, pero no se movió. La llevé a un reservado y empecé a jugar con ella, solo para echarla. Estaba seguro de que saldría corriendo en cuanto empezara. Pero no. Ella lo aguantó todo y... su entrega me excitó. Mucho. Esa noche la desvirgué. No me lo dijo, pensó que no lo haría si me lo contaba.

Le miré desde abajo a hurtadillas. Estaba claro que no sentía cómodo hablándome de Lucy aunque no entendía por qué. Y la única razón que se me ocurría, que siguiera sintiendo algo por ella, me aterraba. Su mirada se cruzó con la mía y su expresión se tornó cruel. Empezó a mover el dilatador dentro de mí, haciendo que el dolor se entremezclara con el placer.

—Le puse mis condiciones. En la universidad todo seguiría igual. Solo actuaría como mi sumisa por las noches y solo las noches que yo la reclamara. Ella haría todo lo que yo le pidiera y yo haría con ella todo lo que quisiera. En el instante en que lo incumpliera, se rompería nuestro acuerdo. Le pregunté si tenía algún límite y solo me pidió que no quedara ninguna prueba y que no le dejara marcas en lugares visibles. Seguía esperando que se echara atrás en cualquier momento, pero no lo hizo.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella, mi Amo?

—Clara, yo no estaba con ella —me hablaba con condescendencia, pero su tono era demasiado

frío. —Solo la utilizaba, y ella lo sabía y sabía que había otras, y estaba de acuerdo.

—Porque tú no le diste otra opción, mi Amo.

—Tampoco te la di a ti... aunque tus condiciones son muy diferentes.

El corazón se me encogió con el pensamiento fugaz de lo fácil que sería para él destrozarme en un segundo. Su mano izquierda me acarició la mejilla, mientras la otra empujó con fuerza el dilatador.

—¿Cuánto tiempo la utilizaste, mi Amo? —hice un esfuerzo por aparentar solo dolor físico.

—Hasta el último curso de carrera. Casi cinco años —le miré con la boca abierta sin querer. —Intenté dejarlo bastante antes, pero... —se calló, su mano ya casi no se movía. —Sé que el trato es que te tengo que contar todos los detalles, pero no quieres oír esto. Te contestaré cualquier otra pregunta.

—Mi Amo, no quiero ninguna pregunta más. Esto es importante para ti y quiero saberlo. Lo has prometido —me miró, sus labios sonreían pero sus ojos tronaban.

Cogió el dilatador amarillo y empezó a embadurnarlo de lubricante delante de mis ojos, iba a asegurarse de que me arrepintiera de mi decisión. Mierda, solo a mí se me ocurría cabrearle en este momento.

Centré mi vista en él mientras me vaciaba, estaba tan sexy cuando se enfadaba. Sus rasgos estaban mucho más marcados, sus labios más firmes, y sus ojos oscuros... Al menos, disfrutaría de las vistas... mientras pudiera.

—Yo me porté mal con ella. Tú no...

—¿Yo no lo voy a entender, mi Amo?

Estaba jugando a intimidarme con el dilatador. Lo había paseado por mi espalda recorriendo vértebra a vértebra mi espina dorsal. Una vez llegó a su objetivo, se deleitaba apretando lo suficiente como para marcar pero no tanto como para que accediera. Quería mantenerme a raya.

—No espero que lo entiendas. Solo que no te arrepientas de estar aquí conmigo cuando lo oigas —volvió a inspirar profundamente. —Tuvimos un accidente —por la forma en que lo dijo, estaba claro que no estaba hablando del coche.

—Mi Amo, ¿la dejaste embarazada?

—Sí, fue un error. Ella no quería abortar. Es irlandesa, toda su familia es católica y ella también, y yo... la obligué a hacer algo en contra de sus creencias prometiéndole que seguiría con ella. Es lo peor que he hecho en mi vida.

—Mi Amo...

Intenté separarme de él para ver su cara, pero entendió que le estaba rechazando. La peor reacción que podía tener, y me lo hizo pagar. Su brazo me cogió con fuerza aferrándome a su pecho. Apretó el dildo, forzándolo dentro de mí. La intrusión me superó. Estaba demasiado comprimido, lo sentía latir. Sus ojos parecían extasiados por el dolor en mi rostro.

—Así, preciosa —su semblante se cubrió con una sonrisa perversa. —¿Qué piensas ahora de mí? —su mirada era dura. —¿Piensas que soy un cabrón? Pídeme que pare.

Negué con la cabeza. Esperé hasta que dejé de hacer ruido para seguir hablando; quería tener toda mi atención. No sé cuantos minutos pasaron, solo que fueron eternos. Cuando por fin logré recomponerme, prosiguió, aunque su tono volvía a ser calmado.

—Me porté mal, me porté fatal con ella. Tenía que tomar una decisión. Habría arruinado su vida. Aunque yo la hubiera ayudado, no me podía hacer cargo de ella y del... —ni siquiera podía nombrarlo. —No estaba preparado. Y ella, no se merecía eso. Tenía un futuro brillante por delante, y en vez de eso habría tenido que dejar la universidad y... Por mi culpa. No era justo.

Me quedé callada. Un nudo en el estómago no me dejaba hablar, y el dolor físico me impedía pensar con claridad. No daba crédito a lo que acababa de confesar. Tampoco podía entender por qué había decidido contármelo, en especial, cuando le hubiera sido tan fácil ocultarlo. Él tampoco hablaba, solo esperaba una reacción mía que no llegaba.

Y solo encontré una explicación. Necesitaba sacarlo, llevaba años con la culpa carcomiéndole y ya no lo soportaba más. Finalmente, no pudo más.

—Ahora dime, Clara. ¿Te arrepientes de estar aquí conmigo? —todo en él era desafiante, su cara, su voz, y sobre todo, la tensión en cada músculo de su cuerpo.

—No, mi Amo —se estaba abriendo a mí, y no se lo iba a pagar juzgándole. —No se puede cambiar el pasado. Me gusta que confíes en mí —sus ojos se amansaron, como después de una tormenta.

Me abrazó, abrió sus piernas, sumergiendo el resto de mi cuerpo dentro del agua caliente, y me apretó contra él. Sus piernas también me rodeaban. Su mano ya no sujetaba el dilatador, pero seguía dentro. Yo tenía que hacer un esfuerzo para controlar mi respiración, era la única forma de sobrellevar la agonía a la que me estaba sometiendo.

—Relájate —su voz era tranquilizadora. Había cambiado mucho el tono desde la última vez que me había hablado. —Deja que tu cuerpo se adapte. Lo estás haciendo muy bien.

—Mi Amo, ¿qué ocurrió con ella?

—Me fui distanciando de ella poco a poco, solo le estaba haciendo daño. Cada vez quedábamos más como amigos y menos como... Ella necesitaba alguien que le diera estabilidad. Al final del último curso empezó a salir con John. Cuando terminaron la carrera se casaron y ahora viven en Brighton.

—¿John sabe lo nuestro, mi Amo?

—No sé si ella se lo ha contado o hasta qué punto. Supongo que no, porque si supiera lo que hice con ella, me habría partido la cara.

—Mi Amo, ¿fue ella la mujer por la que volviste de China?

—¿Qué... —estaba ausente, como si recordara algo. —No, preciosa. No era ella.

—Un momento, pensaba que no entrenabas sumisas, mi Amo.

—Te dije que no estaba acostumbrado, y es la verdad. Después de Lucy lo convertí en una regla.

—Que rompiste conmigo... porque te gusto... —recordé sus palabras en voz baja, pero parecía demasiado ausente.

Llevó su mano a mi mejilla, para acariciarla. Sin pensarlo, la agarré, me la llevé a la boca y empecé a besar las yemas de sus dedos con devoción, terminando en su palma.

—¡Joder, Clara! ¿Qué coño estás haciendo conmigo?

Su voz fue solo un carraspeo, pero me hizo estremecer. Quise responderle con un “¿Y tú?” pero me faltaron las fuerzas.

Sacó el cilindro amarillo de mi interior, pero la tregua fue corta, y lo sustituyó por el azul, que ahora entró sin esfuerzo. El cambio era muy placentero. Después se levantó, me prendió en sus brazos, salió de la bañera y siguió andando hasta la habitación dejando un reguero de agua a nuestro paso. Paró cuando llegó a su mesita.

Me sujetó con su pelvis contra la pared, y sin dejar de apretarme, abrió el primer cajón y cogió el espermicida. Lo untó en sus dedos rápidamente, y antes de penetrarme, me miró y con la voz muy tensa, me ordenó: “Pídeme perdón ahora.”

—¿Cómo?

—Pídeme perdón. Lo que te haga a partir de ahora, no es parte de tu castigo.

—Mi Amo, lo siento muchísimo. Siento muchísimo cada vez que no soy lo suficientemente buena para ti, cada vez que fallo y cada vez que te obligo a castigarme.

Con un leve movimiento de su cabeza aceptó mis disculpas, pero su expresión seguía siendo demasiado rígida.

—Preciosa, —sus dedos me invadieron a la vez, bruscamente, pero de alguna forma, era así como los esperaba y los necesitaba —dime lo que estás dispuesta a hacer por mí.

—Lo que tú quieras, mi Amo.

—Todo lo que yo quiera —las yemas de su mano libre rozaban mis labios sensualmente.

—Todo lo que tú quieras, mi Amo.

Sus dedos me abandonaron y separé las piernas todo lo que pude, preparándome para él, esperando sus acometidas. Mis pies apenas rozaban el suelo, aun de puntillas.

Me encantaba la forma en que me tomaba, salvaje y primitiva, siempre dosificando el dolor hasta destilar un dulce placer que había aprendido a ansiar. Y sobre todo, adoraba la sensación de despertarme en sus brazos ligeramente dolorida por sus abusos de la noche anterior. Suya.

Sin embargo, en contra de todos mis pronósticos, le sentí tímidamente en mi entrada.

—Repítelo.

—Todo... —entró despacio —lo... —avanzando en mí poco a poco —que... —haciéndome estremecer con cada milímetro que ganaba —tú... —colmándome —quieras.

—Preciosa, tu coñito sigue tan estrecho... se resiste a abrirse. Tu cuerpo busca la forma de darme más placer.

Se estaba controlando; se movía pausadamente y no llegaba a entrar completamente, y aun así sentía como me saturaba. Sus labios me rozaban una y otra vez, sin llegar a besarme, solo provocándome. Le atrapé con mis dientes y me ensartó hasta el fondo. El sabor metálico en mi boca me abrumó. Me traspasó con una mirada peligrosa mientras recogía la sangre que le caía por el labio con su lengua.

—Mi Amo... lo siento.

Pero era demasiado tarde. Se había desbocado y estaba fuera de control. Entraba y salía rápidamente. La forma en que me estaba llenando me superaba, me agarré a él con todo mi cuerpo.

Instintivamente llevé mi mano derecha al dilatador. Tenía que sacarlo, era demasiado. Frenó en seco, y negó con la cabeza. Sujetó mi cuerpo contra la pared con su pelvis y me atrapó las manos antes de que pudiera hacerlo, inmovilizándolas por encima de la cabeza.

—Repítelo.

—Todo...

No podía hablar.

—Sigue.

Mientras su mano izquierda sujetaba mis muñecas, la derecha se deslizó hasta llegar al final de mi espalda. Pensaba que me lo iba a quitar.

—Lo...

Pero en vez de eso lo sacó apenas un par de centímetros y lo volvió a meter, girándolo. Un escalofrío subió por mi espalda, haciendo el recorrido inverso que acababa de trazar con su mano, y me obligó a gemir.

—Así, muy bien. Sigue.

—Que... —volvió a repetir el movimiento.

La palabra se fundió con mi gemido.

—Más —sacó el dilatador un poco más y esperó a que hablara.

—Tuuuuuuuuuuuuuu...

Me hizo aullar. Su cara exhalaba excitación.

—Muy bien —esta vez lo retiró prácticamente hasta la entrada. No me atrevía a hablar. —
Dilo.

—Quieras.

Cerré los ojos a la espera de su acometida, pero en vez de empujarlo, lo extrajo, y lo dejó a un lado.

—Vas a correrte con todos tus agujeros tapados, pero por mí.

Su dedo llenó el hueco que acababa de vaciar, arrancándome otro gemido. Su lengua me silenció.

La forma en que me tenía apresada, con todo su cuerpo, penetrándome por todos los agujeros, me hizo reaccionar al instante. Su lengua, su dedo y su polla se movían dentro de mí llevándome cada vez más cerca.

Mi única preocupación era que no podía pedirle permiso. Separó sus labios apenas un segundo de los míos para mascullar “hazlo”.

Me dejé llevar y, al momento, le sentí desbordarse caliente dentro mí. Su calor intensificó mi orgasmo, totalmente contenido por su cuerpo, acallado por su boca. Terminó y siguió moviéndose despacio para mí, hasta que soltó mis manos y cayeron sobre su cuello.

Sin salir de mí, su brazo izquierdo me rodeó por la espalda, apoyándose contra su pecho, dio dos pasos hasta la cama y se sentó conmigo en su regazo. Lamí su herida. Lentamente, se movió sobre el colchón hasta que acabamos tumbados.

—Mi Amo, ¿puedo preguntarte algo más? —mi voz se resistía a salir de mi garganta.

—Clara —me acarició la mejilla, levantándose la cara. —Cuando diga tu nombre, me mirarás a los ojos. Siempre. ¿Has entendido?

—Sí, mi Amo —me costaba mantenerle la mirada.

—Muy bien. Dime. Te prometo que te responderé.

—¿Alguna vez le pediste lo que a mí esta mañana, mi Amo? —la expresión de sus ojos se agudizó y todo me tembló por dentro. Sabía perfectamente a lo que me refería.

—No, Clara. Se lo prohibí —iba a preguntar pero su mano cubrió mi boca. Me acarició el pelo y recosté sobre su pecho.

Me estaba quedando dormida en sus brazos. Oí su voz susurrando como si viniera de algún sitio lejano, aunque no estaba segura de si formaba parte de un sueño o era real. “Si hubieras sido lista, habrías echado a correr en dirección contraria el día que me crucé en tu camino. Pero ahora ya es demasiado tarde.”

XVII

—*¡Buenos días, Smiley!*

Mierda, le había repetido cien veces que no me gustaba ese apodo y aun así seguía usándolo. Y esta mañana no estaba de humor para nada.

—*Buenos días, Shane —no me quedaba otra que sonreír y tragarme mi mal humor. Al fin y al cabo, era mi jefe. —¿Qué tal tus vacaciones de navidad?*

—*No me puedo quejar. ¿Y las tuyas? —mejor no entrar en eso... — ¿Me has echado de menos?*

No podía evitarlo, era superior a él. De hecho, la mayoría de los días tenía ganas de matarlo y hoy no iba camino de ser una excepción.

Otra vez lunes. Mis ojos se negaban a abrirse a pesar de los esfuerzos de Sergio. Ni siquiera me importaba tener que correr; habría hecho una maratón de veinte kilómetros solo por quedarme en casa. Y no era solo porque la semana que se me avecinaba iba a ser dura.

Un montón de papeleo junto con miles de informes y evaluaciones sobre estudiantes, colegios y familias, me esperaba amontonado en mi mesa. Me iba a pasar la semana encerrada en la oficina. Me entraba claustrofobia solo de pensarlo. Pero eso tampoco era lo peor.

Cada vez se me hacía más difícil salir de la burbuja que Sergio había creado para mí, aunque solo fuera por unas horas. Especialmente sabiendo que estaba en casa aguardando mi regreso. Mi Amo se había convertido en mi oasis de paz, con él podía desconectar de todo y de todos, y entregarme exclusivamente a él.

—*Sabes que sí.*

Seguirle el juego era más fácil de sobrellevar que una condena por homicidio. Además a nadie le amarga un poco de tonto inofensivo, y me hacía el trabajo mucho más sencillo. Por otro lado, no iba a ser yo la que le destrozara el ego, ni quería estar cerca el día que eso pasara.

—*Por supuesto que sí. Sabes que tienes mucha suerte conmigo, ¿no? Es difícil encontrar un jefe irlandés tan guapo.*

Si hubiera estado la mitad de bueno de lo que se creía, podría haber sido portada de cualquier catálogo de ropa masculino. Lo peor era que, en ese momento, gozaba de bastante éxito entre las empleadas de las oficinas de las dos plantas superiores, seguramente porque se daba un aire al actor de última serie de moda, así que estaba prácticamente insoportable. Aunque podía llegar a admitir que podía tener cierto atractivo para algunas chicas, sobre todo gracias a su porte alto y delgado, estaba convencida de que se desvanecía en cuanto llegabas a conocerle como yo.

Shane representaba el paradigma de niño de papá colocado por enchufe en un puesto que no se merecía, con más medios que recursos y con más recursos que ganas. Más que de jefe, Shane tenía alma de sheriff; se paseaba por la oficina como si fuera su cortijo caminando con las piernas ligeramente separadas, como si acabara de apearse de su caballo. Por supuesto, la mitad del tiempo se escaqueaba de su trabajo, delegándolo en otras personas. Aunque también tenía sus puntos positivos: buen sentido del humor y sus enfados no solían durar demasiado. Dos buenas cualidades para un jefe.

Pero esta mañana estaba especialmente desquiciante. Había dedicado la mitad de la mañana a pasearse por la oficina mientras vociferaba por el móvil. Cada vez que pasaba por delante de mí, me cambiaba las hojas de sitio o tamborileaba nerviosamente con las yemas de sus dedos en mi mesa. Estaba empezando a irritarme. Como de costumbre, no era un tema de trabajo; por los trozos que no podía evitar oír estaba claro que hablaba con el ligue del fin de semana.

Después de un rápido viaje a la máquina de café, con mi taza de 'Dame café y nadie saldrá herido' llena y humeante, volví a sentarme en mi escritorio resignada a pasar el día más soporífero y monótono, hasta que el móvil sonó. Me lancé a cogerlo, deseando oír la voz rota de Sergio al otro lado, pero la sorpresa fue aún mayor.

—Hola.

—*Hi* —una voz femenina hablando en inglés reventó mi burbuja. —*¿Clara?*

—*Soy yo.*

—*Hola, soy Maeve. ¿Cómo estás?*

—*Hola Maeve* —me había dicho que me llamaría, pero realmente no esperaba que cumpliera su promesa. —*Muy bien. ¿Y tú?* —*respondí casi por inercia.*

—*Bien, bien. Yo* —*por un instante su voz sonó insegura, probablemente se estaba replanteando su llamada* —*solo te llamaba para ver si estabas bien.*

—*Estoy bien* —*reafirmé.* —*Gracias por llamar.*

—*Bueno, me preguntaba si te apetecía que quedáramos para tomar un café.*

—*Sí, claro. Me encantaría.*

—*¡Genial! ¿Qué tal hoy? ¿Te va bien esta tarde después del trabajo?*

No me apetecía nada, y tenía la corazonada de que a Sergio no le iba a hacer ninguna gracia que quedara con Maeve, pero solo por eso valía la pena. En algún momento tenía que empezar a marcar mi territorio, establecer algún límite. No iba a ser fácil.

Traté de imaginarme a Sergio cediendo ante algo que yo le impusiera. La idea me puso los pelos de punta. No iba a ser nada fácil.

- O -

—Buenas noches, Clara.

Por fin llegaba a casa. Iba directa al aseo, pero Sergio me interceptó así como salía de su despacho. Caí de rodillas. Se sonrió, como siempre hacía cuando me veía así, revelándome cuanto debía agradarle. Corrigió su gesto rápidamente. No le había gustado mi salida y, con tres inocentes palabras, me dejó claro a lo que atenerme.

—Buenas noches, mi Amo.

No era exactamente una sorpresa. Esa era la razón por la que le había enviado un mensaje rápido justo antes de salir, junto con otro avisándole de que mi móvil se estaba quedando sin batería.

—Cuéntame, ¿qué tal tu día?

Se apoyó de lado en la pared, en una postura endiabladamente sexy, pero que al mismo tiempo daba a entender que esperaba una respuesta larga.

—Muy bien, mi Amo. Bastante tranquilo. He estado en la oficina organizando papeleo.
Deseaba que fuera suficiente. Lo del aseo se estaba empezando a convertir en una urgencia y las dos pintas de cerveza que había tomado con Maeve no estaban ayudando.

—Ya. Pero eso no es lo único que has hecho hoy, ¿verdad?

—No, mi Amo. He quedado con una amiga.

—Has quedado con una amiga de tu ex —puntualizó. —¿Querías hablar de él? ¿Acaso tenías ganas de saber cómo está? —directo al grano, no era su estilo andarse con rodeos.

—No, mi Amo. Claro que no. También es amiga mía —estaba empezando a considerar pedirle permiso para ir al aseo, aunque me arriesgaba a que lo utilizara en mi contra.

—Ya... —sus ojos brillaron. Sin darme cuenta, me había llevado la mano a la vejiga. —Bien, así serás más rápida. —¡Mierda! Me había delatado yo sola.

—Mi Amo... —suplicué, intentando que se apiadara de mí. Dio un par de pasos y bajó hasta ponerse de cuclillas delante de mí.

—Preciosa, solo quiero saber la verdad —acercó sus labios a los míos, pero antes de llegar a besarlos, frenó y se separó. —Sé que habéis hablado de Killian. Dime qué te ha contado.

—Solo que lo está pasando mal, mi Amo.

—¿Qué más? —negué con la cabeza. —Pensaba que querías terminar cuanto antes.

—Me quería pedir perdón, mi Amo —me miró sorprendido, no era lo que esperaba oír.

—¿Podrías perdonarle? —ni siquiera me lo había planteado.

Se había levantado. Sabía que se estaba enfadando aunque su tono de voz no había variado ni un ápice. Busqué sus ojos, pero estaban ocultos bajo su pelo oscuro y apenas podía adivinarlos entre las sombras.

—¿Sabes lo que habría pasado si yo no llego a estar contigo?
Sentí el dolor del golpe bajo en la barriga como si hubiera sido físico.

—Sí, mi Amo. Yo no... —intenté ser tajante pero no me dejó seguir.

—¿Sientes algo por él? —aquella pregunta me dolió aún más.

—No, claro que no, mi Amo. Tú deberías saberlo —me quedé mirándole, esperando algún tipo de reacción. No ocurrió. Adularle no iba a funcionar. —Pero tampoco quiero que sufra.

—No quieres que sufra —repitió mis palabras en un murmullo como si no lo pudiera creer. — Aquella noche pensé que no era necesario, pero no pienso dejar que te haga daño o intente manipularte. No quiero que vuelvas a ver a sus amigos.

—Mi Amo, no voy a quedar con Killian. Pero Maeve es mi amiga y...

—Tu amiga —enfaticó estas palabras, entrecomillándolas con su voz, mientras me escrutaba con mirada sentenciadora —ha quedado contigo para darte el mensaje de Killian, para interceder por él. ¿Has creído por un solo momento que es imparcial?

—Yo no... —lo peor era que tenía razón, lo cual me dejó sin argumentos.

—Lo prometerás y lo cumplirás. Ahora.

Era muy bueno discutiendo, y no iba a negociar, ni transigir un ápice. Los dos lo sabíamos. No tenía necesidad. Y yo no tenía tiempo...

—Lo prometo, mi Amo. ¿Me das permiso para levantarme, por favor?

—Todavía no he terminado contigo. El jueves iremos a Berlín. Tengo una reunión de trabajo el viernes y aprovecharé para coger mis cosas. El viernes no podrás ir a trabajar.

—Mi Amo, no puedo pedir un día libre ahora. Podría ir el viernes, cuando salga de trabajar. Le sentí arrodillarse detrás de mí, con su cuerpo pegado a mi espalda.

—Separa las piernas.

Mientras seguía sus órdenes, su brazo izquierdo me rodeaba desde atrás, manteniendo mis brazos pegados a mi cuerpo. Con la otra mano subió mi falda y la enganchó en el brazo que me sujetaba. Solo fui consciente de sus intenciones unos segundos antes de que su mano bajara rápidamente sobre mi sexo. Esperó a que mi grito se apagara.

—Cuenta —demandó.

—Uno —balbuceé entre gemidos. No iba a poder aguantarlo. Tenía que ir al servicio. Era impostergable.

—No te dejaré sola. Ni un solo día. Vendrás conmigo, y lo harás porque es lo que yo quiero — ni siquiera intentaba razonar. Era obvio que le había cabreado bien y en el momento menos oportuno.

—Dos —respiré profundamente. Todo se estaba empezando a mezclar el dolor, el placer, la necesidad. Sentía como me humedecía y mojaba su mano cada vez que me tocaba. —Mi jefe no me dará el día libre, mi Amo. Hay demasiadas cosas que hacer ahora.

—¿Prefieres que hable yo con él?

—Tres —mis piernas estaban tan rígidas que me temblaban. Tenía que terminar con esto ya. — No, mi Amo. Yo lo solucionaré. Te lo prometo.

—Eso era todo lo que quería oír.

—Cuatro —me dio un último azote antes de soltarme. Metió su cabeza en mi pelo y susurró cerca de mi oído.

—No me gusta la idea de que tengas jefe, al menos uno que no sea yo —y antes de que pudiera asimilar lo que había querido decir, me dejó ir. —Y quítate los zapatos. A partir de ahora irás descalza por la casa.

- 0 -

Me levanté de la cama, confundida. Sergio no estaba. Llevaba un rato buscándole cuando le vi a través de la puerta a medio abrir. Solo. Sabía que no debía entrar.

Veía su cuerpo arrodillado, su cabeza gacha, su pelo cayendo en densas ondas oscuras sobre su cara, ocultando sus ojos. No me creí ni por un momento su supuesta indefensión. Aun postrado, no perdía su fuerza. Sus pectorales se marcaban por debajo de su piel, que resplandecía como lubricada con aceite.

Una voz femenina me sobresaltó. Su dueña quedaba fuera de mi campo de visión. La entendía aunque hablaba una lengua desconocida.

—Pareces muy cómodo. Levanta los brazos.

Desplegó sus brazos que reposaban escondidos en su espalda y los extendió en cruz.

—¿Sabes por qué estás aquí?

No contestó, y su silencio fue una afirmación rotunda.

—¿Por qué lo has hecho?

—No significa nada, Señora.

—Sabías que lo tenías prohibido.

Levantó la cabeza y con un movimiento rápido, impropio de él, se apartó el pelo de la cara. Miró en mi dirección de reojo. Me había descubierto. En su rostro se dibujó media sonrisa.

—Solo quería probar. No es importante, Señora.
Solo en ese momento fui consciente. Yo era el tema de la conversación.
—Eso no me vale. Vas a terminarlo ahora.
—NO.
—Clara.
—No. Sergio.
Sergio sujetaba mis manos contra el colchón.
—Despierta, preciosa. Estoy aquí. Todo está bien.
Le miré. Todo estaba bien.
—Has tenido una pesadilla. No parabas de moverte.
—Gracias, mi Amo.
—¿Estabas soñando conmigo? —le esquivé la mirada. —Vaya. ¿Tan fuerte era? —preguntó casi divertido. —Cuéntamelo. Quiero todos los detalles —era una orden.

- O -

Sergio dice:
Tienes hora a las dos en
el láser.
Te mando la
localización.
Les he dado
instrucciones precisas.

Clara dice:
Eso es imposible!
No puedo salir antes
de la 1.30 y necesito
casi una hora para
llegar

Sergio dice:
Si es necesario iré a
buscarte personalmente.

Clara dice:
Allí estaré
No tiene que
molestarse

Sí. Esa era la nueva norma de Sergio para mensajes tras no mostrar el debido respeto a mi Amo en todas mis comunicaciones, según sus propias palabras. Hablarle de usted me recordaría su posición aun sin su presencia. Debía admitir que era efectivo.

Sergio dice:
Perfecto.
Sé puntual, he tenido que
ser muy persuasivo para
que te hicieran un hueco
hoy.

No sé ni para qué perdía el tiempo discutiéndole.

- O -

Por fin llegaba a casa. Me descalcé y me asomé a su despacho para saludarle. Por segundo día consecutivo necesitaba hacer una visita urgente al aseo, aunque esta vez por otro motivo.

—Ven —y cuando estuve a su altura añadió —¿Qué te pasa? —todavía no entendía cómo podía saberlo solo mirándome.

—Me acaba de bajar la regla, mi Amo.

Algo pasó por su cabeza, pero era imposible descifrar qué. Su cara de póquer ocultaba cualquier pensamiento. Supuse que era alivio, nos habíamos estado arriesgando.

—¿Te duele?

—Sí, mi Amo. Mucho —su mano me rozó la mejilla dulcemente.

—Está bien. Dime lo que necesitas.

Y en ese punto tomó el mando. Cuando volví al salón después de mi visita al aseo y de cambiarme de ropa, me sorprendió con la cena en la mesa para que pudiera tomar mi ibuprofeno cuanto antes. Había preparado una tortilla francesa, aunque para mi sorpresa era cuadrada, y aún más sorprende la mejor que había probado. Mientras comíamos, me explicó que había aprendido la técnica en Japón. Preferí no preguntar quién le había enseñado.

—Tengo algo especial de postre —algo dentro de mí vibró cuando le vi abrir el congelador. Sin embargo, solo sacó lo que parecía una tarrina de helado. —Este es mi helado favorito. Me ha costado bastante localizar un sitio donde lo vendieran en Dublín.

—¿De qué es? —pregunté escéptica al ver su color gris perla, el último color que asociaría con un helado.

—Sin preguntas —su tono era dulce y autoritario a la vez. —Pruébalo.

Era un sabor extraño, de esos que necesitas probar un par de veces para apreciar, como el café o la cerveza. Como si hubiera capturado el olor de brasas, pero en dulce, aunque sin ser empalagoso. Después de tres cucharadas me había convencido, y la cuarta, me había cautivado. Helado de sésamo negro. Tenía razón; si me hubiera dicho el nombre, seguramente no lo hubiera probado.

Después me llevó al sofá, me cubrió con una mantita, eligió una película y se sentó a mi lado.

—Ven —dijo cogiéndome para que me acurrucara en sus brazos. —Y vuelve a taparte.

—No tengo frío, mi Amo.

—La manta no es para ti, es para mí —no pude evitar reírme. Se quedó mirando mis piernas

antes de volver a cubrirlas. —No deberías ponerte esos shorts si no quieres que te ataque.

Llevé su mano a mi barriga, por debajo de la camiseta, y me apreté contra ella. Me besó en la frente. Era tan tierno cuando quería; se me caía la baba cuando hacía cosas así. Un pensamiento fugaz cruzó mi cabeza; reparé en que era la primera vez que nos sentábamos así, como una pareja. Como si lo fuéramos... Tampoco era el momento de pensarlo.

—¿Cómo ha ido hoy el día? —me preguntó mientras veíamos los créditos.

—Muy bien, un poco acelerada, mi Amo —sonrió. Sabía a qué me refería.

—¿Y el láser? —muy buena pregunta, casi me muero de vergüenza en esa camilla. Al parecer, había insistido mucho en que no quedara ni rastro de pelo en toda la zona.

—Bien... Tus instrucciones eran muy, muy precisas, mi Amo —se rio y me volvió a besar en la frente cuando vio que enrojecía.

—Lo sé... y me muero por ver el resultado —por un segundo, me asusté. Por suerte, no tardó en añadir: —Tendré que esperar.

La película empezó. Creo recordar las primeras escenas y, segundos después, volaba por las escaleras en los fuertes brazos de Sergio. Me agarré a su cuello en un acto reflejo.

—Tranquila, preciosa. Te tengo.

Y siguió su camino hasta que me dejó suavemente sobre la cama. Pasó su mano por mi pelo y, antes de terminar su caricia, ya me había vuelto a dormir.

- O -

Una mano invisible dentro de mi vientre retorció mis ovarios, los estrujaba. El dolor me despertó. Estaba sola en la cama. Aún estaba demasiado oscuro, comprobé la hora en mi móvil, las seis y media. Necesitaba mi ración de ibuprofeno más que respirar, aunque para eso tenía que desayunar.

La puerta de la habitación de invitados estaba entreabierta. No había vuelto a entrar allí desde el primer día que llegamos a la casa. Me asomé a la puerta sigilosamente.

Sergio estaba encima de una esterilla en el suelo, enfrente del gran ventanal, haciendo abdominales. La tenue luz que se filtraba del exterior se reflejaba en su silueta. Llevaba solo los pantalones cortos negros; la camiseta a juego estaba tirada a un lado de la esterilla. Las pequeñas gotas de sudor que empezaban a formarse brillaban sobre su escultural torso desnudo mientras se contraía con cada movimiento.

—Acércate.

Su voz ronca me sobresaltó. No comprendía cómo podía haberme visto. Murmuraba algo, como si llevara la cuenta. No paró hasta que estuve a su lado.

—Preciosa, ¿qué haces fuera de la cama?

—Me he despertado, mi Amo. Ochenta y siete... —repetí impresionada el último número que le había oído decir.

—Doscientos ochenta y siete —me corrigió.

Su pierna se enredó en las mías con la precisión suficiente como para hacerme caer limpiamente en sus brazos.

—¿Puedo preguntar, mi Amo? —asintió distraídamente mientras apoyaba su mano en mi

vientre. —¿Haces esto cada día? —noté su cabeza moverse de arriba a abajo mientras me olía el pelo.

—Hueles muy bien esta mañana. ¿Te duele mucho?

Otro calambre en la barriga. Intenté reprimir la mueca de dolor sin demasiado éxito. Me tumbó a su lado con su cuerpo echado hacia mí. Su mano se coló por debajo de mi camiseta, sus dedos separaron el elástico de los shorts, y me apretó un poco más fuerte, proporcionándome un alivio temporal.

—Un poco, mi Amo.

—Creo que es bastante más que un poco. ¿Me vas a hacer castigarte por mentirme? —sonreí. Su cara y la inflexión de su voz dejaban claro que no iba en serio.

—¿Cuántas haces, mi Amo?

—Trescientas abdominales y ciento cincuenta flexiones.

—¿Todos los días, mi Amo?

—Sí, preciosa. El entrenamiento es diferente cuando estoy en casa, pero sí. Todas las mañanas antes de ir a correr. Me gusta empezar el día haciendo ejercicio, me ayuda a tener la mente clara —intenté ocultar mi incredulidad. —El deporte engancha.

—Ya... Tengo suerte de que no me despiertes también para esto, mi Amo —no me contestó, aunque no me gustó la forma en que desvió su mirada.

—¿Siempre te duele tanto?

—Depende del mes, algunos meses son muy malos, mi Amo. ¿Cómo puedes saber cuánto me duele?

—Preciosa, si no supiera medir tu dolor tendrías un problema, incluso cuando intentas ocultármelo. ¿Y éste es de los muy malos?

—Mi Amo, si me preguntas en el momento siempre lo es. Pero éste no es el peor.

—Vamos. Te preparo el desayuno para que puedas tomarte la pastilla y te llevo a la cama. Todavía puedes descansar una hora más.

- 0 -

Sergio dice:
Estás preciosa.

Con una reacción absurda, miré a mi alrededor. Las paredes de mi oficina.

Clara dice:
Pero si no me ve...

Sergio dice:
No lo necesito.

Clara dice:
tq

Mierda, mierda, mierda. Maldito autocorrector.

Sergio dice:
Tq?

No podía respirar. Di algo. Di algo. Estaba bloqueada.

Sergio dice:
Creo que pasar tanto
tiempo entre
adolescentes te está
empezando a afectar.

Ufff. Había estado cerca...

XVIII

Metí la llave en la cerradura y antes de poder girarla, la puerta se abrió. Sergio me atrajo a su cuerpo, y su lengua me asaltó profundamente hasta dejarme totalmente desorientada antes de que pudiera siquiera divisarle. Cuando volví a abrir los ojos estaba en la cocina, aunque no tenía noción de habernos movido. Me subió a la barra y me inspeccionó.

—¿Cómo te encuentras?

—Yo... —todavía estaba abrumada por el recibimiento —bien, mi Amo. —Bajó sus ojos a mi vientre. —Me duele un poco.

Antes de abrir la puerta estaba rota, deseando llegar a casa para poder comer y tomarme mi pastilla, pero su recibimiento había conseguido despistarme. En este punto ya estaba convencida de que mi Amo podía lograr que me olvidara hasta de mi propio nombre si se lo proponía.

—No te muevas.

Se dio la vuelta y desapareció por la puerta, dejándome sentada sobre la barra. En menos de un minuto le veía entrar. Llevaba algo en su mano.

—He encontrado algunos remedios en internet. No me gusta que tomes tantos analgésicos.

Que se tomara tantas molestias me llegó al alma. Aun así, no pude evitar mirarle con escepticismo. Dejó lo que llevaba sobre la barra a mi lado. Le eché un vistazo fugaz, pero estaba bien envuelto en un papel de seda gris. Sus manos fueron directas a la cremallera lateral de mi blusa.

Hasta ese momento no me había fijado en que estaba completamente vestido. Estaba arrebatador con un elegante traje negro de tres piezas. Sabía lo que significaba: había tenido una reunión de trabajo en las oficinas del IFSC de la sucursal de Dublín.

Mi blusa ya estaba en el suelo y me estaba desabrochando el sujetador. En cuanto cedió, mis brazos me cubrieron. No sabía si era por estar en esos días pero me sentía especialmente vergonzosa.

—Preciosa, no hagas eso. Solo me pones más cachondo.

La forma en que ronroneó estas palabras solo me hizo querer provocarle más. Se quitó la americana y la dejó caer junto a mi blusa. Repitió el gesto con su chaleco.

—Mi Amo, ¿me das permiso para preguntar?

—Dime, Clara.

Se volvió hacia el paquete de papel gris y comenzó a desenvolverlo minuciosamente. Sacó algo negro de piel y lo llevó a mi espalda. Era una especie de cinturón, aunque bastante más ancho, como un ceñidor, con cuatro correas que lo rodeaban. Empezaba en la base de mis pechos y llegaba hasta las caderas.

—¿Clara? ¿Qué querías preguntarme?

Se me había olvidado. Solo estaba centrada en lo que tenía en sus manos.

—¿Cuero, mi Amo? ¿No estás abusando del tópico?

Pude verle reírse. Mi comentario le había divertido pero no dijo nada, estaba demasiado concentrado en su tarea. Sus ojos quedaban escondidos bajo dos mechones de pelo oscuro que

caían sobre su cara. Me apresuré a retirárselos y me lo agradeció con una breve mirada.

Estaba enrollando la ancha banda de piel con cuidado alrededor de mi cuerpo, recubriéndome meticulosamente para que no quedara ningún pliegue. Una a una, fue cerrando las cuatro hebillas, y cuando terminó, volvió a empezar desde la más alta para terminar de ajustarlo.

—Parece que el calor y la compresión te funcionan, así que te he buscado algo que cumpla ambos requisitos.

Comprobó su trabajo con sus manos y, mientras me observaba detenidamente, se aflojó la corbata y exhaló todo el aire de sus pulmones sonoramente, como si ya no lo necesitara para vivir. No pude evitar sentirme halagada por su reacción.

—¡Joder, Clara!

No necesitó decir nada más. Su excitación era patente no solo en su voz, sino en todo su cuerpo. La prueba más tangible era su paquete que se marcaba exageradamente en sus pantalones.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias mi Amo. ¿Has descubierto algo más en tu investigación?

—Sí —me miró enigmático y cambió de tema. —Estás preciosa. Más que preciosa... Vamos a cenar.

- O -

—Clara, ¿alguna vez lo has hecho con la regla?

Su tono era tan sugerente que no pude evitar reaccionar ante sus palabras, aunque su media sonrisa no me dejaba adivinar si se trataba de una proposición o simple curiosidad.

Me había permitido cubrirme con la camiseta de tirantes del pijama mientras cenábamos. Pero se deshizo de ella rápidamente a la primera muestra de dolor de mi cara en cuanto terminamos. Iba a tomarme una pastilla, pero su pregunta me había distraído.

—Sí, mi Amo.

—¿Te hizo daño? —le miré perpleja.

—No, mi Amo —solo podía haber una razón para que, alguien que me había demostrado un conocimiento tan pormenorizado sobre la anatomía femenina, ignorara algo tan básico. —¿Tú... no lo has hecho nunca?

—No —y no añadió ninguna explicación.

Se volcó en las caricias con las que sus dedos mimaban mis mejillas y mis labios. Bajó por mi cuello delicadamente, deslizando sus yemas perdiéndose por mi nuca hasta que rozó a consciencia un punto detrás de mis orejas que provocó que toda mi piel se pusiera de gallina. Se sonrió.

—Preciosa, solo estoy tocando tu cuello —su voz ronca consiguió despejar cualquier pensamiento de mi mente. Me entregué por completo a él.

Sus dedos descendían solícitos, rodearon mis senos ceremoniosamente, hasta alcanzar el cuero negro del envoltorio que me cubría. Siguió su borde con el índice. Toda su atención se concentraba en explorar mi cuerpo, como si quisiera aprender cada centímetro de memoria. Mis pezones endurecidos llamaron su atención. Estaba totalmente absorto, rozándolos dulcemente.

Sus manos reanudaron su descenso hasta llegar a mis piernas, y cuando alcanzaron las rodillas invirtieron el sentido y subieron por mis muslos, perdiéndose por debajo de mi falda. Le corté el

camino cuando rozó el elástico de mis bragas. Gruñó y levantó la cabeza para encontrarme con sus ojos amenazantes.

—Mi Amo, por favor... —la voz me estaba fallando, era demasiado consciente de lo que estaba haciendo y las consecuencias que podía tener —no tienes que hacer nada que te resulte... desagradable.

—Pon las manos en la nuca.

Su tono era asertivo aunque mucho más contenido que de costumbre. No me moví, estaba paralizada. Me imponía demasiado.

—Ya.

Reaccioné. Aparté mis manos como si me quemaran, obedeciéndole, y las suyas continuaron su avance. Estiró de la tela de mis braguitas apretándola contra mi sexo, hasta que se clavó. Un gemido escapó de mi boca.

—Ni se te ocurra moverlas. ¿Te crees que me da asco tu sangre? —no me dio tiempo a pensarlo, siguió hablando. —No hay nada en ti que no me atraiga. Como vuelvas a intentar detenerme, no me va a importar lo más mínimo que tengas la regla, haré que te arrepientas.

No sabía cómo lo había hecho pero cada orden, cada amenaza, incluso su pregunta retórica, encerraba una proposición que solo mi entrepierna podía descifrar. Me atraía, me intimidaba, me asustaba, me mojaba, me aturdía, pero ante todo, me sometía. Y lo hacía de una manera natural. No necesitaba recordar que era mi Amo o que tenía que obedecerle. Su voz me incitaba y me obligaba a hacerlo.

—Lo siento, mi Amo.

Mientras hablaba, su mano izquierda apartó la tela de mis braguitas a un lado, y la derecha, coordinada, iniciaba sus caricias alrededor de mi sexo, aunque en ningún momento llegó a tocarlo. Solo me insinuaba lo fácil que sería hacerlo.

—Dime, Clara, ¿te sigue doliendo ahora?

Su mano izquierda había subido hasta mi vientre. No podía sentir su tacto a través de las dos capas de cuero, pero me gustaba lo que significaba que estuviera ahí.

—No, mi Amo —no había vuelto a pensar en ello. Sonrió triunfal.

—Parece que calentarte también funciona.

Se deshizo de mi falda, no podía frenarle aunque no quería que siguiera. Junté las piernas, apretándolas.

—Clara, ¿quieres que pare?

—Yo... Mi Amo, tiene que haber una razón por la que no has hecho esto nunca...

—Sí —carraspeó desafiante. —Hasta ahora, cuando una sumisa tenía la regla, llamaba a otra. Pero eso no es lo que quiero hacer hoy.

—¿Y qué es lo que quieres hacer hoy, mi Amo? —me armé de todo el valor que pude juntar para replicar a su velada amenaza.

—Quiero hacerlo todo contigo. Pero es tu decisión... el espermicida no funcionara hoy.

—Podemos usar un... —no me dejó terminar. Otra vez iba por delante de mí.

—No volverá a haber nada entre tu piel y la mía. Nunca más. Sin excepciones.

Pasaba sus manos por encima de mis muslos cerrados, acariciándolos mientras escudriñaba en mis ojos. Me turbaba.

Bajé mis manos con cautela de mi nuca, esperando que me lo prohibiera. No dijo nada. Llegué hasta sus hombros y las deslicé por sus brazos, acariciando las curvas de sus músculos que se tensaban a mi paso, hasta aferrarme a sus muñecas. No hacía ninguna fuerza, eso no habría servido

para nada, era mucho más fuerte que yo. Solo posé mis dedos a su alrededor, esperando que significara algo.

—Necesito que confíes en mí —su voz ronca me quebró.

Como si se tratara de palabras mágicas, abrí las piernas. Con sus brazos, me arrastró hacia adelante hasta que me llevó al filo del taburete. Sostuvo mi cara con ambas manos mientras me besaba, sin despegarse, apasionadamente, despojándome de la poca voluntad o sentido común que me quedaba.

—¿Estás segura? —asentí con la cabeza todavía en sus manos.

En un movimiento rápido, bajó las manos a mis caderas y recorrió las costuras laterales de mis braguitas con sus índices antes de meterlos por los lados.

—Espera —acompañó mi susurro con un bufido que me indicó que estaba demasiado cerca de acabar con su paciencia. —Por favor, ¿puedo hacerlo yo?

—Tranquila. No miraré... Esta vez.

Clavó sus ojos en los míos mientras sus manos bajaban por mis piernas arrastrando mi ropa interior.

—Desabróchame los pantalones.

Sus pantalones y, un segundo después, sus calzoncillos cayeron al suelo, ocupando su sitio al lado de mi falda. Al mismo tiempo, él se desabrochaba la camisa blanca, descubriendo su pecho.

Me penetró lentamente, con muchísimo cuidado. No dejaba de mirarme, creo que buscaba alguna señal de dolor.

—¿Estás bien?

—Sí, mi Amo. Por favor, sigue.

Sus movimientos eran acompasados, llenos de precaución, siempre comprobando que no me hacía daño. Me aferré a su espalda y me impulsé hacia él, haciendo que profundizara rápidamente hasta tenerla casi por completo dentro de mí.

—Preciosa, no hagas eso. Tengo que controlarme.

—Mi Amo, tú siempre te controlas.

—Sí, pero lo que voy a hacer hoy, no lo he hecho desde hace mucho, mucho tiempo.

Me distrajo con una suave caricia en las rodillas. En unos segundos, sus antebrazos franquearon mis muslos por debajo, y los levantó lo justo como para dejarme en equilibrio al borde del taburete. La posición me imposibilitaba cualquier movimiento, otorgándole el dominio absoluto sobre mi cuerpo.

Retomó su ritmo suave y, aunque no retrocedió ni un centímetro del terreno que había ganado, tampoco avanzaba. Solo se mantenía en el sitio, despacio, hasta que empezó a ser una tortura. Necesitaba más.

—Mi Amo, te prometo que te avisaré si me haces daño y te prometo que no me moveré. Te prometeré lo que quieras pero dame más, por favor —supliqué mientras le clavaba las uñas en la espalda.

—No me preocupa hacerte daño... me preocupa no poder controlar tu dolor —su voz bajó hasta apagarse.

Solo entonces percibí el reflejo de esa inquietud en sus ojos. Temblé al darme cuenta de lo que se refería.

—Te juro que todo está bien, mi Amo.

Sonrió y me acarició la cabeza desde atrás. Su mano siguió el movimiento recogéndome el pelo, y sin llegar a tirar, tan solo sujetándolo, llevó mi oreja hasta su boca.

—Eso no me vale —susurró. —Tu coño cambia estos días y aunque no te des cuenta, reacciona de forma diferente. Estoy aprendiendo tu cuerpo y lo haré a mi ritmo. No tengo ninguna prisa.

Acaté su voluntad con resignación, conteniendo mi deseo para dejarle descubrir las reacciones de mi cuerpo. Busqué mi distracción en su cuello, estaba demasiado tenso y me dispuse a relajarlo. Mis labios surcaban la base de su cuello. Le lamí, y me enganché a él, disfrutando de su sabor. Le chupaba con avidez, sin darme cuenta de que cada vez necesitaba más, hasta que me despegó. Soplé sobre su piel y resopló sobre mí.

—Preciosa, ¿estás intentando provocarme?

Su cabeza estaba baja, las ondas de su indómito pelo oscuro cubrían sus rasgos perfectos, pero su voz consiguió estremecerme. Acaricié con mis dientes la marca morada que acababa de dejar, sin llegar a morderle. Pero no era suficiente para calmar mi ansia. Su ritmo tormentoso había comenzado a variar, penetrándome con movimientos desacompañados, lento, rápido, suave, profundo... como un amante inexperto. Solo azoraba más mi deseo para dejarme más ganas de él.

Mis uñas subieron por su nuca, seguía rígida. Enlacé mis dedos en su pelo y tiré de él despejando su rostro hasta que conseguí que me mirara. Sus ojos me encontraron como si despertara de un trance, y rápidamente se oscurecieron.

—¿Me deseas?

—Sí, mi Amo —mi desesperación era patente en el timbre de mi voz.

—Quiero respuestas completas. No me volverás a contestar con un monosílabo —se estaba recreando en sus palabras, moviendo sus labios sugerentemente en cada una de ellas. —¿Has entendido, Clara?

—Lo siento, mi Amo. No te contestaré con monosílabos, mi Amo. Te daré respuestas completas.

—Muy bien. ¿Y?

—Te deseo, mi Amo.

—¿Cuánto me deseas, Clara? —su tono en sí mismo era una provocación.

—Todo, mi Amo.

Mis palabras hicieron un efecto inmediato sobre él. Me penetró rápido, de una sola vez, hasta que su pelvis chocó con mi piel.

—Te deseo más que a nada en el mundo, mi Amo.

Me vació súbitamente y me reclinó hasta que apoyé mi espalda sobre la barra, y levantó más mis piernas, abriéndolas, dejándome completamente expuesta ante él.

—Te deseo más de lo que he deseado nunca a nadie, mi Amo.

Algo se activó en él, absolutamente imbuido por mis palabras, se movía como si estuviera fuera de sí, y al mismo tiempo, mantenía un control total sobre mí. La posición en que me había colocado le permitía acceder más profundamente. Avanzó hasta encajarse completamente en mi cuerpo, que se esforzaba por cobijarle. De repente se detuvo.

—Preciosa, hoy no vas a poder correrme en mi polla. Si te dejara hacerlo no podría contenerme —debió ver la decepción en mi rostro. —Pero te correrás en mí.

Su piel engrasada por el sudor que exhalaba cada uno de sus poros se me antojaba no solo necesaria, sino ineludible, hasta llegar al punto de ser adictiva. Elevé mis manos hacia su pecho y, al adivinar mis intenciones, se recostó sobre mí. Su roce me calmó por un instante pero al segundo siguiente mi ansia se reavivó.

—Mi Amo... —apreté mis muslos al tiempo que mi sexo se contraía sin que pudiera evitarlo.

—Cuidado, preciosa. Pídemelo —me ordenó susurrando en mis labios.

—Mi Amo, por favor, ¿me das permiso para correrme?

—Espera.

Su cuerpo me cubría mientras le sentía abandonarme. Enredé mis piernas a su alrededor intentando atraerle a mí con todas mis fuerzas. Le necesitaba dentro.

Revolvió la cabeza para apartarse el pelo de los ojos y con una mirada, me instó a desistir y aflojar mis piernas. Cerró los ojos cuando salió y me apoyó contra su abdomen.

—Ahora.

Sus dedos me estimularon llevándome con ellos.

Seguía con los ojos cerrados cuando terminé. Su semblante hierático estaba vacío, pero su cuerpo tenso, con todos sus músculos contraídos, me mostraban el esfuerzo que acababa de hacer.

Abrió los ojos y dirigió su vista abajo. Creí oír un “joder” en su murmullo, aunque había más preocupación que enfado. Me podía hacer una idea de lo que estaba mirando. No habíamos tenido ningún cuidado. Antes de que pudiera bajar mi cabeza para verlo yo también, me detuvo con su mano izquierda en mi barbilla.

—Abrázate a mí, y mírame a los ojos o... —flaqueó por primera vez.

—¿O? —recogí su o como un beso en mis labios.

—... o te azotaré —no le creí.

—Lo siento mucho, mi Amo.

—¿Qué sientes?

—Siento haberte manchado, mi Amo.

—Créeme preciosa, ahora mismo esa es la menor de mis preocupaciones.

Me ceñí a su cuerpo y su piel caliente me envolvió. Nos movíamos, aunque no sabía a dónde, solo que no quería dejar de mirarle. Cruzó el comedor y nos llevó hasta la ducha del piso de abajo.

El agua caliente corría por nuestros cuerpos, limpiándonos dulcemente. Sentía su miembro duro en mi vientre, reclamando mi atención con suaves toques. Me arrodillé ante él. Sus dedos acariciaban mi pelo. Antes de darme tiempo a empezar, habló.

—Preciosa, hoy te voy a enseñar a servirme. Quiero que lo hagas tú sola hasta el final.

Estaba a punto de quejarme. No recordaba haberlo hecho tan mal la última vez, al menos él parecía haberlo disfrutado. Pero siguió hablando.

—Clara, lo haces muy bien... pero eso no es suficiente. Sabes que siempre quiero más de ti. Aprenderás a hacerlo perfecto para mí.

Comenzó a indicarme con órdenes extremadamente precisas como quería que se lo hiciera. Hasta el punto que me sonrojé al escucharle, aunque eso tampoco era una novedad. Me dirigía, con sus palabras, con su cuerpo, guiando mis manos, mi cabeza, mostrándome exactamente como lo quería, exigente. Intentaba complacerle pero cada vez me reclamaba un poco más.

—Demuéstrame cuánto me deseas.

Me entregué con todo mi cuerpo para satisfacerle. No había nada que deseara más. Su cara, apenas alcanzaba a verla, estaba elevada hacia arriba. Desde mi posición, solo apreciaba su mandíbula constreñida y su cuello en tensión. Mis uñas se arrastraban por sus muslos duros dibujando efímeros caminos sonrosados, que después repasaba con mis yemas.

—Demuéstrame cuánto quieres complacerme.

Le lamía, entraba apretando mis labios para ofrecerle más resistencia hasta que le sentía en mi garganta, hasta que me sobrecogía una arcada. No importaba. Estaba totalmente dedicada a él como él lo había hecho conmigo unos minutos antes. Salía para volver a repetir con más fuerza y

con más profundidad.

—Demuéstrame cuánto placer te doy.

Su voz rasgada me animaba, increpándome para que me entregara más y más a su placer. Mi lengua, mis labios, mis dientes, mi garganta. Mis dos manos se unieron a mi boca. Se movían a la vez, resbalando por su enorme pene erecto, lubricándolo con mi saliva.

—Demuéstrame que eres mía.

Bajó su cabeza y sus ojos se posaron sobre mí. Sin saber por qué, me sentí indefensa. Cogió mi pelo y lo enrolló en su mano para controlar mejor mi cabeza. Tiraba demasiado. Grité y aprovechó mi boca abierta para empujar. Su polla me llenaba, mis manos se apresuraron a su base para hacer de tope.

Por primera vez en toda la noche, se dejó llevar por el descontrol y se entregó al placer sin ningún miramiento. Solo me usaba... hasta que explotó violentamente en mí.

—Lo siento, mi Amo.

Tardó un par de segundos en recuperarse y luego bajó a mi lado y me besó en la frente.

—Tú me complaces como no lo ha hecho nadie nunca. Tanto que no he podido frenarme. Aprenderás a hacerlo para mí. Tenemos tiempo.

Me ayudó a levantarme y me envolvió en una toalla. Antes de marcharse para dejarme un poco de privacidad en el cuarto de baño, se puso frente al espejo, limpió con su mano el vaho para poder ver su imagen, comprobó la marca que le había dejado en la base del cuello y me sonrió con complicidad.

La forma en que me trataba, las palabras que me dedicaba estaban empezando a confundirme. Tenía que hablar con él, tenía que poner las cosas claras antes de que fuera demasiado tarde. Aunque eso era lo que menos me apetecía...

Cuando entré en la habitación, le encontré con la toalla enrollada alrededor de la cintura, demasiado baja, como siempre, y extremadamente atractivo. No iba a dejar que eso me despidara.

—Mi Amo, ¿me das permiso para hacerte una pregunta?

—¿Qué pasa, preciosa? —mi voz me delataba, se había dado cuenta de que era importante. Se acercó rápidamente a mí.

—Mi Amo... —no me atrevía a mirarle, y por unos segundos, vacilé y estuve a punto de echarme atrás antes de continuar —¿qué sientes por mí?

Cogió mi cara. Su mirada iba de mi ojo derecho al izquierdo, deteniéndose en cada uno de ellos, solo para volver a empezar. Tuve que hacer acopio de todo mi valor para no derrumbarme el minuto que tardó hasta que volvió a hablar.

—Si no te lo he dicho hasta ahora, ¿qué te hace pensar que te lo diré solo porque me lo preguntas?

—Por favor, mi Amo. Necesito saberlo.

—Sabes que el hecho de que te dé permiso para hacer una pregunta, no significa que la vaya a contestar.

—Tú me obligas a decírtelo cada vez que quieres oírlo, mi Amo.

—Sí, y me encanta —contestó con una sonrisa de complacencia en sus labios. Pero se dio cuenta de que no iba a dejarlo correr. —Tú haces lo que yo quiero y no al revés.

—No. Esta vez no. Quiero que me respondas.

—Ya está bien, Clara. No me importa lo que tú quieras. No voy a permitir que me domines desde abajo, bajo ninguna circunstancia. Yo soy tu Amo. —En un segundo, su tono cambió, suavizándose. —Preciosa, ahora estás muy sensible. Mañana hablaremos.

—¿Por qué nunca me cuentas la verdad? ¿De qué tienes miedo?

—He sido más sincero contigo de lo que lo he sido nunca. Te he contado cosas que nunca le había contado a nadie. Pero no vas a obligarme a decir algo que no quiero decir. Esta discusión ha terminado.

—No. Eres un cobarde —sin querer había ido levantando la voz hasta gritarle. Una bola de rabia se había concentrado en mi estómago, dejando salir las palabras antes de que mi cabeza tuviera oportunidad de filtrarlas. —¿Qué es lo que no te atreves a decir? ¿Que me quieres o que no me quieres?

Era la primera vez que me enfrentaba a él directamente. Me miró y el mundo se paró, sería imposible decir cuánto tiempo. Todo en él era igual, su cara no había cambiado, su cuerpo no parecía más rígido, sin embargo, podía visualizar su enfado creciendo tan claramente como todo lo que estaba a su alrededor. El aire que nos rodeaba se hizo denso y el ambiente era tan tenso que me abrumaba, hasta el punto que casi podía sentir la opresión físicamente.

—Debería azotarte, sin embargo hoy no lo haré. Tu castigo por intentar sonsacarme algo que no quería decirte será mucho más duro, pero más efectivo.

Hablaba calmado, tal vez demasiado despacio, y muy bajo. Su voz era un susurro ronco y apagado. Su mirada estaba clavada en el suelo.

—Vas a oírme decirte estas palabras y quiero que me escuches atentamente. Te he consentido demasiado, más que a ninguna otra, pero no quiero que mis atenciones te confundan. Te he tratado de forma especial, pero no lo eres. Te he presentado como mi novia, pero no lo eres.

Quería callarle. Abrí la boca pero no salió ningún sonido. Solo silencio.

—¿Te creías que solo porque me apetecía tenerte en mi casa significabas algo para mí?

No le bastaba con partirme el corazón, se estaba cerciorando de que machacaba bien cada pedazo.

—Para —grité. No sirvió de nada. Siguió hablando con el mismo tono inerte. Ni siquiera había desprecio en su voz, no había nada.

—No. Tú querías oírlo, ahora me escucharás hasta el final. Te enamoré para conseguir lo que quería, porque sabía que si lo hacía no me negarías nada. Sabía que harías cualquier cosa por mí: todo. Y lo mejor es que incluso ahora, aunque lo sepas, lo seguirás haciendo porque no puedes evitarlo. Ya es demasiado tarde.

Intenté juntar la poca dignidad que me quedaba después de escucharle. Acababa de verbalizar todos mis miedos más profundos, todas mis inseguridades, todos los pensamientos que había tratado de borrar cada vez que aparecían. Estaba a punto de echarme a llorar y no podía soportar que él me viera.

—Por favor, déjame sola —mi voz era apenas un hilo.

—No. Nunca te he dejado sola después de un castigo y hoy no va a ser una excepción —puede que para él solo fuera otro de sus juegos macabros, pero a mí me había hundido. El daño físico que me había infligido hasta ahora no era nada comparado con lo que me acababa de hacer. —Sé lo que vas a hacer ahora. Yo he causado tus lágrimas y lo harás delante de mí. Lo harás en mis brazos.

Me aparté de él. Todos mis esfuerzos se centraban en no darle esa satisfacción.

—¿Sólo estás conmigo por el sexo? —quería provocarle, aunque no sabía qué.

—¿De verdad te crees tan buena? —su expresión era tan engreída que casi no le reconocía. La sangre inundó mi cara y ni siquiera sabía si era por vergüenza o por rabia. —No juegues con fuego o haré que te quemes.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué coño te has tomado tantas molestias?

—¿Tú que crees? —me estaba desafiando.

—Yo no...

—Será mejor que te calles. Ya te he castigado bastante. No quiero hacerte más daño hoy — decidí hacer caso a su consejo. Ya me había humillado bastante por una noche.

Pero sus palabras daban vueltas en mi cabeza sin parar, desgarrándome. Sentí como el odio emanaba a borbotones desde algún sitio dentro de mí que desconocía. La furia me invadía y tenía que encontrar una válvula de escape. Solo quería hacerle tanto daño como él acababa de hacerme a mí, y lo peor era la seguridad de que nada que yo le dijera podía herirle.

Antes de poder pensarlo, levanté mis brazos, cerré mis puños y me lancé contra él, arremetiendo una y otra vez contra su pecho. No me frenó. No creo que pudiera hacerle daño, o si así era, lo aguantó estoicamente. Dejó que me desahogara hasta que mis golpes dejaron de tener fuerza. Me cogió por las muñecas y me desmoroné. Todo su cuerpo me sujetó.

—Mi Amo, ya tienes lo que querías —rompí a llorar desconsoladamente en los brazos de mi verdugo.

XIX

—¿Qué tal el día?

El peor de mi vida. Mi cabeza estaba abotargada de darle vueltas una y otra vez a la noche anterior.

—Bien, mi Amo.

—¿Y cómo te ha ido en el trabajo?

Fatal. Mi jefe me había llamado la atención más veces de las que podía recordar, y no había dejado de repetirme que tenía mala cara.

—Bien, mi Amo. Gracias.

—Háblame —se estaba empezando a desesperar.

Cada una de sus frases me había golpeado sin tregua, rompiéndome cada vez que las recreaba. Quería ponerme en mi lugar y lo había conseguido.

—Dime lo que quieres que diga, mi Amo —mi voz sonó lineal, monocorde, aunque no hice nada para corregirla.

Y lo peor no era lo que había recibido. Había cruzado una línea que ni siquiera sabía que existía porque nunca me había acercado lo suficiente como para divisarla. Había llegado a la agresión física, y nada de lo que él hubiera podido decirme, por poco que me gustaran sus palabras, lo justificaba.

—Clara, no hagas eso.

Tras una larga noche de cavilaciones, había tomado la determinación inevitable, la única aceptable, marcharme a primera hora. Sin embargo, cuando le vi despertándome por la mañana, no necesitó abrir la boca. Mi resolución había durado cinco minutos escasos.

—Haré lo que tú quieras, mi Amo.

Esa era toda la conversación que habíamos tenido en todo el trayecto al aeropuerto. Al final había desistido.

Estaba esperándome apoyado en el coche cuando salí de la oficina, con mi maleta junto a la suya, preparada en el maletero. Ni siquiera cuando me dio el precioso anorak blanco hueso que me había comprado para asegurarse de que no pasaba frío en Alemania, le dediqué más que un escueto 'gracias'. Me preguntaba cuando se le acabaría la paciencia.

Cuando bajé del avión, me alegré de tener el anorak y también de que, por una vez, me hubiera permitido ponerme unos vaqueros. Si en Dublín hacía frío, en Berlín helaba, literalmente. El suelo crujía al andar por la fina capa de escarcha que se había formado en la pista de aterrizaje.

Atravesamos las puertas que daban a la terminal, y un alemán casi tan grande como él, gritó su nombre, se abrió paso entre el resto de la gente que esperaba en la zona de llegadas y se abalanzó sobre él, levantándolo. En cuanto sus pies volvieron a tocar el suelo, me cogió de la mano.

Se saludaron brevemente en alemán, pero rápidamente empezó a hablar en inglés para que yo pudiera entenderles. Tampoco tenía muchas ganas de hablar.

—*Te presento a Clara. Clara, mi amigo Ahren.*

—*Encantada de conocerte* —intenté esbozar una sonrisa como respuesta a su saludo.

Cogió mi mano y la besó mientras sus ojos azul eléctrico me escaneaban abiertamente y sin ningún tipo de disimulo de los pies a la cabeza en cuestión de segundos. Era el tipo de mirada penetrante que te hace sentir muy halagada, y estaba segura de que funcionaba con la mayoría de las chicas. Sin embargo, tenía el día demasiado cruzado como para debatirme entre si debía sentirme adulada u ofendida.

Ahren era el típico alemán rubio caucásico de mentón prominente, que debía a estar acostumbrado a llevarse a las chicas de calle. Era igual de alto que Sergio aunque un poco más delgado; más que delgado, estrecho de hombros. Una barba de dos días, que enmarcaba su sonrisa ladeada, le ayudaba a crear un look descuidado-casual al que la mayoría de los chicos dedican como mínimo un par de horas. Aunque en su caso parecía genuinamente que apenas se hubiera molestado en dedicarle un par de minutos.

Siguieron hablando en inglés durante unos minutos, pero sin darse cuenta, y puesto que yo no intenté incluirme en su conversación en ningún momento, cuando llegamos al coche ya hablaban exclusivamente en alemán. Me acomodé en el asiento de atrás y me refugié en mis propios pensamientos.

¿Por qué había venido a Berlín después de lo que me había dicho la noche anterior? ¿Por qué le seguía el juego? Ni siquiera yo podía darme una respuesta.

—*Guten Morgen, bella durmiente.*

Abrí los ojos. Estaba desorientada. Me había quedado sola con Ahren en el coche, que estaba parado en un sitio oscuro. Miré a mi alrededor aun aturdida. Era un garaje.

—*¿Dónde está Sergio?*

—*No te preocupes, princesa. Ha subido a su piso un momento; tenía que parar en casa para dejar tu equipaje. Y creo que quería cambiarse antes de salir. Me ha pedido que te dejara dormir.*

—*¿Antes de salir a dónde?* —pregunté confusa, todavía estaba medio dormida.

Antes de que Ahren pudiera contestarme, mi puerta se abrió de golpe, sobresaltándome. Sergio apareció ante mí, imponente, con pantalones y chupa de cuero de motero y dos cascos negros en el brazo. Le sonreí instintivamente y me acarició la mejilla, luego recordé y creo que mi sonrisa se borró de mis labios. Sin dejar de mirarme, empezó a hablar. No le entendía; se dirigía a Ahren en alemán. Finalmente se limitó a decirme:

—*Será mejor que vayas en el coche con Ahren, irás más cómoda y podrás descansar un poco. Yo os seguiré en la moto* —no le pregunté a dónde íbamos; en este momento, no iba a suponer ninguna diferencia.

Cerró la puerta y le seguí con la mirada mientras se ponía el casco, se subía en una moto negra de gran cilindrada y salía por la puerta del garaje perdiéndose en la oscuridad de la noche.

—*Puedes venir al asiento delantero conmigo, si quieres... ¿O a lo mejor prefieres que sea tu chofer, princesa?*

El tono descarado con el que Ahren acompañaba sus palabras hacía que adquirieran un doble sentido malintencionado. Decidí ignorarlo. Salí del coche y me senté delante con él.

—*¿Estará bien en la moto?* —*empecé a preguntarle mientras arrancaba el coche.* —*Quiero decir, hacer muchísimo frío y puede haber hielo en la carretera...* —*la forma en que me miraba ponía en evidencia mi preocupación.*

—*No te preocupes. Está acostumbrado a montar en moto con este tiempo. Además le ha puesto ruedas especiales para hielo. Estará bien.*

Miré al frente mientras me hablaba, no quería que pensara que me preocupaba demasiado. Y

entonces, le vi... delante de nosotros, sobre su moto. Creí que el corazón se me salía por la boca cuando tumbó en una curva cerrada. Mis ojos se quedaron enganchados en su silueta, tanto, que no oí a Ahren cuando siguió hablando.

—*¿Princesa? ¿Estás bien? —su atención dejaba con demasiada frecuencia la carretera para bajar, sin ningún reparo, por mi anatomía.*

—*Disculpa, mi nombre no es “princesa” —me sonrió, aunque no entendí por qué, estaba intentando ser brusca con él.*

—*Lo sé, Clara. No necesitas disculparte —me estaba tomando el pelo, y no era el mejor día para jugar conmigo. —Estaba diciendo que pareces cansada, princesa.*

Le devolví una mirada airada que ignoró con demasiada facilidad. Estaba empezando a cansarme de su tono prepotente y, sobre todo, de la forma en que me repasaba. Y algo me decía que no le molestaba hacerme sentir tan incómoda, más bien al contrario.

—*La verdad es que hoy estoy agotada —esperaba que pillara la indirecta. Me pareció más elegante que explicarle que había pasado la víspera del viaje llorando por el cabrón de su amigo. —No he dormido demasiado bien.*

—*¿Por qué? ¿Estabas nerviosa?*

—*¿Nerviosa? ¿Por qué iba a estar nerviosa?*

—*Porque va a presentarte a sus amigos esta noche, y eres la primera con la que lo ha hecho en todos los años que le conocemos. Espera un momento... No te lo ha dicho, ¿no? —sorpresa, sorpresa...*

—*¿Soy la primera que te presenta a ti? —se volvió a reír de mi pregunta, aunque yo no le encontraba la gracia al chiste.*

—*No —la forma en que lo dijo dejaba muy claro que había conocido a bastantes.*

—*Entonces no es para tanto... —intenté zanjar el asunto.*

—*Está claro que no conoces a Marie, princesa.*

Le lancé otra mirada de pocos amigos pero solo me volvió a sonreír y aparcó el coche. No me había dado cuenta de que habíamos entrado en un chalet.

Abrí la puerta tan cabreada que no vi a Sergio, que la esquivó y miró a Ahren extrañado. Inmediatamente, y sin esperar una respuesta, me tendió su mano helada para ayudarme a salir del coche.

—*¿Por qué no me has dicho que me ibas a presentar a tus amigos? —le recriminé.*

Cerró la puerta y su cuerpo se acercó despacio, intimidante, haciéndome retroceder con cada uno de sus pasos, hasta que mi espalda dio contra el coche. El helor de la noche se había pegado a él.

—*Ve delante. Ahora te cogemos.*

Aunque sus ojos estaban clavados en los míos, no estaba hablando conmigo. Se dirigía a Ahren pero esta vez no lo hacía en alemán, sino en inglés, para que yo pudiera entenderle. Sus brazos me flanquearon.

—Sigo esperando —ahora sí era para mí, su cambio de tono casi me hizo temblar. Su voz era áspera y tan baja que apenas podía oírle.

—Lo siento, mi Amo —salió instintivamente. —*¿Me das permiso para preguntar?*

—No —su autoridad me desarmaba. No importaba lo furiosa que estuviera con él.

Su boca imponente se abalanzó sobre la mía. Negarme no era una opción, al menos no una que pasara por mi cabeza. Llevaba todo el día sin besarme y mi cuerpo le necesitaba. Su mano, fría como el aire de Berlín, se calentaba así como se abría paso por la estrechez de mis pantalones y

se metía por mis braguitas hasta arder cuando alcanzó a cubrir mi sexo con la palma extendida. Jadeé en su boca.

De repente, su calor y su frío se volatilizaron dejándome con ganas de más. Tiró de mi mano para que le siguiera mientras se encaminaba hacia la casa. Solo había sido una demostración de poder.

La puerta se abrió, y una mujer encantadora, con una sonrisa enorme nos recibió, abrazó efusivamente a Sergio, y antes de que me diera cuenta, me estaba abrazando a mí también. Oí la voz grave de Sergio detrás de mí.

—*Marie, esta es mi novia, Clara.*

No entendía por qué se empeñaba en presentarme como su novia, especialmente con sus amigos. Y menos hoy... Pero el abrazo de Marie era tan cálido y acogedor que me hizo sentir en paz por primera vez en todo el día.

—*Clara, te presento a mi amiga, o mejor dicho, mi hermana, Marie.*

—*Bienvenida a mi casa, Clara* —la forma en que pronunció mi nombre era muy graciosa. —*Estoy muy, muy contenta de conocerte por fin* —lo dijo antes de soltarme, como intentando guardar el secreto a Sergio. Solo cuando se separó, reparé en su barriga.

—*Oh, estás en esta...*

Los brazos de Sergio me rodearon desde atrás para quitarme el abrigo y, para mi sorpresa, me besó delicadamente en el cuello.

—*Sí, completamente embarazada.*

—*¡Felicidades! ¿Para cuándo lo...?* —su risa cortó mi pregunta.

—*Finales de marzo. Oh, venga, vamos, déjala por un segundo* —le dio una cariñosa palmada en el hombro a Sergio para que me soltara. —*Yo cuidaré de ella.*

Marie me cogió del brazo y me relajé al instante, aunque no supe si era por la tranquilidad que ella me transmitía, o por poner distancia con Sergio. No habíamos dado ni dos pasos cuando un hombre muy apuesto que rondaba los cuarenta, con aspecto de galán de cine de los cincuenta, nos interceptó. Estaba visiblemente eufórico, abrazó a Sergio, le tendió la mano a Ahren, y empezó a hablar muy rápido en alemán.

—*Cari, Clara no habla alemán. Clara, este es mi marido, Sam* —que hizo un expresivo gesto de disculpas. —*Es americano.*

—*Perdona, Clara. Es un verdadero placer conocerte* —y también me abrazó. El acento americano le pegaba. —*Pareces demasiado buena para él. Cuéntame, ¿cómo te engañó?* —bromeó mientras Sergio hacía un gesto de encajar el chiste a su costa.

Llegamos a la entrada del salón-comedor y la atmósfera cálida nos envolvió. El fuego de la chimenea, junto con el olor a comida casera me terminó de apaciguar. A través de las grandes puertas acristaladas que daban al patio, se veía el jardín helado, brillante por los reflejos de las luces en el hielo. De fondo, sonaba “*Chasing Pavements*” de Adele. Me volví y mi mirada se tropezó con Sergio de forma casi profética.

—*¿Otra vez Adele?* —susurró Ahren a Sam, a espaldas de Marie, con tono burlón pero lo bastante bajo como para que ella no pudiera oírle. Sam fingió una expresión resignada. Puede que a ellos les engañara, pero yo había interceptado una mirada no conseguía ocultar que disfrutaba mimando a su mujer.

En ese momento, viendo la complicidad que se respiraba entre ellos, me sentía tan estúpida por envidiar una vida que había tenido al alcance de mi mano y a la que había renunciado alegremente solo por... Me apresuré en apartar ese pensamiento de mi aturullada cabeza.

Marie iba delante conmigo abriendo el paso cuando una pareja apareció del pasillo. Estaba claro que acababan de tener una bronca, y por sus caras no lo habían solucionado. El chico camufló su cara con una sonrisa, la chica no se tomó esa molestia... hasta que entraron los hombres detrás de nosotras.

—*Clara, este es Jürgen, mi hermano, y su amiga, Alice.*

—*Encantado de conocerte, Clara —trató de disimular su acaloramiento, aunque sus marcados pómulos seguían ligeramente sonrosados.*

Jürgen era una versión masculina más joven de su hermana. Tenía los mismos ojos verdes, una sonrisa afectuosa que invitaba a devolverla, y el mismo pelo ondulado rubio ceniza, aunque llevaba un corte desigual, rapado a la izquierda y escalonado por la derecha, que resaltaba aún más sus facciones dulces.

Alice era sencillamente exuberante; morena, con el pelo rizado y unos asombrosos ojos azules, maquillados con la destreza de una artista. Era unos años mayor que Jürgen, aunque no parecía llegar a los treinta. No dijo nada, pero su cara reflejaba que su día no estaba siendo mucho mejor que el mío, lo que consiguió despertar mi simpatía por ella de forma automática.

Marie me acompañó hasta la barra donde había dispuesto un pequeño buffet para que sus invitados se sirvieran. Los hombres se llenaban los platos que tenían en la mano, mientras se cachondeaban de Sam diciéndole que estaba echando tripa por lo bien que cocinaba su mujer. Él solo se tocaba satisfecho en el espacio donde supuestamente tendría que estar esa barriga, aunque tardó demasiado poco en dirigir ingeniosamente las bromas hacia su cuñado, y la frase de su camiseta, incomprensible para mí.

Había cocinado recetas tradicionales alemanas en mi honor y me describió detalladamente cada uno de los platos. Casi me dio pena que se hubiera tomado tantas molestias, como si lo nuestro fuera en serio. Era evidente que se estaba haciendo la idea equivocada, y Sergio no estaba ayudando.

Mientras hacía un esfuerzo por comer el delicioso trozo de roulade que llenaba mi plato, intenté seguir la conversación con Marie y Sam, y más tarde con Jürgen, aunque su novia parecía haberse esfumado. La comida estaba deliciosa y todos se mostraban encantadores conmigo, esmerándose por incluirme y, sobre todo, por hablar en inglés todo el tiempo. Pero no podía más. No estaba de humor para fiestas.

Finalmente decidí retirarme discretamente a un lado, simulando que comprobaba el móvil. Sergio hablaba con Ahren; parecía muy divertido mientras me ojeaba de soslayo y no pude evitar pensar que hablaban de mí. Me sonrió y le di la espalda. El cansancio me estaba volviendo paranoica.

Estaba agotada y solo ansiaba un momento de tranquilidad, solo para mí. Cuando nadie me prestaba atención, cogí mi anorak y me escabullí al jardín. El frío me despejó, ayudándome a conseguir mi objetivo. Seguí andando y, de la nada, apareció Alice, apoyada en una esquina, fumando, y por el olor, no era tabaco.

—*¿Fumas? —asentí y me pasó el porro. Le di una calada y me invadió una agradable sensación de mareo. Hacía años que no fumaba. — ¿Has... —de repente se quedó callada.*

Sentí los brazos de Sergio rodeándome por detrás. Me arrebató el porro de mis dedos y le dio una calada.

—*Preciosa, estás demasiado cansada —susurró en mi oído. —No creo que esto te siente bien —y antes de que pudiera quejarme, había desaparecido llevandoselo.*

Ahren, que había venido con él, se quedó a mi lado. Lo que me faltaba, un segundo asalto.

Busqué a Alice desesperadamente pero, otra vez, se había esfumado.

—*Voy a preparar café, ¿te apetece tomar uno?* —¡Cafeína! Eso era exactamente lo que necesitaba. Debía llevarlo escrito en mi cara. —*Ven, te prepararé una taza.*

Desde la cocina podía ver a Marie y a Sam que seguían hablando con Jürgen en el salón, aunque habían vuelto al alemán. Me apoyé en la encimera mientras intentaba ignorar a Ahren, que se movía por la cocina como si estuviera en su casa.

—*Novia... Pensaba que no viviría para ver el día en que escuchara a Sergio pronunciar esa palabra. Debes ser increíble en la cama* —su tono volvía a ser descarado, y más con la media sonrisa que lo acompañaba. Preferí quedarme callada antes que decir lo que se estaba pasando por mi cabeza en ese momento.

Me repasó de arriba a abajo lentamente, esperando una respuesta, y comenzó a caminar hacia mí. Conocía esa mirada, se la había visto a Sergio demasiadas veces. Tenía un destello de malicia inconfundible.

Se estaba acercando peligrosamente, invadiendo mi espacio vital hasta que me arrinconó contra la encimera. Estaba completamente bloqueada. Levantó su mano y la dirigió hacia mi mejilla, como si fuera a acariciarla. Aparté la cara. Pasó de largo y siguió hasta una balda que quedaba a mi espalda. Se separó apenas medio metro y me enseñó el bote de café que acababa de coger, dedicándome una de sus odiosas sonrisas.

—*¿Cómo le conociste?* —volvió a hablarme cuando llegó a la máquina de café.

—*En un bar de rock.*

—*¿Un bar de rock?* —repitió mis palabras levantando una ceja como si dudara de ellas. Sabía que Sergio no buscaba a sus “novias” en bares, al menos no de rock, y a tenor de su expresión, Ahren también lo sabía.

—*Sí* —dije cortante hasta que recordé que eso no era del todo cierto. —*La verdad es que estudiamos en el mismo instituto, pero yo no me acordaba de él al principio.* —Me volvió a mirar aunque esta vez con curiosidad. —*Bueno, eso fue hace mucho tiempo* —traté de justificarme. Sergio no es el tipo de chico que una olvida. —*Y nunca llegamos a cruzar palabra en aquella época.*

Estaba empezando a ponerme muy nerviosa. Su mirada insistente y su sonrisa dobleintencionada estaban terminando de consumir lo poco que quedaba de mi exhausta paciencia. Dejó una taza de café delante de mí y le di un trago precipitadamente. Estuve a punto de escupirlo cuando el sabor amargo golpeó mis papilas gustativas mientras le oía reírse.

—*¿No quieres un poco de azúcar con tu café, princesa?* —lo que me gustaría era matarlo. No lo había hecho aposta, pero me daba igual. —*Espera* —le oí llamarme detrás de mí.

Tratando de reprimir mis instintos asesinos, o cualquier comentario del que me pudiera arrepentir en frío, salí de la cocina mordiéndome la lengua directa hacia el aseo. Desafortunadamente, me equivoqué de habitación.

Abrí la puerta y la escena me dejó congelada en el sitio. Enfrente de Sergio, Alice con actitud completamente sumisa; sus brazos a la espalda y su cabeza inclinada mirando al suelo. Le hablaba en voz muy baja, suplicante. No necesitaba saber alemán para entender por dónde iba la conversación.

Sergio me daba la espalda, en silencio. Apenas podía ver su cara... hasta que se giró. Estaba muy serio, su mirada era gélida, y su semblante no cambió al verme. Avanzó hacia mí y en ese preciso instante recuperé la movilidad, justo para salir escopetada por el pasillo. Ahren bloqueaba inoportunamente mi vía de escape.

—Clara, para —le oí a mi espalda antes de que sus brazos me atraparan. Me giró y levantó mi cara con su mano. —Vamos, te sacaré de aquí.

XX

Me puse el casco y me subí a su moto detrás de él. Después de lo que acababa de presenciar, solo quería ir a la cama. Sabía que no iba a poder conciliar el sueño pero por lo menos podría estar a solas. Me aferré a su cuerpo consciente de que sería la última vez que iba a sentirlo.

No conocía la ciudad, pero me pareció que estábamos saliendo de Berlín. No podía preguntarle, tampoco quería hablar con él. Me levanté la visera, cerré los ojos, y dejé que el aire helado en la cara limpiara todos mis pensamientos. Solo quería dejar la mente en blanco y disfrutar de la sensación de libertad de ir en moto.

Finalmente se detuvo. Lo que apareció ante mis ojos cuando me quité el casco fue una construcción terrorífica, o mejor dicho, sus restos, rodeada por la maleza. No sabía si era por la falta de luz, pero nunca había visto una edificación igual.

Me llevó hasta un pequeño murito de piedra medio derruido que le quedaba a la altura del pecho. Caminamos bordeándolo hasta que llegamos a una parte más baja, que me llegaba por debajo de la cintura. Se encaramó al muro y se sentó con una pierna a cada lado. Desde arriba me ayudó a subir sobre la parte más baja, saltó al otro lado y me cogió para ayudarme a bajar. Ni siquiera entendía por qué lo estaba haciendo.

—Ten mucho cuidado.

Estuve a punto de preguntarle qué coño estábamos haciendo allí, pero no me sentía con fuerzas para dirigirle la palabra.

Abrió la mochila que había cogido de la cesta de la moto y sacó una linterna. Muy útil. Menos mal que no llevaba tacones. Aunque para ser justos, había sido él quien me había pedido que me pusiera botas planas y vaqueros para el viaje. Me dio la mano y siguió avanzando, guiándome. La mayoría del tiempo ni siquiera sabía por dónde andaba, solo intentaba colocar los pies en el mismo sitio donde había pisado él.

Subimos hasta el último piso. No lo veía muy bien pero parecía cubierto por una cúpula blanca formada por grandes paneles, aunque muchos de ellos, especialmente los de la parte inferior estaban rotos y colgaban zarandeados por el viento. Me quedé contemplándola; aun rota, era impresionante.

Sergio se fue a un lado, al borde de la cúpula, sacó una manta de la mochila y la estiró en el suelo. Esquivé su mirada y me fui al lado contrario. Hacía muchísimo frío, el viento gélido cortaba mi cara.

Finalmente me llamó, no tenía sentido seguir evitándole. Caminé hacia él muy despacio, mis piernas no me respondían y tenía un nudo en el estómago. Me senté en la manta, a su lado, y me cubrió las piernas con la parte que sobraba.

—Clara, quiero hablar contigo —antes de que lo pudiera remediar, mis ojos se llenaron de lágrimas. —¿Qué te pasa? —tuvo que coger mi cabeza con las dos manos para alzarla y ni aun así consiguió que le mirara. —¿Clara?

—Hazlo de una vez —era una tontería alargarlo.

—¿Hacerlo? ¿Hacer qué? —veía su cara confusa distorsionada por mis lágrimas.

—No hacía falta que me trajeras aquí.

—Clara, ¿qué crees que voy a hacer?

—Vas a dejarme.

—¿Cómo? ¡No! —se calló, creo que esperaba a que dejara de llorar, pero eso no pasó. — Clara, no te voy a dejar —se acercó a mí y me besó debajo de los ojos una y otra vez, recogiendo mis lágrimas. —Tranquila.

Me levantó y me sentó en su regazo, con las piernas abiertas, a horcajadas, y pude esconderme en su pecho. Se echó sobre mí para coger la manta y me arropó con ella. Me susurró palabras al oído, palabras de consuelo. Apenas las oía, pero eso no importaba. Era su voz lo que me hacía sentir bien; la vibración que los sonidos producían en su caja torácica, el calor de su piel abrazándome.

Sus piernas se abrieron, dejándome caer sobre la manta, separándome ligeramente de su torso. Las palmas de sus manos cubrían mis mejillas húmedas, resguardándolas del frío, mientras sus pulgares borraban los rastros de mis lágrimas.

—Lo siento, mi Amo.

Se quedó callado, mirándome, sin soltar mi cara. No sé cuánto tiempo pasó hasta que por fin me habló.

—¡Dios, eres preciosa! —y me desarmó aun teniendo consciencia de que me estaba mintiendo.

Era muy consciente del estado en el que me encontraba. Debía tener toda la cara roja e hinchada por la congestión, el maquillaje corrido y los labios cortados por el frío. Me cubrí con vergüenza pero apartó mis manos del rostro.

—Yo... joder... —inspiró profundamente.

Nunca le había visto nervioso. Desvié la mirada a mi alrededor y entonces entendí porque me había llevado a aquel sitio. Un millón de puntos de luz conformaban la ciudad de Berlín a nuestros pies, resplandeciente. Se rio cuando abrí la boca de asombro.

—Me encanta este sitio de noche —recuperó su ritmo normal de habla. —Solo se puede venir entre semana, los fines de semana suele estar vigilado. De día hacen visitas guiadas para los turistas, pero cuando cae el sol todavía conserva su magia.

—Es impresionante. Gracias, mi Amo —me sonrió aunque pronto cambió su cara.

—Yo... Clara... —cerró los ojos, tratando de concentrarse. Me dolía verle titubear, quería ayudarlo.

—Vas a hablarme de Alice. Ella es tu sumisa, ¿verdad?

—Eso no es importante ahora. Escúchame. Clara, la primera vez que te vi, fue la primera vez que... Nunca me había fijado en una chica antes, quiero decir, sabía que me gustaban las chicas pero nunca... no tenía prisa... hasta que tú lo despertaste...

Hablaba entrecortado, sin terminar sus frases. Era completamente impropio de él y su discurso estructurado.

—Mi Amo, no comprendo.

—Clara, cuando te vi... la primera vez, en el pasillo del instituto... sentí la necesidad de dominar, de dominarte. Bueno, en ese momento no sabía lo que era, solo quería poseerte, quería hacerte... Los pensamientos que me inspirabas, las imágenes que pasaban por mi cabeza cada vez que te veía, me asustaban. No lo comprendía. No entendía porque desde el primer momento que te vi, cada vez que te mueves todo mi cuerpo responde hacia ti, y... tenía que someterte.

—Mi Amo, ¿me estás diciendo que te hiciste Amo gracias a mí?

—No. Te estoy diciendo que descubrí lo que era por ti, y solo quería serlo para ti, contigo.

—Pero tú nunca...

—Yo nunca me dejé acercarme a ti. Tenía miedo de mis impulsos, de no poder contenerme, de lo que podría hacerte si estabas conmigo —me examinó por un minuto. —Pero no salías de mi cabeza. Pensaba que cinco años fuera me ayudarían pero... Cuando volví de Inglaterra, bueno... tú tenías novio y parecías feliz, y yo no tenía derecho a romperlo... solo para tenerte. Ni siquiera sabía si una vez que te...

Se quedó en silencio, dándome tiempo para procesar la información. Nada de lo que decía tenía sentido para mí. Sin embargo, poco a poco, frases sueltas, trozos de conversaciones que habíamos tenido, miradas, incluso silencios, cosas que no había dicho, venían a mi mente.

Todas las veces que había dado por hecho que bromeaba, que me tomaba el pelo. Todas las palabras a las que no había dado importancia en su momento, pero que ahora de una forma extraña encajaban con lo que me estaba diciendo. Y aun así me negaba a creerlo.

—Cuando te vi en aquel bar, —continuó —bailando para mí, ofreciéndote, actué de forma egoísta. Necesitaba tenerte, hacerte mía. Necesitaba saber si una vez que te dominara, me saciaría y...

—¿Eso era lo que querías? Para eso...

—Sí, Clara, lo deseaba más que nada. Tenía que sacarte de mi cabeza. Quería someterte porque pensaba... Pero no funcionó, al contrario, fue mucho peor... y me alegro, porque eso es todo lo contrario a lo que quiero ahora.

—¿Y qué coño quieres ahora, mi Amo? ¿Qué quieres de mí? —me miró por un minuto eterno.

—Quiero más. Quiero dominarte, quiero controlarte, quiero poseerte, quiero conquistarte, quiero cuidarte, quiero doblegarte, quiero protegerte, quiero darte placer y quiero hacerte daño para poder consolarte. Quiero que me ames, que me adores, que me veneres, que me idolatres, quiero ser todo y que no haya nada más. Y aun así, sé que nunca llegaré a ser para ti lo que tú significas para mí. Y casi lo prefiero porque no es ese el tipo de dolor que quiero infligirte.

Se quedó callado, mirándome intensamente, su respiración estaba descontrolada. No sabía que decir, estaba desconcertada. Había tanto fervor contenido en sus palabras que había logrado conmoverme. Y no había forma en que pudiera responderle. Cualquier cosa que dijera se quedaría corta frente a su alegato y no haría justicia a lo que sentía por él.

Sin embargo, el recuerdo de las últimas horas que había pasado trajo una amarga punzada de dolor que me atravesó sin que pudiera controlarlo.

—¿Es este otro de tus juegos, mi Amo?

—No, Clara.

Me miraba fijamente, en un intento por probar su sinceridad. Y quería creerle... pero ya le conocía lo suficiente para saber lo fácil que le resultaba engañarme.

—Ayer...

—Ayer fui un cabrón, y te dije las cosas que sabía que te harían daño. Quería castigarte. Eso es lo que yo hago. Y tú creíste mis palabras, una por una, a pesar de que todo lo que he hecho desde que te conocí debería probarte lo contrario. Vas a tener que ser más fuerte —añadió en un murmullo. —Casi nada de lo que dije era verdad.

—¿Casi nada, mi Amo?

—Te dije que te enamoré para conseguir lo que quería, y era verdad. Te quería a ti y te conseguí. Sé que he jugado sucio, pero me da igual. Tenía que hacerlo.

No había ni rastro de arrepentimiento en sus palabras. Me hablaba acalorado, esperando a que le discutiera, a que me rebelara.

—Ayer te rompí el corazón y eso también lo hice para conseguir lo que quería. Sabía que hoy lo curaría. Sé que he sido cruel contigo, muy cruel, y me gustaría decirte que no lo volveré a ser, pero te prometí que no te mentiría. Haré lo que sea necesario. Yo no quiero que estés conmigo, eso no me basta.

Le miré a sabiendas de que debería estar indignada con él, por todo lo que había hecho, por todo lo que me había dicho. Pero no podía. Solo sabía que mi cuerpo se había relajado por primera vez en las últimas veinticuatro horas.

—Solo puedo quererte así y no puedo hacerlo de ninguna otra manera. No puedo tenerte de ninguna otra manera.

No entendí si era una disculpa o una justificación. Si era un aviso, llegaba demasiado tarde.

—Sé que mereces algo mejor... —su tono se había calmado y ahora era apenas un murmullo frío y distante —pero ya te di esa oportunidad y no funcionó. No creo que ninguno de ellos te haya hecho feliz... Así que haré lo que tendría que haber hecho desde el principio.

—No lo entiendo, mi Amo. ¿Por qué me cuentas esto?

—Te prometí que te diría lo que estaba haciendo contigo cuando fuera demasiado tarde. Y tenía que contártelo antes de lo que voy a hacer. Ven —me había visto temblar.

Me giró para que me sentara entre sus piernas y apoyara mi espalda en su pecho. Nos tapó completamente con la manta y me acurrugué en su cuerpo. La sensación de bienestar que me invadió cuando estuve en sus brazos no era comparable a nada que hubiera sentido antes. Mientras juntaba mis manos y las cubría con las suyas para calentarlas, empezó a susurrarme una historia. Se me pasó por la cabeza que me había colocado así para asegurarse de que no le mirara mientras me hablaba.

—Cuando era pequeño, iba todos los veranos a pasar un mes al pueblo de mis abuelos, los padres de mi padre. Era genial. Bueno, supongo que todos los niños lo pasan bien cuando van de vacaciones al pueblo, pero mis abuelos... eran personas excepcionales. Mi abuelo era fuerte y valiente. Me llevaba todas las tardes a pasear por el monte y me explicaba todas las cosas. Aprendí muchísimo de él. Lo sabía todo. Era mi héroe. Mi abuela murió cuando tenía ocho años.

No me atreví a interrumpirle para decirle que lo sentía; seguía hablando como en un sueño. No entendía por qué de repente había sentido la necesidad de contarme aquello, aunque me encantaba la forma en que se estaba abriendo a mí.

—Aun así la recuerdo perfectamente, era dulce, amable y siempre tenía buenas palabras para todo el mundo. Tenía un carisma especial, todo el pueblo la quería. Recuerdo su mirada, siempre me miraba orgullosa. Yo no he tenido mucha familia; mi madre me dejó muy joven y... siempre hubo una distancia con mi padre —su voz grave sonaba diferente, no solo hablaba despacio, como si le costara un tiempo extra encontrar cada palabra, también su inflexión era tensa aunque serena. —Pero ella, siempre me decía que yo podía conseguir todo lo que me propusiera. Es la clase de frase que todas las abuelas dicen a sus nietos. Pero ella la repitió con toda su convicción hasta que me la creí. Incluso cuando ya se había ido, cuando sentía que podía hacerlo mejor, podía ver su mirada. Ella era la única a la que no podía decepcionar. Al año siguiente, mi padre y mi abuelo se enfadaron. Yo era un crío y no tengo ni idea de lo que pasó. Sé que es injusto echarle la culpa a mi padre, pero no puedo evitarlo. No volvieron a hablarse, nunca, ni siquiera cuando mi abuelo enfermó. Yo tenía doce años. No fue a visitarlo, y me prohibió que fuera a verle.

Se quedó callado. Yo no me atrevía ni a respirar por miedo a que saliera de su trance.

—Al día siguiente fui al hospital, estaba muy enfadado con mi padre por intentar prohibírmelo. Se alegró tanto de verme... Habían pasado casi cuatro años desde la muerte de mi abuela.

Recuerdo esa conversación tan nítidamente como si estuviera pasando ahora mismo.

Silencio otra vez.

—Me pidió que perdonara a mi padre, que a veces la familia no se entendía pero que siempre había que quererla. Pero eso no fue lo más importante.

Sacó mi mano izquierda de la manta y me puso un anillo en el dedo anular. Era muy fino, de oro y en la parte delantera había como un zigzag que ensanchaba en el centro, como si fuera un relámpago.

Quería girarme hacia él para pedirle explicaciones, necesitaba saber qué significaba, y sobre todo, ver su cara, pero no me lo permitió. Sus brazos me apretaron reteniéndome, hasta que dejé de intentarlo. Después levantó mi mano, aunque no sé si quería verlo o enseñármelo.

—Esta era mi posesión más preciada... hasta que te hice mía. Mi abuelo le regaló este anillo a mi abuela, cuando eran novios. Por lo que me contó aquel día, de joven era muy guapa y tenía muchos, muchos pretendientes en el pueblo. Así que un día cogió todo el dinero que tenía ahorrado y se lo gastó en este anillo, para que todos supieran que estaba comprometida y dejaran de cortejarla. Ella no se lo quitó nunca.

—Mi Amo...

—Shhhh. No me interrumpas. Cuando me lo dio, me dijo que algún día encontraría una mujer que cambiaría mi vida, como mi abuela se la había cambiado a él, que no la dejara escapar nunca. Me dijo que a él le había dado buena suerte y que también me la daría a mí... Nunca he querido tener a nadie a mi lado, y no ha sido por falta de opciones. Hasta ahora.

Pasó sus brazos por debajo de mis piernas y levantó mi cuerpo, girándolo. Intenté acercarme a su pecho pero me separó.

—No, Clara. No quiero hacer que nada te condicione ahora.

No entendí a qué se refería pero le hice caso, y aunque me costó un esfuerzo sobrehumano, mantuve las distancias.

—¿Sabes lo que es un collar?

Si no le conociera, habría pensado que era la pregunta más absurda que se podía hacer. Pero le conocía lo suficiente como para saber que encerraba algún significado oculto.

—Ahora ya has tenido tiempo suficiente para saber lo que significa ser mía y lo que quiero de ti. Si aceptas llevar mi anillo, me pertenecerás. Te someterás a mí plenamente y me obedecerás en todo. Sé que ya pasamos por esto una vez, pero entonces lo hiciste a ciegas, no sabías lo que implicaba. Esta vez lo jurarás y será un juramento inquebrantable.

—Mi Amo...

Mis ojos se quedaron fijos en el anillo hasta que empecé a verlo borroso, se estaban llenando de lágrimas. Ni podía, ni quería evitarlo.

—Clara —esperó. —Cumplirás mis reglas, todas. —Le miré inmediatamente y me besó debajo de los ojos. — Las que ya tienes y las que te imponga.

—¿Me pondrás más reglas, mi Amo?

—Sí, todavía tienes mucho que aprender. Si aceptas, no voy a consentir en ningún momento que pienses voy a ser indulgente o blando contigo por lo que te he contado esta noche. Todo lo contrario, voy a ser más exigente e inflexible de lo que he sido nunca precisamente por eso.

—Haré todo lo que tú quieras, todo lo que tú me pidas, todo, mi Amo.

—No, preciosa. Eso no es suficiente. Te ofrecerás y te entregarás a mí, y pensarás siempre en qué puedes hacer para complacerme, para adelantarte a mis deseos. Tu objetivo será satisfacerme, siempre.

Volvió a alzar mi mano, el anillo bailaba en mi dedo. Lo cogió y le dio una vuelta, como si quisiera enroscarlo.

—Te queda grande. No te preocupes, yo lo haré a tu medida —algo en la forma de decirlo me hizo sospechar que no se refería solo al anillo. —Sé que te estoy pidiendo mucho. Yo también voy a hacer un juramento. Ponte de rodillas.

Me arrodillé ante él, entre sus piernas. Cogió mi mano izquierda y la posó sobre la suya.

—Juro que te cuidaré y te protegeré siempre —su voz era solemne, sus ojos, serios como nunca los había visto, y sus dedos no soltaban su anillo... mi anillo. —Juro que velaré por tu bienestar por encima de todo, incluso de mí mismo. Juro proveerte, yo me encargaré de ti, pase lo que pase, tú tendrás todo lo que necesites. Juro que eres mía, Clara. Siempre. Juro que no tendré más sumisas, nunca. Lo quiero todo contigo y lo quiero todo de ti.

—Mi Amo... —pero su mirada severa me cortó al instante. Sabía lo que tenía que hacer. —Juro someterme a ti. Juro obedecerte y acatar siempre tus órdenes. Juro cumplir tus reglas, siempre. Juro hacer todo para complacerte en todo momento, que todos mis actos, palabras y pensamientos se dirigirán a buscar tu satisfacción —las palabras salieron solas, sin pensarlas, como si formaran parte de unos votos que ya había aprendido sin saberlo. —Juro que soy tuya, Sergio. Lo tendrás todo.

Pero no fue su sonrisa triunfal, que ya conocía bien, sino el peligro que se escondía en sus ojos lo que hizo que la piel de todo mi cuerpo se pusiera de gallina. Se bajó la cremallera de la chupa, cogió mi mano derecha y la metió por debajo de su jersey, dejándome sentir el contacto con su piel. Mi recompensa.

—Quiero que lo lleves. Siempre. Para el resto del mundo significará que eres mi novia. Pero solo tú y yo sabremos que significa mucho más que eso, muchísimo más. Será el símbolo de lo que hemos jurado esta noche.

—Mi Amo, ¿me das permiso para pedirte algo?

—Adelante.

—Quiero poder besarte... cuando quiera —me pareció oírle reírse, aunque no me atrevía a mirarle.

Sus labios se acercaron lo suficiente hasta que pude sentir su calor, su humedad, su deseo... Su aliento me atraía, su respiración me hipnotizaba, su mirada me seducía. Cerré los ojos y me lancé hacia él... sólo encontré aire.

—No —susurró en mis labios, casi rozándolos, pero sin llegar a tocarlos.

Ladeó la cabeza a la izquierda, abrió la boca y su lengua se relamió, humedeciendo su labio superior. Luego hacia la derecha, intenté seguir su boca pero sus manos sujetaban mi cara. Deseaba su beso más que ninguna otra cosa en este mundo, y entendí que eso era precisamente lo que buscaba. Tenerme siempre anhelando sus labios.

—Creo que ya te he concedido bastantes cosas por hoy, preciosa.

Sus manos me atraparon, sus dedos se clavaban en mis caderas mientras me arrastraba hacia él, y su boca forzó mis labios hasta que se abrieron. Su lengua se sumergía una y otra vez adueñándose de mí, ahogando mis gemidos, mientras sus brazos me apretaban cada vez más contra el bulto que empezaba a crecer en sus pantalones.

—Vamos a casa, quiero follarte en mi cama.

—Mi Amo, hoy toca polvo de recompensa, ¿verdad? —se rio de que utilizara su propio término.

—Sí, preciosa... pero para mí.

Habíamos llegado a su casa y, antes de que pudiera prácticamente ver el comedor, me había levantado en volandas y me había llevado a su habitación. Al ver mi cara de decepción susurró algo como “Ya harás mañana la visita turística.”

Una gran cabecera en hierro forjado negro que ocupaba la mayor parte de la pared opuesta a la puerta fue lo primero que llamó mi atención. Me había dejado caer sobre la gran cama que coronaba y se alejó, dando pasos hacia atrás hasta que se sentó en un sillón blanco que descansaba en una esquina.

Apenas me había permitido escaparme un minuto al aseo para prepararme para él, cuando su voz ronca me había ordenado que me desnudara. Lo hice muy lentamente de rodillas sobre el colchón mientras sus ojos castaños me estudiaban. Después me había pedido que me tumbara, abriera las piernas y no me moviera. Se quedó un buen rato sentado, observándome, antes de levantarse y desaparecer por una puerta a mi izquierda.

Cuando le volví a ver, cinco segundos más tarde, me enseñó un pequeño frasquito que tenía en su mano. No me atreví a preguntar. Se sentó a mi lado en la cama, dejó caer una gota sobre su dedo índice y la extendió cuidadosamente sobre mi clítoris.

—Tu precioso coñito va a arder por mí esta noche.

—Mi Amo, ya estoy ardiendo por ti.

—Quiero verte echar chispas, preciosa.

Volvió a sentarse en su sillón enfrente de mí. Sentía sus ojos paseándose por mi cuerpo, como si fueran sus manos. Mi piel se calentaba bajo su mirada. Mi pecho subía y bajaba por mi respiración agitada. Me recorría posándose primero en mis pezones, que se endurecieron al instante, bajó por mi vientre pasando por mi ombligo, abrasándome, y se concentró en mi sexo, el tiempo suficiente hasta que estuvo a punto de entrar en ebullición.

Me pareció que pasaba una eternidad hasta que se decidió a acercarse de nuevo. Se fue despojando de la ropa que cubría la parte superior de su cuerpo al tiempo que andaba.

No podía dejar de mirarle. Se detuvo al lado de la mesilla, y del primer cajón sacó un elegante fular morado con estampados y una madeja de cuerda roja y los dejó sobre la colcha al lado de mi cuerpo.

—Dobla las rodillas y abre las piernas hasta que toques el colchón con ellas.

Seguí sus instrucciones fielmente mientras se dirigía al pie de la cama. La media sonrisa impúdica que me dedicó me acabó de desmontar. Estaba empapada por la anticipación, como siempre. Lo sabía y lo usaba en su favor. Le encantaba marcar los tiempos.

Con un movimiento felino, subió a la cama y con sus manos, juntó mis tobillos con un pie hacia cada lado de tal manera que mis piernas formaban un triángulo. Para mi sorpresa, utilizó el pañuelo para atarme las pantorrillas una contra otra, y dejarme totalmente expuesta para él. La suave tela me acariciaba cada vez que la enrollaba.

—¿Te aprieta? —me preguntó mientras me dirigía desde abajo una de esas miradas que conseguían derretirme y solo acerté a negar con la cabeza. —Sabía que este color te sentaría bien

—bromeó.

Me rodeó por debajo de la cintura con la cuerda y la anudó, de forma que sobraba un trozo de unos tres palmos. Midió con sus dedos e hizo tres nudos a diferentes alturas, no sabía exactamente que tramaba pero estaba muy concentrado. Después la pasó entre mis piernas, la tensó hasta que se clavaba ligeramente en mi sexo, y la volvió a atar a mi espalda.

Recuperó su posición a mis pies. Me giró y la usó para agarrarme desde atrás hasta llevarme al borde de la cama. La cuerda me rozó a lo largo hasta que se hundió totalmente. Los nudos ofrecían más resistencia y se clavaban haciéndolo mucho más intenso. Grité, aunque no podía decir si era de dolor o placer.

Le escuché caminar hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció. No le oí volver. Solo supe que había regresado cuando le sentí tirar de la cuerda hacia arriba, hasta que entendí que quería que levantara el trasero. Sentí algo húmedo y muy fino haciéndome cosquillas en la rabadilla.

—Mi Amo, ¿me das permiso para preguntar?

—Dime, ¿qué estás dispuesta a darme a cambio de ese privilegio?

—¿Qué quieres, mi aaaaaahhh... —su mano cayó implacable sobre mi glúteo derecho en forma de azote.

—¿Una pregunta? Ten cuidado, preciosa —empezó a acariciar suavemente la zona.

—Lo siento, mi Amo. Te daré lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera?

Su dedo índice se deslizó siguiendo la cuerda, se paró al final, en mi coxis, y empezó su descenso entre mis nalgas. Frenó en seco al llegar al punto que ambicionaba.

—¿Cualquier cosa? —su voz grave volvió a preguntar.

—Lo que tú quieras, mi Amo.

No tenía sentido resistirse. Sergio no solo cogería lo que quisiera de mí, sino que conseguiría que deseara entregárselo. Ya me lo había demostrado.

—Creo que voy a guardármelo para más tarde —aunque no sabía a cuál de las dos cosas se refería. —Lo que yo quiera, recuérdalo. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué estás haciendo, mi Amo?

—Preciosa, tardarás medio minuto en descubrirlo.

Volvió a tirar de la cuerda, clavándola en mí hasta que me volteó. Grité. Mi sexo se inundó en el instante en que la presión aflojó, cada vez más consciente de que estaba empapando la cuerda.

Su cuerpo imponente se alzaba ante mí, tan cerca y tan inalcanzable. Su torso desnudo fue lo primero que atrajo mi atención. Después reparé en que tenía algo en su mano. Negro. Un rotulador.

Lo destapó y se agachó hasta mi vientre. Su mano derecha se movía a pocos centímetros sobre mi pubis. Utilizaba la cuerda como renglón, su mirada concentrada sobre mi piel mientras trazaba con su caligrafía perfecta.

—Sergio —leí dejando salir el aire en una exhalación.

—Exacto —pasó su pulgar por encima de las letras que acababa de escribir. —Solo marco lo que me pertenece. —Su palma abarcó mi sexo, librándome momentáneamente del tosco roce de la cuerda. —Es permanente —dijo para mi estupor mientras tapaba el rotulador y lo dejaba a un lado. —Tardará unos cuantos días en borrarse.

—¿También lo has escrito atrás, mi Amo?

—También me pertenece, ¿verdad?

—Sí, mi Amo —me miró ávidamente, esperando. —Mi culo también te pertenece, mi Amo.

—No tienes ni idea de cómo me pone oírte hablar así... y cuando te pones roja. Hoy voy a

tomar todo lo que me pertenece. Cualquier cosa, tú lo has dicho...

Antes de que ese pensamiento pudiera calar en mí, prendió la cuerda otra vez. Estaba preparada para gritar cuando noté que solo me acariciaba rudamente con las bastas fibras de la cuerda.

Mi clítoris titilaba, extremadamente sensible, hasta el punto que me parecía que se estaba dilatando. El contacto era demasiado directo, intenté esquivar la cuerda. Antes de que pudiera darme cuenta, su mano abierta me azotó abarcando todo mi sexo. El quejido que salió de mi garganta empezó como un grito pero terminó como un gemido.

—Ahora estás exactamente como quería tenerte.

No sabía qué cara debía tener en ese momento, pero estaba claro que reflejaba cómo me sentía.

Bajé las manos para cubrirme. Su mano derecha se alzó hasta mi cuello, apretando lo suficiente como para proporcionarme una falsa sensación de ahogo. Sabía de sobra que no iba a ejercer más presión, pero funcionaba a la perfección como advertencia, como demostración de su control absoluto sobre mi cuerpo. Aparté mis manos rauda, sin esperar su orden, las levanté hasta mi cabeza, y la sonrisa cruel con la que me recompensó tuvo su reacción en mi sexo.

—Aprendes rápido, preciosa.

Sus dedos rozaron mis pezones y, sin detenerse, bajaron siguiendo las curvas de mi cuerpo hasta la cuerda. Sus movimientos eran extremadamente lentos y cargados de sensualidad. Dejarme entrever sus intenciones era parte del juego. Sin soltar mi cuello, agarró la cuerda y la tensó.

—Aaaaaah..

—Sshhhh. Solo un poco más —soltó un poco y el placer me arrolló. —Córrete, ahora, para mí.

Mi cuerpo me sorprendió obedeciéndole al instante, entregándose a un violento orgasmo que se atropellaba para salir, mientras Sergio volvía a incrementar la presión de la cuerda sobre mi clítoris, fundiendo el dolor y el placer, confundiéndolos.

—Así, Clara —sus labios, pronunciando mi nombre sinuosos, me conminaban a mirarle mientras me corría salvajemente bajo su cuerpo. El dolor me traspasaba pero solo necesitaba más. —Dámelo —me clavó la cuerda aún más. — Disfrútalo —su voz silenciada por mis gritos.

Saciada y exhausta, mis ojos se cerraron rendidos.

—Sé que estás cansada, pero aún no he terminado contigo. De hecho, acabo de empezar.

Cogió la cuerda por las caderas, y como si fueran asas, me arrastró hasta que me choqué contra su pelvis. Sus manos desabrochaban los botones de la bragueta de su pantalón de cuero. Mi cansancio desapareció de un plumazo para dar paso de nuevo a la excitación.

—Mi Amo, todavía tengo la regla.

—De eso ya me he dado cuenta.

De repente fui consciente del estado en que debía estar la cuerda. Por suerte era roja, aunque en este punto ya sospechaba que no había sido una casualidad.

—No te preocupes, preciosa. ¿Confías en mí? —asentí escéptica. —Hoy me voy a correr dentro de ti.

Apartó la cuerda a un lado y, antes de que pudiera verla, en una sola embestida, resbaló ayudada por mi humedad hasta que estuvo casi por completo dentro de mí. Su ocupación era demasiado, tenía que contenerlo un poco. Mis piernas, apoyadas en su pecho, intentaban con todas mis fuerzas retrasar su ímpetu inútilmente.

El ansia en sus ojos me traspasó. No lo iba a aceptar. La quería dentro, la quería toda, y la quería ya. Todo su cuerpo se echó hacia delante avanzando en mí así como mis piernas ligadas vencían ante su peso, hasta que había conseguido su objetivo.

—Te necesito demasiado, Clara.

Relajé mis piernas, y quedaron entre nuestros cuerpos. Su pelvis pegada a mi piel se estaba empaquetando de mí, mientras sus caderas iniciaban un baile lento y acompasado. Clavó mis piernas contra mi pecho al acercarse en un fogoso arrebato para besarme, borrando de mi mente cualquier aflicción. Al segundo siguiente, su presión había desaparecido. Se había vuelto a levantar y ahora echaba de menos el peso de su cuerpo sobre mí.

Salió de mí y me regiró poniéndome bocabajo. Manejaba mi cuerpo con tanta facilidad que solo podía dejarme hacer. Mis rodillas, dobladas por las ataduras, mantenían mi culo alzado delante de él. Apartó todo mi pelo hacia la izquierda, y lo atrapó apoyando su mano contra el colchón. Me había inmovilizado y sabía lo que venía a continuación. Me lo había dicho antes de empezar, y ahora lo iba a cumplir.

—Eres mía —su susurro se extendió por todo mi cuerpo en forma de escalofrío.

Me quedé totalmente quieta, esperando a que lo hiciera. Su mano derecha acariciaba mi espalda, como si intentara calmarme. No lo iba a conseguir. Todo mi cuerpo estaba temblando ante lo que se disponía a hacer.

—Arquea la espalda —me coloqué para recibirle. —Y mírame.

Su brazo me rodeó y me levantó ligeramente. Retorcí mi cuello aunque solo le veía de soslayo. Empuñó su miembro viril con su mano como si fuera un arma, pero apenas alcanzaba a cubrir la mitad. Sentí sus dientes en mi nuca. Me estaba mordiendo.

Escuché mi grito cuando su punta me abrió por primera vez. Era demasiado grande para mí. No siguió avanzando. No sabía lo que pretendía, pero no quería distracciones. Sus dientes se hincaban con más fuerza en mi piel, aunque estaba completamente inmóvil. Él también.

—No te muevas. No entraré más. Voy a correrme dentro de ti. Pero antes, me dirás las palabras que sabes que quiero oír. Lo que yo quiera, ¿recuerdas?

- O -

Me estaba quedando dormida en sus brazos cuando oí su voz susurrándome.

—Quiero que aprendas alemán.

—¿Por qué, mi Amo?

—En algún momento tendré que volver —me giré hacia él.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente, mi Amo?

—Solo quiero que aprendas alemán —me dedicó una mirada perversamente inocente. —¿Lo harás por mí? —ahora sí me dejó totalmente confusa.

—Mi Amo, ¿tengo elección? Sabes que solo tienes que ordenármelo.

—No. No quiero que vayas a clase de alemán. A eso puedo obligarte. Quiero que aprendas, que te esfuerces, al máximo, y quiero que lo hagas por mí. Es muy importante.

— Te lo prometo, mi Amo.

XXI

—Deséame suerte.

Todavía tenía los ojos entrecerrados pero podía distinguirle sentado en la cama a mi lado, vestido con un impecable traje gris oscuro, y una corbata a juego.

—No la necesitas, mi Amo.

Era un día importante. Se le notaba, no era nerviosismo sino anticipación; su mente estaba ya en la reunión. El guerrero que repasa en su cabeza la estrategia en el campo de batalla antes del combate. Sergio nunca me hablaba de su trabajo, pero sabía que tenía una presentación de algún tipo de proyecto personal vinculado con su empresa al que había dedicado muchísimas horas de su tiempo libre.

—No creo que sea bueno tenerte aquí. Me estoy replanteando si salir de casa —me incorporé para verle mejor.

—Si por mí fuera, no saldrías de la cama, mi Amo.

Le coloqué el nudo de la corbata, aunque estaba perfecto. Solo buscaba una excusa para tocarle.

—Me gusta como piensas. Creo que debería dejarte decidir más a menudo —me cogió y me sentó en sus piernas.

Bajó su mano, acariciando mi cuerpo, hasta que llegó a mi sexo y apretó con sus dedos ligeramente sobre los shorts del pijama. Todavía estaba dolorido por la forma en que había abusado de mí la noche anterior. Una sonrisa afloró en mis labios al recordarlo antes de que se me escapara un quejido de dolor muy suave. Sus ojos se encendieron instantáneamente.

Sus labios abrieron los míos y su lengua me penetró con ansia. Me besaba con tanto ímpetu que me hacía retroceder, incluso en sus brazos, hasta que me inmovilizó contra el colchón.

—Mi Amo, pensaba que tenías una reunión...

Su pierna se abrió paso entre las mías hasta que su muslo se apoyó sobre mi sexo. Mi boca se abrió aunque pude ahogar el grito.

—Tienes razón, y todavía no me has deseado suerte...

Me reí mientras negaba con mi cabeza. Por fin tenía el poder. Su muslo me volvió a presionar.

—¿Me vas a torturar, mi Amo? ¿Ese es tu plan?

—Preciosa, tú no sabes lo que significa tortura... todavía.

Y solo por la forma en que sus labios se movieron al pronunciar esa frase, me hizo desearlo más que nada en el mundo. Era una idea demasiado peligrosa como para mantenerla en mi cabeza. Poco a poco estaba consiguiendo que cayera más y más en su juego.

Me aprisionaba contra la cama con todo su cuerpo, mientras su pierna subía y bajaba frotándome la entrepierna, como una especie de aviso de lo que podría venir en cualquier momento. La doblez de la raya de su pantalón me rozaba tan dulcemente que podía sentir como conseguía que me humedeciera, incluso a través de la tela que me cubría.

—Mi Amo, no quiero estropear los pantalones. Vas demasiado guapo.

—¿Estás intentando engatusarme?

—Ojalá supiera cómo, mi Amo —le miré inocente.

—Ya lo haces, mucho más de lo que piensas... —se levantó de la cama de golpe y me volví a tumbar perezosamente, dispuesta a seguir soñando con él. —Tienes que levantarte. Marie está de camino.

—¿Marie? ¿Por qué?

Levantó mi mano izquierda y la puso delante de mi cara. Volvió a asombrarme ver su anillo en mi dedo. Mi anillo.

—Eres mi novia, —sus cejas se levantaron al tiempo que lo decía, como si le sorprendiera —supongo que quiere conocerte mejor.

Y encima tenía que pasar un examen... lo que me faltaba. Aunque la noche anterior estaba agotada, no hacía falta ser muy observadora para darse cuenta que la opinión de Marie era muy importante para él.

—Alice no le cae bien.

—Ya... —aunque su voz era fuerte, su vista se nubló por un segundo. Algo había pasado por su cabeza. En seguida la recuperó. —Pero tú la conquistarás, como hiciste conmigo. —Sergio no era propenso a regalar cumplidos. Quería despistarme.

—Mi Amo, ¿me contarás qué ocurre con Alice?

—Sí, pero no ahora. Tengo que irme, voy a llegar tarde —con un último beso que me dejó pegada a la cama, voló hacia la puerta.

—Buena suerte, mi Amo —desde la puerta, se giró para dedicarme una rápida sonrisa triunfal.

—Me muero de ganas de verte con el vestido azul —un momento... ¿El vestido azul? ¿Qué vestido azul?

Salí corriendo de la habitación pero oí como la puerta se cerraba en ese mismo momento. Demasiado tarde.

- 0 -

Había perdido la noción del tiempo curioseando por la casa. No había abierto ningún cajón, ni ningún armario, y aun así, tuve la extraña sensación de estar invadiendo su intimidad paseándome por su apartamento sin su supervisión.

Por otro lado, era como tener entrada libre al mundo de Sergio, y en cierto modo, me sorprendió hasta qué punto su casa reflejaba su personalidad. A primera vista era enorme, moderna y fría, con muebles robustos y caros, cuando los tenía. Sin embargo, tenía pequeños detalles, pinceladas de sitios donde había estado, cosas que había hecho, sobre todo en la cocina y en el despacho, lo cual me daba alguna pista sobre donde pasaba la mayor parte de su tiempo. Solo tres de las seis habitaciones estaban amuebladas: su habitación, un cuarto de invitados y una perturbadora habitación decorada exclusivamente con bandas elásticas negras.

Iba descubriendo su casa en dirección contraria, desde su habitación, al fondo de la casa, hacia la entrada. En la cocina, abrí la puerta a lo que intuía una galería. Sin embargo, un pequeño patio con una escalera conducía a una enorme terraza, de la misma superficie que toda la casa. Estaba totalmente vacía pero las posibilidades eran infinitas. Otras escaleras conectaban con el balcón del comedor.

En cuanto pisé el salón, me enamoré de la chimenea. Me encanta la personalidad que le da la luz oscilante del fuego a una casa. Sin embargo, tres cuadros enormes, iluminados con halógenos, que presidían el salón habían distraído mi atención. En principio parecían solo grises con relieves, pero al fijarse se percibían tonalidades de varias gamas rojizas, violetas, y doradas, que unían las tres obras conformando un todo. Me había quedado un buen rato observándolo, era como si ganara complejidad a medida que seguías mirándolo. Enganchaba de una manera extraña. Era relajante, como mirar al cielo y dar forma a las nubes.

El sonido del timbre me sobresaltó en la ducha. No tenía ni idea de dónde estaba el maldito telefonillo y corría por el comedor como una gallina sin cabeza, hasta que vi la cara risueña de Marie en la pantalla del intercom.

Mientras abría la puerta, me invadió un terrible sentimiento de culpa. La forma en que me había marchado de su casa... La verdad es que, en aquel momento, estaba convencida de que no la volvería a ver.

—*Hola, Marie. Me alegro de verte otra vez —abrí la puerta con el pelo todavía goteando sobre el albornoz.*

—*¡Hola, Clara!* —y me dio un abrazo tan cálido como el de la noche anterior, de esos que consiguen que te sientas bien al instante. —*He traído el desayuno —dijo mientras me enseñaba una bolsa con croissants y dos vasos gigantes de café para llevar. —Cappuccino con tres de azúcar para ti. —¡Madre mía! ¡Era un ángel!*

—*¿Cómo lo has sabido?* —me guiñó un ojo. Sergio. Me miró de arriba a abajo y sonrió. —*Lo siento. Vuelvo en dos minutos.*

En menos de cinco minutos, estaba de vuelta en el comedor, vestida. Mientras acababa de secarme el pelo con una toalla, me senté a su lado en el sofá y empecé a disculparme.

—*Siento muchísimo haberme ido ayer. Yo no...*

—*¡Oh, no seas tonta!* —sonrió mientras acompañaba sus palabras con un dulce gesto para quitarle importancia. —*Sé que estabas cansada. Espero que no fuera demasiado agotador. Intenté mantenerlo lo más reducido posible para ti. Sé lo estresante que puede ser conocer a los amigos de tu novio.*

—*No, me gustó mucho conocerte. Es solo que había tenido un día un poco duro.*

—*La verdad es que Sergio estuvo tratando de posponerlo, pero no le dejé. Tenía tantas ganas de conocerte... Sam y yo nos vamos mañana por la mañana a pasar el fin de semana fuera, a visitar a mis padres en Múnich, y pensé que sería agradable conocerte antes de la cena de empresa de esta noche.*

—*¿Qué cena de empresa?*

—*¿Sergio no te lo ha dicho?* —me estaba empezando a cansar de esto.

—*No, al parecer le encanta sorprenderme* —intenté contener el tono de sarcasmo.

—*Sí, eso suena a Sergio* —dijo indulgente. —*Bueno, entonces supongo que le acabo de reventar la sorpresa. Es una fiesta para celebrar el nuevo trimestre ¿Tienes vestido?* —asentí al tiempo que sonreía, me podía apostar un brazo a que había un vestido azul colgando del armario. —*Me temo que Sam y yo no nos podremos quedar a la cena y solo nos pasaremos al coctel de bienvenida. Mañana partimos a primera hora de la mañana y tendremos que marcharnos pronto. Si lo hubiera sabido hace un par de semanas, hubiera cambiado los planes.*

Marie me había conquistado desde el primer momento, y no solo por el café. Había algo en ella que me hacía sentir cómoda a su lado. Su dulzura me desconcertaba, pero al mismo tiempo, sentía como si nos conociéramos de toda la vida.

Cuando terminamos el café, llevábamos más de una hora hablando. Aunque tímidamente fue incluyendo algunas preguntas sobre mí, me di cuenta de que estaba evitando preguntas directas sobre Sergio para no incomodarme. La mayor parte del tiempo la conversación giraba en torno a ella, su relación con Sam, Sergio y sus amigos.

Había sacado unas cuantas cosas en claro. Algunas me sorprendieron, entre ellas que Sam era el jefe de Sergio o que ella y Sam llevaban siete años juntos, y a pesar del anillo de su dedo, no habían pasado por el altar. Sam acababa de divorciarse cuando se conocieron y estaba tan descreído del matrimonio que le había hecho jurar que nunca firmarían los papeles.

Otra sorpresa, los cuadros del salón eran de Ahren, “artista” de profesión, y en un rápido pensamiento malicioso no pude evitar presuponer que Sergio los había adquirido para ayudarle financieramente. Por la forma en que hablaba de él daba la impresión de que se conocían desde hacía mucho tiempo y, aunque no podía entender por qué, le tenía aprecio.

Entre las menos sorprendentes podría clasificar su animadversión hacia Alice, aunque no me atreví a preguntar el motivo. Estuve a punto de contarle lo que había visto la noche anterior, pero antes tenía que hablar con Sergio.

Por supuesto, su tema favorito con diferencia era su embarazo. Marie relataba con tanta fascinación y humor de los cambios por los que estaba pasando, que era difícil no escucharla embobada. Me estaba hablando de sus “antojos musicales”, como los había bautizado Sam, y de cómo le tenía martirizado escuchando Adele a todas horas.

—*Y ahora estoy empezando a considerar llamarla Adele.*

—*¿Llamarla? Pensaba que no queríais saber el sexo del bebé.*

—*Bueno, eso realmente es idea de Sam... Americanos... —se quejó con afectación mirando al cielo. Su marcado acento alemán hacía su reproche más gracioso —pero no me hace falta. Es una chica. Lo presiento.*

De repente, se llevó las manos a la redondeada barriga con cara de sorpresa.

—*¡Oh, dios mío! ¡Está dando pataditas! ¡Es la primera vez, no lo había hecho nunca! ¡Le gustas!*

Me cogió las manos, para ponerlas sobre su barriga, cuando reparó en el anillo. Su boca se abrió de asombro y me miró cómplice, esperando una respuesta.

—*Sergio me lo dio anoche.*

—*¿Sergio te dio un anillo? —la expresión de asombro y alegría de su cara era tan sincera que no dejaba ningún lugar a la duda. —Oh dios... es increíble!! Estoy tan feliz por ti, por los dos. Supongo que es el momento de felicitarte... felicitaros.*

—*No... no significa lo que estás pensando.*

Intenté contener su emoción, pero sin saber por qué me puse roja. Tal vez porque yo sí sabía lo que significaba.

Sin dejar de mirar mi anillo, demasiados pensamientos contrapuestos cruzaban mi cabeza. Todavía estaba demasiado desbordada por lo que Sergio me había confesado la noche anterior, y desde luego, no estaba preparada para tener una conversación sobre nuestra relación con terceras personas.

—*Bueno, significa algo. Compromiso.*

—*Yo estoy tan segura. De alguna forma, Sergio dejó muy claro desde el principio que no es del tipo de relaciones largas. Y yo no quería ilusionarme mucho con él... No me malinterpretes. No es que no me haya colado completamente por él... pero estaba tan segura de que acabaría rompiéndome el corazón, que puse todos mis esfuerzos en no pensar demasiado. Y ayer...*

Pero ¿qué coño me había puesto en el café? La sinceridad de Marie me estaba ayudando a exteriorizar las dudas que había estado tratando de bloquear en los últimos días.

—Diría que Sergio habló alto y claro ayer. Ya no es de ese tipo.

—Quizás... pero no sé si es algo que puedes sencillamente cambiar. Quiero decir, él no está acostumbrado a —intente seleccionar mis palabras con cuidado —lo que implica estar en una relación.

—Conozco a Sergio desde hace cuatro años. No tiene familia aquí y es como un hermano pequeño para Sam y para mí. Eres la primera chica que ha traído a mi casa y sé que eso significa mucho para él.

—¿Tú le has... visto con otras chicas?

—No es el tipo de hombre que le gusta exhibirse. Solo he conocido a las mujeres con las que ha ido a los eventos sociales de la empresa. Una “amiga” diferente cada vez. Algunas ponían mucho esfuerzo en atraer su atención. Y siempre he tenido la sensación de que se aseguraba de que no hablaran demasiado conmigo —y tenía muy claro por qué.

—Pero Sergio...

—Clara, si sirve de ayuda, nunca le había visto comportarse de la forma en que lo hacía ayer contigo. Parece que está muy prendado de ti. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¿Sergio no te lo ha dicho?

—No. Lo único que me dijo fue “Marie, quiero que conozcas a mi novia.”

- 0 -

Con la boca abierta, fui levantando mi cabeza hasta llegar al último piso del enorme edificio que acababa de aparecer ante mis ojos. En las cristaleras ligeramente inclinadas en diferentes ángulos de su fachada, el cielo, cubierto por nubes grises que presagiaban tormenta, formaba un extraño rompecabezas gigante.

Llevaba un rato paseando por los jardines del complejo empresarial con Marie cuando Sergio salió por la puerta principal acompañado por Sam. Saltaba a la vista que estaba exultante de alegría. En cuanto me vio, corrió hasta nosotras, me aupó, dio una vuelta sobre sí mismo conmigo en brazos y me besó tan apasionadamente, que me hizo olvidar donde estábamos... hasta que la voz de Sam me devolvió a la realidad.

—¡Buscaos un hotel!

—¡Oh, venga ya! Solo dices eso porque ya no puedes levantarme.

—¿Y eso quién lo dice? —hizo un amago de cogerla y, en cuanto Marie se giró para escapar entre risas, la levantó en brazos. —Nena, eres una pluma para mí.

—¿Venís a comer con nosotros? —preguntó Marie cuando sus pies volvieron a tocar el suelo.

—No, tenemos que marcharnos —le miré extrañada, pero no se inmutó. Otra sorpresa... —Nos vemos esta noche. —Se giró a Sam y le estrechó la mano entre sus dos manos. —Danke schön.

—No tienes que agradecerme nada. Es una idea magnífica y le has echado muchísimo tiempo y esfuerzo. Estoy seguro de que les has impresionado tanto como a mí la primera vez

que me lo explicaste. Además tengo que portarme bien contigo... en unos meses podrías ser mi jefe —se rieron. —*Hasta esta noche.*

Les seguí con la mirada mientras se marchaban por el camino hacia el parking donde Marie había aparcado su coche.

—Vamos o llegaremos tarde —miró el reloj al tiempo que alzaba el brazo para llamar a un taxi, obviando la interrogación en mi rostro. —¿Qué tal la mañana, preciosa? —me preguntó tras dar una dirección en alemán al taxista.

—Muy bien, Marie es un cielo. Pero creo que yo debería preguntarte a ti. Pareces muy contento.

Una luz en su móvil llamó su atención, aunque no había hecho ningún ruido. Con un gesto veloz, le echó un vistazo. Sus dedos se movieron ágiles por la pantalla, haciendo desaparecer cualquier rastro de aviso. Me pareció ver una expresión fugaz de desagrado en su rostro, pero lo recompuso tan rápido, que no podía estar segura. En ese momento recordé que no era la primera vez que le veía hacer esa secuencia. En cuanto se volvió hacia mí para continuar la conversación, lo olvidé todo.

—¿Por qué no iba a estarlo? Tengo todo lo que quiero.

Como siempre, esquivaba hablar de su trabajo, lo cual no conseguía sino encender las alarmas que intentaba acallar, especialmente desde la noche anterior. Pero oírle pronunciar aquellas palabras con su voz grave y su mirada clavada en mis ojos era todo lo que necesitaba para rendirme a él.

Sus dedos avanzaron por el borde de mi rostro, hasta que alcanzó la parte posterior de mi oreja. Me acarició lentamente, a conciencia, detrás del lóbulo izquierdo; sabía exactamente lo que estaba haciendo, y dónde sentía sus caricias. Era casi como si sus dedos estuvieran en mi entrepierna, pero mucho más sutil y a la vez más intenso, porque sentía su falta. Apreté las piernas con fuerza para evitar desear que me tocara, pero era imposible; cuanto más me resistiera más lo necesitaría.

Su contacto se desvaneció. Cuando abrí los ojos, el taxi estaba parado y Sergio ya se había bajado del coche y se estaba dirigiendo a mi puerta para abrirla. Todo un caballero...

- 0 -

—¿Te has asustado? —le miré. Sabía perfectamente a qué se refería, pero ya me había percatado de sus ganas de jugar, y no estaba dispuesta a darle munición. —Cuando te estaba haciendo la prueba —aclaró.

La visita a la ginecóloga había sido rápida, pero inolvidable. Sergio había sido un intérprete impagable, y aunque sospechaba que había manipulado la traducción según le convenía, quería pensar que me había informado de todo lo importante.

El momento más tenso había sido cuando nos preguntó si habíamos mantenido prácticas de riesgo, y había tenido que hacerme un test de embarazo antes de ponerme la inyección anticonceptiva. Sabía que no había conseguido ocultar mis nervios, por más que lo había intentado durante la interminable espera de los resultados. Sergio, sin embargo, no soltó mi mano en ningún momento, mientras me traducía la charla de la ginecóloga sobre los peligros del sexo sin

precaución con un semblante angelical, que casi me había convencido a mí de su inocencia.

—No —concluí y levantó una ceja cuestionándome. —Tú en cambio parecías muy tranquilo, mi Amo —demasiado relajado, de hecho, teniendo en cuenta sus antecedentes y lo mal que lo había pasado.

—Clara, no tengo veinte años. Sabía las consecuencias que podía conllevar cuando te lo propuse. Y tú también... Y también sabes que no deberías mentirme, especialmente hoy no.

—¿Y por qué hoy no?

—Porque la ginecóloga ha dicho que todavía tenemos que esperar dos días para que asegurarnos de que sea efectivo al cien por cien. Y pienso cumplirlos a rajatabla, ahora que sé cuánto te asusta... —¡cabrón! Estaba abriendo la boca para contestar cuando continuó. —Además, hoy no tenemos tiempo, y francamente, no creo que te guste recibir tu primer castigo en público en la recepción de esta noche.

- O -

—Preciosa, ¿dónde estás?

Sergio llamó mi atención despertándome de mi ensoñación. No me había dado cuenta de que nos habíamos quedado solos. Se giró hacia mí y me cogió de la cintura, mientras me miraba a los ojos preocupado.

Mi cabeza volaba de un pensamiento a otro ajena a todo lo que sucedía a mi alrededor. La cena de empresa transcurría todo lo aburrida que cabría esperar. No era solo que no conociera a nadie, Marie y Sam habían desaparecido después de la recepción inicial; sino que la mayoría del tiempo, ni siquiera entendía lo que decían.

Al principio me había distraído observando el fastuoso salón. La cena tenía lugar en uno de esos edificios históricos completamente restaurados después de la segunda guerra mundial, y su interior conservaba la majestuosidad de la Alemania Imperial de finales del siglo XIX, patente en las enormes lámparas de araña que coronaban el comedor.

Pero no tardé en centrarme en Sergio. Incluso a mí me costaba reconocer en el serio y correcto profesional que recibía elogios de sus superiores con una educada sonrisa y una acertada respuesta, al Amo que jugaba noche tras noche a hacer temblar los límites de mi realidad, salvo en alguna furtiva sonrisa que me dedicaba cuando solo yo podía verle. Sergio se mostraba tan transparente, ajustándose al milímetro a la imagen de yerno perfecto, que parecía imposible que guardara algún secreto, menos aún que tuviera alguno propio que esconder.

Después de una succulenta cena servida por un ejército de camareros perfectamente uniformados y sincronizados, volvimos a la zona de la recepción donde una orquesta swing empezó a amenizar la velada en el escenario. El cantante, una versión crápula de Michael Bubble que combinaba un traje impecable con una pajarita deshecha y el pelo esmeradamente despeinado, explotaba a la perfección ese sex appeal de chico malo mientras se movía con comedia distinción. Los más valientes ya se abrían camino a la pista de baile.

—Lo siento —tenía que encontrar una vía de escape rápida. —¿Estabas hablando en chino? —sonrió y asintió con la cabeza. —¿Sabes? Estás muy sexy cuando hablas otras lenguas.

—Será porque no entiendes lo que digo.

Pero la risa que me había provocado con su comentario duró poco. Justo hasta el momento en que clavó sus ojos en los míos y comenzó a hablar. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, solo que algo dentro de mí se estaba deshaciendo.

Repetí la última palabra que había salido de sus labios y su mirada castaña se volvió inquisitiva. Estaba claro que había acertado.

—¿Qué significa?

—No sé, no sabría cómo traducirlo...

Pero su sonrisa era demasiado sospechosa. No solo me estaba mintiendo a conciencia, sino que me lo estaba dejando muy claro.

—Sergio... —saboreé su nombre en mi boca, cuando estábamos en público era una de las pocas excepciones en que me permitía pronunciarlo —pensaba que no ibas a mentirme...

—No creo que te esté engañando. ¿Te he dicho ya que estás preciosa con ese vestido?

—Sí, y te volvería a dar las gracias por el regalo... si no fuera porque el cambio de tema es demasiado sangrante.

Hizo una soberbia interpretación en la que se sacaba un puñal del pecho como si realmente le hubiera dolido. Me habría reído, pero estaba absolutamente arrebatador. Tanto, que se me había olvidado totalmente de qué estábamos hablando.

—No hagas eso, mi Amor. Estás demasiado guapo con ese traje.

—Pues espera a verme sin él.

Se había acercado lo suficiente como para susurrarme al oído, y su cercanía, junto con el olor que desprendía, me habían dejado sin respiración.

—Parece que has vuelto.

—¿Ha sido muy aburrido? —moví la cabeza en un gesto para quitarle importancia. —Mañana te compensaré. He planeado todo el día para ti. Y la noche...

—Creía que ibas a cumplir los dos días a rajatabla.

—Y lo voy a hacer. Siento decepcionarte, no estaba pensando en 'eso'.

Antes de que pudiera seguir hablando, una mujer de unos cincuenta años le llamó, interrumpiendo nuestra conversación en el momento cuspide.

—Vamos, tengo que saludar a alguien —se había acabado el recreo. Me cogió de la mano y me llevó a su lado otra vez.

- O -

—¿Me concedes este baile?

Le recorrí de arriba a abajo con la mirada mientras me debatía entre la curiosidad y la incredulidad. La media reverencia con la que había acompañado su proposición, su mano extendida hacia mí y su mirada baja lograron compensar en medio segundo toda una noche de conversaciones indescifrables y fingidas sonrisas.

Le tendí mi mano, aunque solo porque me moría de ganas de verle bailar. Nunca le había visto y, a decir verdad, Sergio me encajaba más con el tipo de chico que se queda en la barra copa en mano. Me llevó hasta el centro de la pista justo en el momento en que la banda en el pequeño escenario comenzaba una versión de “*Moondance*” de Van Morrison.

Besó mi mano antes de colocarla en su hombro. Sabía cómo ganarme. Su brazo me rodeó y me acercó a su cuerpo y, en cuanto di el paso hacia él, comenzó a moverse. En principio, sus pasos eran básicos, pero combinados con la elegancia innata de la que Sergio hacía gala y su decisión a la hora de llevarme, el resultado superaba con creces mis expectativas.

—Bailas muy bien. ¿Cuándo aprendiste?

Sus pasos iban subiendo de dificultad, y poco a poco, estaba acelerando el ritmo. Le había subestimado, aunque no sabía por qué me extrañaba. Sergio tenía el cuerpo perfecto para bailar, y como ya me había demostrado, su coordinación y sentido del ritmo eran excelentes.

—Pareces sorprendida. ¿Cómo pensabas que seducía a las mujeres?

—Ya, como si te hiciera falta bailar para eso...

La forma en que me dirigía era un claro reflejo de su personalidad dominante. Me guiaba firme y con seguridad. Me estaba costando seguirle. No estaba acostumbrada a bailar con tacones tan altos. No tenía más remedio que dejarme llevar completamente por él y confiar.

—En el instituto. Alguien me dijo que un caballero tenía que saber bailar —ahora tenía muy claro quién le había enseñado.

—Tú no eres un caballero... —bromeé.

Me lanzó una de sus miradas desestabilizadoras, antes de tirar de mí haciéndome dar una vuelta rápida, para volver a cogerme en sus brazos fuertes justo en el momento en que iba a dar un traspie. Con un movimiento rápido consiguió disimular mi torpeza.

—Te parecerá bonito —le reproché casi sin resuello.

—Bonito no. Increíblemente precioso, mi dama.

La caída de su mirada simulando pleitesía me dejó fantaseando por un breve instante con ese lejano pasado en el que Sergio había sido sumiso.

XXII

—Tenemos que hablar.

—Preciosa, ¿vas a dejarme? —preguntó con tono burlón.

—Tenemos que hablar sobre Alice —precisé.

—Ya —en un monosílabo, su cambio de tono fue evidente.

Nos habíamos levantado al amanecer y llevábamos toda la mañana callejeando por Berlín, mientras Sergio desempeñaba el papel de perfecto cicerone, explicándome detalles y anécdotas de su ciudad adoptiva. Su pasión por Berlín se dejaba entrever en cada uno de sus comentarios, que parecían dirigidos a marcar un claro mensaje de fondo: la ciudad perfecta para vivir... casi como si estuviera intentando vendérmela.

Sin embargo, en este punto y por primera vez en horas, parecía haber perdido las ganas de hablar.

—Pero no aquí —añadió concluyente.

Buscó a su alrededor y me llevó de la mano hasta una parada de autobús cercana. Esperamos en un silencio incómodo los pocos minutos que tardó en llegar el circular. Sacó unas monedas del bolsillo de los vaqueros para pagar.

—¿Subimos arriba?

—No, arriba hay cámaras.

Antes de que pudiera preguntarle, avanzó y le seguí al fondo del autobús. Se quedó de pie a mi lado hasta que me senté en el asiento de la ventana en la última fila. No tenía escapatoria.

—Aquí estaremos más resguardados —lo dijo como si la frase encerrara algún significado oculto que yo no llegaba a comprender.

—¿Vas a contarme lo que ocurre?

—Supongo que no me queda otra opción. Ahora ella tiene acceso a ti. Prefiero contártelo yo —sus frases eran cortas. Estaba incómodo y no lo ocultaba.

Me bajó la cremallera del anorak, alargando el momento en que empezara a hablar. Después cogió mis piernas y las colocó encima de las suyas, como hizo la primera noche, obligándome a girar todo mi cuerpo hacia él.

—Yo conocí a Alice antes que Jürgen, mucho antes —me subió la falda hasta las rodillas y comenzó a acariciarlas, dibujando círculos con sus dedos.

—¿La conociste? —tardé unos segundos en procesar la información. —¿Quieres decir que... —su silencio me reclamaba que terminara la pregunta —... que fue tu sumisa?

Ni siquiera asintió, solo lo vi en sus ojos. Sus cejas se arquearon mientras un brillo perverso, del que se sabe conocedor del daño que está infligiendo, le delataba. Ya lo sospechaba, pero eso no mitigó el mazazo. Quise bajar mis piernas pero las sujetó con fuerza hasta que cesé en mi empeño.

—¿Cuánto tiempo? —posó su dedo pulgar en mis labios.

—Preciosa, si vamos a hablar de esto, te dirigirás a mí como corresponde.

—Mi Amo, ¿me das permiso para preguntar? —asintió con desgana.

—Unos meses, no sé.

—¿Por qué la dejaste, mi Amo? —retomó sus caricias, poniendo toda su atención en ellas, aunque me miraba de reojo.

—Yo no la dejé, no estábamos juntos. Simplemente no volví a llamarla. Pero no se lo tomó bien.

—Ya imagino...

—Clara, cuando vas a un club de BDSM, quieres sexo. Da igual que seas amo o sumiso, no estás buscando nada más, y menos una relación formal. Las dos partes lo saben y lo aceptan.

—Pero ella no lo aceptó...

Me sentía como si estuviera tratando de abrir un recipiente cerrado herméticamente. Todos mis esfuerzos se centraban en seleccionar mis palabras con cautela, y aun así, sabía que en cualquier momento podía estallar.

—No. Ella empezó a desafiarme, a hacer cosas que suelo prohib... que siempre prohibía —se corrigió —expresamente a mis sumisas.

—¿Qué tipo de cosas, mi Amo? —me disparó una tímida mirada antes de contestar.

—Llamarme por teléfono sin mi permiso, ir a mi casa sin invitación, dirigirse a mí sin que yo le hablara antes...

Se me heló la sangre. Eran reglas pensadas para que solo él pudiera ponerse en contacto con ella. Él siempre daría el primer paso. Podían estar en el mismo sitio, y si Sergio no se acercaba a ella, solo podía esperar. Ni siquiera podía hablarle.

—Así no les das ninguna opción... —musité, realmente hablando más para mí que para él.

—Les daba, preciosa —me corrigió ahora a mí. —Y sí, eso era exactamente lo que hacía, y cosas peores, mucho peores... —su voz grave me retaba a que le contestara, y al mismo tiempo me disuadía de preguntar cuáles. —Clara, —su tono cambió drásticamente al decir mi nombre —nunca te he engañado respecto a lo que soy o lo que me gusta. Puede que no te lo haya contado todo, pero no te he engañado. Ni a ellas tampoco. Siempre les dejaba claro lo que estaba buscando. La primera noche, antes de empezar, siempre ponía mis reglas y ellas consentían. Era su elección. Lo entiendes, ¿verdad?

Sergio me acariciaba tiernamente y me miraba dulce a los ojos mientras me pedía que aceptara un comportamiento con el que probablemente había hecho daño a la mayoría de las mujeres que habían pasado por su cama. No sabía cuántas muelas había dejado tras de él, demasiadas, no importaba.

Me era imposible no ponerme en su lugar. Me imaginé encontrándome con Sergio en un bar después de uno de nuestros encuentros, después de esperar su llamada, y que ni siquiera se molestara en acercarse. La escena se dibujó con tanta nitidez en mi mente que casi sentía su mirada pasar a través de mí, como si no pudiera verme. Como si fuera transparente. Le veía tonteando con otra delante de mí, y saliendo con ella del bar, sabiendo lo que iba a hacer, sabiendo que yo estaba dispuesta para él. El dolor era demasiado punzante como para poder ignorarlo.

—Sé que no te gusta oír esto y a mí tampoco me gusta contártelo, pero no voy a mentirte. Me ha costado mucho conseguirte y te valoro demasiado como para arriesgarme a perderte por algo así. Yo me había resignado a no tenerte, pero eso no significa que me conformara con otra. —Su arrogancia era tan molesta como irrefutable.

Un grupo bullicioso de jóvenes italianos que estaban sentados dos filas más adelante se levantó para bajarse en la siguiente parada: Alexanderplatz.

—Alice se enamoró de ti, ¿verdad? Por eso dejaste de llamarla, por eso intentaba hablar contigo.

—Eso no es importante —la frialdad con que lo dijo corroboró que estaba en lo cierto. Pensar que ella había recibido un castigo tan duro solo por cometer el mismo error que yo, me sobrepasaba. —Ella tenía unas normas y no las cumplió. Así que tuve que hablar con ella, pero no quería entrar en razón... hasta que le hice entender que podía salir muy perjudicada.

—Mi Amo, ¿la amenazaste?

—No, solo le recordé que tenía mucho material suyo...

—Eso es una amenaza, mi Amo.

—Eso es la realidad, Clara —sin subir el tono, consiguió sonar lo bastante desafiante como para que no se me ocurriera cuestionarle. —¿Qué querías que hiciera? Me llamaba casi todos los días suplicándome, venía a mi casa para ofrecerse a mí, y con el tiempo, empezó a aparecer por lugares que frecuentaba con mis amigos. No se acercaba, solo... —hizo una pausa y finalmente concluyó. —Era demasiado.

La crudeza con que me estaba relatando esa parte de su pasado era desgarradora, hasta el punto que me planteé si realmente quería seguir escuchando aquello. Sin embargo, tenía que agradecerle su sinceridad, aunque solo fuera por lo que me demostraba con ella.

—Tenía que pararlo, y funcionó. Desapareció durante un mes. Pensé que el problema se había acabado, hasta que la vi con Jürgen. De repente, era su mejor amiga.

—¿Crees que han estado juntos?

—No —contestó rotundo.

—¿Cómo estás tan seguro? —pareció pensarse la respuesta.

—Él alberga esperanzas y ella está alimentando su interés.

—¿Jürgen sabe que..?

—No, claro que no.

—Pero ella solo está con él para estar cerca de ti —me pareció que le encantaba mi preocupación.

—Alice se ha convertido en un apoyo importante para él. Si le dijera algo así le destrozaría. Ya ha sufrido bastante.

No me entraba en la cabeza cómo podía ser mejor para él no saberlo. Pero Sergio se mostraba tan comunicativo en ocasiones demasiado escasas como para desviar la conversación.

—Además, Alice sabe demasiado sobre mí, y ahora tiene acceso a mis círculos.

Subió su mano derecha a mi mejilla adelantando todo su cuerpo hacia mí. Mis manos se dirigieron instintivamente a su pecho, por debajo de su tupido jersey de punto marrón, buscando el calor de su piel. Se sonrió ante mi dependencia de su tacto.

No quería hablar, no quería saberlo. Pero no podía evitarlo. Le recordé en esa habitación con ella. Estaba tan entregada a él que ni siquiera se inmutó cuando se abrió la puerta.

—Mi Amo, ¿eso era lo que hablabais el otro día?

—No. Ella nunca se atrevería a amenazarme, al menos directamente. Cuando te vi en el jardín con ella, no sabía lo que... Yo le pedí que no hablara contigo a solas.

—¿Y te dijo que lo haría, mi Amo?

—Me dijo que obedecería todas mis órdenes, como siempre... cuando volviera a aceptarla como sumisa —me recorrió un escalofrío ante el pensamiento de que pudiera tocarla.

—No lo comprendo. Tú sabías que la iba a ver, que podía hablar conmigo. ¿Por qué no me lo contaste antes?

Pude ver, casi a cámara lenta, como su expresión se transformaba. Apoyó la mano izquierda en la ventana y, de forma inconsciente, mi cuerpo también retrocedió hasta el frío cristal. Su mano derecha continuó acariciándome mientras me separaba de él. Su dedo pulgar se deslizó por mi mejilla hasta llegar a mis labios. Se paseó por el superior, bordeándolo hasta la comisura, y continuó su recorrido hasta el inferior. Cuando llegó al centro, presionó, abriendo mi boca.

—Chúpalo.

—Mi Amo, estamos hab... —su dedo se apretó contra mis labios cerrándolos. No me impedía hablar, solo me dejaba claro que no quería que lo hiciera.

—Chúpalo —se limitó a repetir despacio, remarcando cada sílaba. Su voz no admitía discusión.

Miré a mi alrededor, nadie estaba pendiente de nosotros. Todos los pasajeros, la mayoría extranjeros haciendo turismo, estaban demasiado ocupados mirando por las ventanas y sacando fotos. Pasábamos por la Puerta de Brandenburgo.

Apenas abrí la boca lo suficiente para que su dedo se sumergiera por completo ignorando mi débil oposición. Se movía dentro de mí jugando con mi lengua, empapándose de mí, mientras su cuerpo me acorralaba y sus ojos pardos me subyugaban sensuales, poniéndome a su merced.

—Preciosa, pensaba que ya te había dejado claro que no me gusta repetir mis órdenes.

No podía hablar. Solo asentí, asumiendo mi falta, enfadada tanto por mi docilidad como por mi falta de ella. La forma en que Sergio lograba confundirme alcanzaba límites cada vez más contradictorios.

Sacó su dedo, mojando mis labios con mi propia saliva, y vi su mano descender por mi cuerpo lentamente, acariciándome con el reverso de sus dedos, hasta que desapareció por debajo de mi falda.

—Sabes lo que voy a hacer, ¿verdad? —volví a mirar al autobús, aunque esta vez visiblemente alterada.

—Mi Amo, si no quieres que hablemos... —mi voz sonó demasiado aguda. No me dejó terminar.

—No quiero. Pero no me queda más remedio. Al menos voy a disfrutarlo. Separa las piernas —a tientas, su mano avanzó hasta que llegó a mí. —Shhh. No hagas ningún ruido. —Lo último que vi antes de que mis ojos se cerraran para dejarme llevar por su intrusión, fue su mano izquierda haciendo de visera para ocultar mi rostro. —Tranquila, preciosa. Dime, ¿de qué hablábamos?

—Yo no... no lo sé... mi Amo —dije vacilante cuando conseguí articular palabra.

—Piensa.

—¿Por qué no me lo contaste, mi Amo?

—El jueves no estabas muy receptiva. No me pareció muy buena idea acabar de cabrearte hablando de ex-sumisas. Intenté posponer la cena, pero Marie no me dejó, bajo ningún concepto —en su boca se dibujó media sonrisa sincera de aprecio. —Además esperaba que se hubiera cansado o que Jürgen ya hubiera entrado en razón. No puedo hacer nada mientras tenga influencia sobre él, no quiero hacerle más daño.

—¿Hacer nada...? ¿A qué te refieres? —la ansiedad en mi voz no escondió que adivinaba la respuesta incluso sin formular la pregunta.

—Lo sabes perfectamente.

Me costaba pensar, pero ratificar mis sospechas solo me dolió más. Todavía lo guardaba... Vídeos suyos y probablemente de todas las chicas con las que había... grabados con su consentimiento.

—Clara, mírame.

Pero no podía hacerlo.

—Mi Amo, si te pidiera que lo borraras todo, por mí... ¿lo harías?

No dijo nada, solo esperaba a que cumpliera su orden. Su brazo me cercaba, restringiendo mi espacio, mientras le sentía en mi interior completamente inmóvil. Sus ojos me escaneaban, los sentía aun sin verlos, buscando los míos, llamándolos, hasta que respondieron.

—Alice ha cruzado ya demasiados límites. Lo que tengo grabado es el único seguro. Lo entiendes, ¿verdad?

—Mi Amo, tú mismo has dicho que no se atrevería a amenazarte. Sabes que no va a hacerte nada.

—A mí no.

—¿A mí?

—Hasta ahora solo tenía que preocuparme por Jürgen, pero sabía que mientras yo no dijera nada, ella tampoco lo haría. Era su llave para estar cerca. Pero tú... Tengo miedo de que pueda decirte algo para hacerte daño.

—¿Cómo qué, mi Amo? —negó con la cabeza. —¿Qué más podría decirme? —otra vez esa mirada...

—Ya te he contado bastante. Clara, yo no estoy acostumbrado a hablar de esto y tú... Dame tiempo ¿de acuerdo? Solo no te acerques a ella.

—¿Es una orden, mi Amo?

—No. Sería absurdo prohibirte que la escuches y no voy a prohibirte que hables con ella. Eso solo te dejaría en una situación de inferioridad en la que no voy a ponerte. Solo quiero que recuerdes que siempre fue consentido.

Temblé. No me cabía ninguna duda. Ese era uno de los alicientes para él. Solo me temía imaginar qué grado de presión podía llegar a ejercer para conseguir lo que quería.

—Mi Amo, puede que tú pienses que tienen elección, pero yo no la tuve.

—A ti no te di elección —era la segunda vez que me lo decía, aunque esta vez comprendí exactamente a qué se refería, —Zhēn'ài,

Iba a preguntarle qué significaba “shenei”, la misma palabra que había dicho la noche anterior en la cena, cuando repentinamente, alzó la cabeza, esquivándome para mirar por la ventana, y se levantó tan rápido que casi no sentí como salía de mí. Se llevó el pulgar a la boca sensualmente mientras apretaba el botón de parada con la mano derecha.

—Mmm. Exquisita, como siempre.

Era perfectamente consciente de lo que tramaba, que me olvidara de lo que acabábamos de hablar. Aun así, un aluvión de imágenes eróticas en las que Sergio era el protagonista inundó mi cabeza y al segundo, mi entrepierna.

—Vamos, conozco un sitio genial para comer cerca de aquí —¿comer? ¿Cómo podía tener hambre?

- 0 -

El restaurante al que entramos pasaba bastante desapercibido a primera vista. Sobre la puerta

un sencillo cartel con unas letras chinas apenas llamaba la atención, pero en su interior los aromas que salían de la cocina eran intensos: especias, guindilla, jengibre y ajo. Estaba prácticamente lleno, y la mayoría de los comensales eran asiáticos, lo cual no dejaba de ser un buen presagio.

La camarera, una joven de ojos delicadamente rasgados y pelo negro pulcramente recogido, saludó a Sergio con una sonrisa. Tal vez demasiado efusiva, para la contención que demostraba en todos sus movimientos. Tras mantener una corta conversación que no entendí, nos acompañó a una mesa recluida en la esquina.

—¿Marie sabe lo de Alice? —no había dejado de darle vueltas a lo último que me había dicho en el autobús.

—No, ¿por qué? —me volvió a mirar extrañado como si no entendiera a dónde quería llegar.

—Alice no le gusta...

—No, no le gusta. Aunque para eso no hizo falta que yo le contara nada.

La camarera regresó a nuestra mesa con unos menús completamente en chino. Me echó una poco recatada mirada. Supongo que estaba intentando adivinar qué tipo de relación me unía a Sergio, mientras rezaba a sus dioses para que fuera su hermana. Y lo peor era darme cuenta de que me estaba convirtiendo en el tipo de mujer celosa que siempre había detestado.

—La comida aquí está buenísima. El cocinero es de la región de Sichuan. Los chinos dicen que la mejor cocina del mundo está en China, y la mejor cocina de China está en Sichuan.

Sergio pidió directamente sin mirar la carta. Por supuesto no entendí ni una palabra, pero ya me estaba acostumbrando a su manía de pedir por mí, y esta vez, había sido mi salvación.

—Marie tiene un don con la gente —siguió en cuanto nos quedamos solos. —Es como un radar. Tardó cinco minutos en calar a Alice. Ahren es el único que lo sabe —mi cara no debió ocultar lo que pasó por mi cabeza. —No te cae bien, ¿verdad?

Dejé que mi silencio le respondiera.

—Dice que tienes mucho carácter, aunque francamente, yo no lo creo —hizo una pausa, creo que esperaba que contestara, pero no encontré nada bueno que decir, así que preferí seguir el dicho. —¿Ha intentado ligar contigo?

—¿¿Qué?? ¡¡No!! —su mirada decía a gritos que no me creía. —Pensaba que era tu mejor amigo.

—Y lo es —eso sí que no lograba entenderlo. Y menos que parecía que la situación le divertía. —Sea lo sea lo que te esté haciendo, te está poniendo a prueba.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por mi culpa. Es lo que yo llevo haciendo con cada chica de la que se cuelga desde que le conozco.

—¿Por qué?

—Por si no te has dado cuenta, Ahren y yo compartimos “aficiones” —bueno, eso explicaba muchas cosas... —Y él... como lo diría, cada sumisa que conoce es la mujer de su vida. Y solo es cuestión de tiempo que le decepcionen. Yo solo le ayudo a que el proceso sea más rápido. —Iba a preguntarle cómo, cuando dijo algo mucho más interesante. —Creo que desde Marie no se ha vuelto a enamorar de nadie que merezca la pena.

—¿Marie? ¿Ahren y Marie? ¿Quieres decir que Marie fue su sumisa?

La camarera volvió con nuestros platos interrumpiendo nuestra conversación justo en el punto más interesante. Dejó una bandeja con un enorme pescado abierto en cuatro partes, dos boles grandes, uno de arroz frito y otro de tallarines, y una pequeña salsera con una salsa bastante espesa cuyo color rojo vivo auguraba lo picante que podía estar. Las fragancias que se

desprendían de la comida anticipaban lo sabrosa que iba a estar. No me quedaba más remedio que volver a darle la razón a Sergio.

—No, no creo. Estuvieron juntos cuando eran adolescentes, pero creo que Marie le dejó antes de comenzar la universidad. —Otra prueba de que era inteligente. —La verdad, prefiero no saber demasiados detalles de esa relación.

Sergio cogió mi plato y se dispuso a repartir la comida. Con una complicada maniobra, separaba los trozos de pescado de la piel con los palillos, de forma que salían perfectos, y los colocaba con una cuidada presentación rodados por su guarnición.

—¿Y siguen siendo amigos? —pregunté mientras contemplaba los hábiles movimientos de sus manos.

—Sí. La vida de Marie no ha sido fácil y Ahren siempre ha velado por ella. Dice que es su ángel de la guarda. Los padres de Marie murieron en un accidente. Acababa de cumplir los dieciocho. Tuvo que ir a los tribunales para luchar por la custodia de Jürgen, y necesitó mucha ayuda, sobre todo económica.

—¿Económica? No pensaba que Ahren tuviera dinero —desde luego lo disimulaba muy bien.

—Bueno, a los veinte años una viuda treinta años mayor que él con la que solía jugar, se encaprichó de él. Supongo que el término braguetazo se ajustaría bastante a su situación.

—¿Ahren está casado? —asintió con la cabeza, consciente de que cada retazo de la historia que me desvelaba me sorprendía más que el anterior. —Pero...

—Viudo, sería más correcto. Murió hace un par de años. Apenas llegué a conocerla, vivía en Niza la mayor parte del año.

Era demasiada información, y no estaba mejorando mi impresión de Ahren.

—En serio, es la mejor persona que conozco. Sé que puede dar una primera impresión muy equivocada, pero llegarás a conocerle.

—¿Le dirás que pare?

—No. Si se lo dijera solo lo empeoraría. Tendrás que demostrarle que eres digna de mí —aunque intentara disimularlo con una broma, debajo yacía una realidad demasiado evidente para que él no se hubiera dado cuenta. —Clara, es como mi hermano. Me gustaría que fuerais amigos.

Conocía esa mirada. No le hacía falta una orden. Solo esperaba que él también estuviera por la labor...

Se levantó y desapareció camino del aseo. Aproveché para comprobar el móvil.

—No tienes ni idea de lo preciosa que estás cuando crees que nadie te está mirando —su delicado susurro en mi oído salido de la nada combinado con el suave roce de sus dedos en mi hombro habían conseguido que la piel de todo mi cuerpo se pusiera de gallina. —Endereza la espalda. —Le obedecí al instante. Deslizó su mano por mi brazo hasta coger la mía al tiempo que se sentaba.

La camarera se acercó a nuestra mesa a recoger los platos. Su mirada se detuvo un segundo en nuestras manos unidas sobre la mesa, y por alguna razón, me hizo sentir muy incómoda. Traté de apartarla pero Sergio me sujetó fuerte mientras volvía a pronunciar una retahíla indescifrable y ella le devolvió una amplia sonrisa. Pero... ¿qué coño les pasa a las camareras del mundo?

—¿Qué te ocurre? —había seguido mi mirada y su expresión me advertía de que no aceptaría un nada por respuesta.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Sí, me encanta este sitio. ¿Por qué?

—Parece que tienes loca a la camarera —su cara se relajó.

—¿Tú crees? —su tono simulaba ser inocente, su mirada no lo era. Me miraba fijamente, sin apartarse un segundo, sin pestañear y sin dejar que yo pudiera desviarme de sus ojos ni por un momento. Asentí. —No me he fijado en ella.

—Venga ya... Si es muy guapa... —Siempre caigo. Su pulgar se movía lentamente acariciando el reverso de mi mano. —¿Es verdad lo que dicen de las asiáticas?

—Dime, ¿qué dicen? —abrí los ojos para indicarle que era obvio. —Parece que tienes curiosidad. Tal vez tendría que proponerle si quiere hacer un trío.

—Vaya, es una pena que eso ya no sea posible. Me prometiste que sería la única. Siempre. ¿Recuerdas?

—Perfectamente. Pero no te confundas. Te juré —subrayó la palabra —que no tendría más sumisas. Y lo cumpliré. Tú serás la única. Siempre. Pero eso no significa que no pueda jugar con más gente —se me cayó el corazón a los pies. —De hecho, debería decir podamos. No tengo ningún interés en ningún juego en el que tú no estés incluida. ¿Quieres decir algo?

Sus palabras me apuñalaban con frialdad mientras él saboreaba impasible las reacciones que trataba de disimular inútilmente.

—Me hiciste jurar que haré lo que quieras, así que supongo que no tengo nada que decir —hice un esfuerzo para que mi voz no se atascara en el nudo de mi garganta. Su sonrisa se tensó.

—Clara, puedes estar completamente segura de que lo último que quiero ahora mismo es permitir que alguien te toque. Es más, no sé hasta dónde podría llegar para impedir que eso pasara. Pero eso no te da el derecho a negarte a mi voluntad. Entiendes la diferencia, ¿verdad? —asentí sin mirarle. —Levántate.

—Por favor —susurré.

—¿Crees que porque estemos en público no tienes que obedecerme? —estaba jugando.

—Sí, pero...

—Hazlo ahora. Y acércate. Quiero tocarte.

Sabía que me estaba poniendo roja, incluso antes de iniciar ningún movimiento. Me levanté de la mesa y me acerqué a su lado. Pasó su mano por mi pierna.

—Me están mirando —susurré entre dientes.

—No me extraña. Eres preciosa —me sonrió. —Puedes sentarte. ¿Por qué te da tanta vergüenza?

—En los restaurantes normalmente las chicas no se levantan. En todo caso, los hombres se arrodillan.

—Preciosa, sabes que yo no soy del tipo que se arrodilla, ¿verdad? —su tono seguía la broma, pero sentía sus ojos observando mis reacciones. Y aún sin haberlo deseado en ningún momento, me invadió un inusitado sentimiento de desilusión. No tenía sentido.

—Si no recuerdo mal, creo que has roto esa regla un par de veces estos últimos días —me analizó durante un instante, y finalmente sonrió. Seguí su mirada hasta mi mano. —¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime —no se me escapó su tono receloso.

—Si te regalo un anillo, ¿lo llevarás?

—Inténtalo.

No supe discernir si su tono implicaba un desafío o una invitación. Al menos no era una prohibición.

—¿Aquí está lo que vas a enseñarme? —pregunté desconfiada.

Acabábamos de llegar a un gimnasio enorme, estaba absolutamente convencida de que no había nada que Sergio pudiera mostrarme ahí dentro que pudiera captar ni remotamente mi interés. Obviamente, me equivocaba.

—Confía en mí. Te va a gustar.

Sergio enseñó su carnet en la recepción de la entrada y me consiguió un pase de visitante; el sitio parecía bastante exclusivo. Me llevaba de la mano, hasta que llegamos a una pista multiusos bastante grande, con canastas, porterías y redes para colocar según su función. Unos estrechos ventanales cerca del techo dejaban entrar la luz desde arriba.

—*Llegas tarde. Tengo la cancha reservada desde las 6* —comprobé el reloj desconcertada, eran las seis y cinco. —*Vaya, no sabía que tendríamos público.*

Ahren estaba en medio de la pista, no había nadie más. Estaba vestido de calle, pero llevaba un chaleco negro, parecido a los antibalas que llevan los policías en las películas. Miré a Sergio intrigada.

—Preciosa, siéntate en las gradas —me dijo en voz baja mientras se quitaba la chupa y me la daba para que se la guardara. —*¿Tienes miedo de que haya testigos de tu derrota?*

Se puso un chaleco igual al que llevaba Ahren pero en blanco, y se reunió con él en el centro de la cancha. Ahren cogió dos floretes y le lanzó uno a Sergio, que lo atrapó en el aire. Se colocaron uno frente a otro con unos tres metros de distancia. Estaba alucinando.

—*¿Al mejor de tres asaltos?* —Ahren solo asintió con la cabeza.

Se saludaron con un gesto perfectamente coordinado. Reparé en que Ahren era zurdo, lo cual daba más simetría a sus movimientos. Como en un espejo, ambos estiraron el brazo hacia adelante apuntando al suelo, llevaron el florete a su rostro y lo volvieron a bajar, sin dejar de mirarse. El espadín parecía una prolongación de su mano. Después se giraron hacia mí y repitieron el saludo con sincronía milimétrica, a pesar de que no se veían.

Nunca había visto esgrima en directo y la verdad es que era un espectáculo impresionante, aunque probablemente, el hecho de que Sergio se batiera en duelo con Ahren le daba muchísima más emoción. No tenía ninguna duda de por quién apostar.

Empezaron tanteándose, apenas se tocaban, estaban midiéndose, pero pronto calentaron motores. Sus movimientos eran elegantes, medidos y precisos. A momentos grandilocuentes, avanzando rápido de un lado de la pista al contrario. Otros, cortos, como comedidos, buscando el pequeño despiste que les diera el tanto. Como una coreografía perfecta, estudiada y repetida con pequeñas variaciones, que dejaba claro que no era su primer duelo.

Llevaban los puntos a gritos cada vez se tocaban en el chaleco. Aunque no les entendía, hablaban en alemán, sabía que Sergio estaba ganando. No necesitaba escucharles para eso, le conocía lo suficiente para saber que su carácter competitivo no le permitiría otra cosa.

Pararon, Sergio dejó su florete en el suelo y se acercó a mí. Me levante para recibirle y antes de darme cuenta estaba en sus brazos y sus labios ocupaban los míos.

—¿Has ganado? —se sonrió.

—Todavía no hemos terminado, pero voy por buen camino. He ganado el primer asalto. ¿Lo estás pasando bien? —uff, demasiado...

—Es entretenido. No sabía que hacías esgrima.

—Aprendí en la universidad. Vuelvo enseguida.

En cuanto Sergio empezó a andar camino a los aseos, Ahren apareció detrás de él, apoyado en su florete. Respiré profundamente antes de impostar mi mejor sonrisa.

—*Vaya, tienes mucho mejor cara. Parece que has pasado una muy buena noche.*

—*No me puedo quejar.*

Se enderezó y comenzó a caminar lentamente hacia mí, mientras me dedicaba una media sonrisa capciosa.

—*¿Disfrutas del espectáculo, princesa?*

¿Cómo coño conseguía que cualquier frase tuviera un doble sentido malicioso? Respiré profundamente antes de contestar.

—*No está mal.*

—*Ya...* —dijo con su sonrisita ladeada. —*Normalmente no aceptamos público. Aunque es agradable tener una fan —preferí ignorar lo que intentara decir con eso.*

—*¿Llevas mucho tiempo haciendo esgrima?*

—*Desde el instituto, era la optativa más sencilla. Pero lo retomé hace tres años, cuando se me ocurrió comentárselo* —se refería a Sergio. —*Desde entonces practicamos todos los sábados por la tarde, antes de...* —no terminó la frase, lo dejó caer como si hubiera sido un despiste, aunque un brillo perverso en su mirada anulaba su expresión inocente. Estaba muy claro lo que hacían después de ese subidón de testosterona.

—*¿Alguna vez has ganado?*

—*Tal vez no he tenido el estímulo adecuado...*

Sergio volvió a ocupar su lugar, Ahren se giró hacia él y la exhibición comenzó de nuevo. Esta vez luchaban mucho más rápido, intentando hacer caer al otro en un error con figuras cada vez más complicadas. Se estaban animando hasta el punto que me costaba distinguir los filos de sus floretes.

Hablaban mientras peleaban, imaginé que se estaban picando. Su rivalidad era patente aunque también era evidente que se estaban divirtiendo. Les miraba embobada, sin perder detalle de cada uno de sus movimientos.

Y en un giro inesperado, Sergio dio una vuelta rápida con su florete al de Ahren, y lo lanzó hacia arriba. Había logrado desarmarlo. Estiró el brazo apuntando al corazón de su adversario con la punta hasta que el acero hasta se curvó. Ahren se llevó la mano al pecho y se tiró al suelo, como si estuviera herido de muerte. Me puse de pie para aplaudir y los dos repitieron su saludo hacia mí. El espectáculo había terminado.

XXIII

Hay algo fascinante en la nieve que hace que no puedas dejar de mirar cómo cae, lentamente, casi ralentizada, abstrayendo cualquier pensamiento y convirtiéndolo en banal y carente de importancia. El espectáculo tras la ventana reclamaba continuamente mi atención, mientras tenía delante de mí la tarea más tediosa, aburrida y repetitiva del mundo, la parte que más odiaba de mi trabajo, y que precisamente por eso, siempre relegaba al último minuto.

Apenas había avanzado después de más de una hora tumbada en la cama con el portátil trabajando en los malditos informes. No me había quedado más remedio que prometerle a mi jefe los terminaría durante el fin de semana a cambio del viernes libre. Y esta vez ni siquiera podía culpar a Sergio, que estaba aprovechando para organizar las cosas que quería que volvieran con él a Dublín.

Cualquier excusa servía para distraerme. Recordé la palabra que había dicho en la cena y que había vuelto a repetir el día anterior. Era algo como “shenei”. Se había negado en rotundo a decirme su significado. Tras diez minutos desperdiciados en un traductor de chino online probando diferentes combinaciones de letras, decidí dejar de perder el tiempo.

Incluso el ordenador parecía querer rebelarse ante el trabajo. Los programas tardaban siglos en abrirse, las teclas no respondían, el cursor iba ralentizado... De repente, decidió que era el momento de tomarse un descanso y la imagen de la pantalla se oscureció hasta apagarse.

Salí corriendo en busca de mi salvador, portátil en mano, y le encontré en el comedor. Traté de explicarle, en medio de un ataque de nervios, lo que había ocurrido. Sin embargo, solo me miraba tranquilamente con una media sonrisa que me estaba desquiciando.

—Preciosa, déjalo sobre la mesa. Le echaré un vistazo cuando termine. ¿Has guardado lo que habías hecho? —preguntó con deje condescendiente. Asentí orgullosa, aunque al segundo me atacó el remordimiento por lo poco que había adelantado. —Muy bien. Mientras, puedes usar el mío.

Dejé mi portátil sobre la mesa y cogí uno de los suyos, el que parecía más viejo, sin prestar atención.

—Ese no —su voz profunda me asustó, aunque no había llegado a gritar.

—Lo siento, mi Amo —todavía estaba paralizada en el sitio cuando sentí el calor de sus labios desembocando en un dulce beso en mi hombro.

—No tienes que sentirlo —murmuró en mi oído —pero eres demasiado peligrosa como para dejarte el ordenador con todo el trabajo del último año.

—Deberías tener una copia de seguridad, mi Amo —traté de imitar su tono.

—Ya, sobre todo si vas a estar cerca... —desde mi espalda estiró el brazo, cogió el otro portátil y lo dejó en mis manos. —La contraseña es Aralc.

Solo cuando lo tecleé, me di cuenta de que era mi nombre al revés. Mi cara, en primer plano, fue lo primero que apareció en su pantalla, sonriendo, mirando al lado izquierdo. No tenía ni idea de cuando había sacado aquella foto. Más de una vez le había sorprendido haciéndome fotos, cuando no me daba cuenta, y he de reconocer que me sentía halagada. Pero no había nada

alrededor que me permitiera identificar cuándo o dónde se había tomado.

De vuelta al trabajo, mi cabeza se perdía repasando las conversaciones que habíamos tenido desde nuestra llegada a Berlín. Intentaba concentrarme pero mi mente me boicoteaba. Me devolvía su voz, especialmente con las partes más dolorosas a las que hasta ahora no había querido dedicar ni un minuto. Analizaba exhaustivamente cada frase, diseccionando hasta los matices más nimios, intentando recordar la expresión de su cara, explorando todos los posibles significados ocultos. Pero lo que más pesaba era lo que no había dicho.

Nunca había conocido a nadie como él y cuanto más me adentraba en su mundo, más me desconcertaba y más me enganchaba. Su seguridad era tan desbordante que llegaba incluso a crear una extraña dependencia. Sin embargo, Sergio no era el único protagonista de mis pensamientos. Alice... ¿Qué podría contarme para que Sergio mostrara preocupación?

Si había un beneficio que no le podía conceder a Sergio era el de la inocencia. Él sabía perfectamente a lo que se exponía si le pedía algo a Alice. Y aun así, lo intentó. También podría haberme prohibido hablar con ella, pero eso solo habría sido una incitación a desobedecerle.

Al cabo de otra hora muy poco productiva, me había puesto los cascos para escuchar a Clare Teal; un poco de jazz me ayudaría a centrarme. Por lo menos, me había ayudado a dejar de pensar y a escribir más rápido... aunque solo durante un corto periodo de tiempo.

Ciertamente, había avivado mi curiosidad. ¿Era posible que algo de lo que Alice me dijera me apartara de Sergio? Y si así era, ¿realmente quería saberlo?

De repente, la fina tela de hilo del camión subió por la piel de mis muslos dejando al descubierto mi trasero, y casi di un salto en la cama del susto. Me giré y le vi. La risa en su boca por mi reacción se fue sustituyendo lentamente por una expresión mucho más libidinosa. Con un gesto me indicó que no me moviera, y retrocedió dos pasos para observarme mejor.

Le recorrí de abajo a arriba. Desde sus pies descalzos, subiendo por los viejos pantalones de deporte negros que se había puesto para ir cómodo por casa, y que llevaba lo bastante bajos como para poder apreciar sus oblicuos, su exquisito torso descubierto, y finalmente, su cara, con el pelo despeinado, cayendo a mechones sobre ella. Su mirada era abrasadora.

Se acercó a la cama. Acarició la parte baja de mi espalda, donde los restos de tinta aún leían su nombre de su puño y letra. Desconectó la clavija de los auriculares del ordenador, y Blues In The Night se oyó en toda la habitación.

—¡Muy sensual! ¿Es ésta la música que utilizas siempre para trabajar? —me preguntó sugerente. Me quité los cascos y los dejé a un lado.

—No creo que haya sido muy buena elección, mi Amo. No he adelantado mucho.

—Ya. No me extraña. Tu ordenador ya funciona, le estoy instalando un antivirus. Deberías proteger tus archivos. No tienes ningún sistema de seguridad en tu ordenador.

—Mi Amo, no tengo nada importante.

—Bueno, yo creo que tienes algunas fotos muy interesantes... —no consiguió asustarme. Me reí con él. Nunca me había hecho fotos de ese tipo. —No te preocupes, ya lo he corregido. Sigue trabajando, no pares.

Se sentó a mi lado, a mis pies, y mientras yo intentaba teclear algo que tuviera sentido, sus dedos deambulaban indolentemente por mis gemelos y la parte posterior de mis rodillas. La suave cadencia de sus caricias consiguió despejar de mi mente todas mis elucubraciones, restableciendo con su indulgente tacto mi maltrecha paz interior. Me volví para ver su cara, parecía perdido en algún pensamiento. Que no hubiera dado por saber lo que se pasaba por su cabeza.

—Gírate. Estás trabajando. —¡Pillada!

Terminar el informe que estaba escribiendo me costó el doble de tiempo de lo habitual. Como parte de una rutina adquirida, en cuanto lo acabé, me metí en mi correo de la empresa para enviármelo. Era mi forma de asegurarme de que no lo perdía o sobrescribía, o que no se borraba cuando mi portátil tenía el día temperamental.

—¿Hotstuff? —su voz grave me sobresaltó justo cuando acababa de escribir mi contraseña.

—Es una broma de mi jefe, mi Amo.

—¿Tu jefe te puso hotstuff como contraseña en tu correo?

—Sí... —¡mierda! —es solo una tontería, mi Amo.

—¿Una tontería? —su voz dejaba muy claro que le parecía lo bastante importante como para no dejarlo correr.

—Lo configuró el primer día... Mi Amo, no...

Intenté girarme hacia él para explicárselo, pero en cuanto empecé el movimiento, apoyó su mano en mi espalda, inmovilizándome contra el colchón.

—Sigue trabajando, preciosa. No te va a dar tiempo a terminar —no le dio más vueltas, aunque no me creí ni por un momento que le hubiera convencido.

Sus caricias se volvieron mucho más dedicadas. Sus dedos abnegados rozaban mis muslos, deslizándose desde el exterior hacia el interior, y escalando lentamente hasta el borde de mis nalgas. Sucumbí a su tacto mientras su mano reptaba entre mis piernas. Empezaba a tener problemas para pensar, solo quería olvidarme del mundo y dejarme llevar por sus roces.

Pero en cuanto el sonido de las teclas cesó, me azotó con fuerza para llamarme la atención. Seguí escribiendo reticente, al menos, parecía no querer dejar su recién conquistada posición y ahora mimaba con su palma el lugar que acababa de calentar. De forma consciente o no, solo lo estaba empeorando. Ya me costaba escribir correctamente las palabras y la tecla a la que daba más uso era la de borrar.

Mis piernas se separaron instintivamente cuando comenzó a abrirse camino entre mis muslos. Sus dedos empezaron a estimularme suavemente. Otro azote. Estiré los brazos apartando el ordenador hasta dejarlo fuera de mi alcance, quería declarar mi intención y me daba igual los azotes que conllevara.

—Mi Amo, por favor, quítate los pantalones.

—No, preciosa. No te voy a follar hoy. Todavía es demasiado pronto.

—Ya casi han pasado los dos días, mi Amo —sentí el movimiento de su cabeza negando en mi espalda.

—Tú lo has dicho, casi. Casi no es suficiente. Solo hay una forma en que podría hacerte mía hoy, y desgraciadamente aún no te he preparado.

Sus dedos subieron y tras unas dulces caricias en el perineo, continuó con rumbo preciso. Mi sexo había empapado las yemas de sus dedos, lubricándolas. Abrí las piernas y levanté ligeramente mis caderas para facilitarle el acceso. Le necesitaba tanto dentro de mí que le ofrecería sin dudar lo que quisiera tomar.

—Deseas que lo haga, ¿verdad? —ronroneó pegado a mí.

—Deseo complacerte.

—Lo sé —dos dedos me atravesaron bruscamente. —Me encanta oírte gritar.

Sus dedos se movían dentro de mí, abriéndose hueco, atormentándome, y aun así, mi culo seguía levantado. Prefería su dolor a nada.

—¿Has hecho lo que te pedí? —asentí con la cabeza, me negaba a repetir lo que me había pedido que hiciera cuando me duchara. —¿Cada vez?

—Sí, mi Amo. ¿Me concedes permiso para preguntar?

—Concedido.

—¿Siempre te lleva tanto tiempo preparar...

—No. —Se acostó sobre mí para hablarme al oído y su peso en cierto modo me calmó. — Yo no suelo practicar sexo anal, Clara. No es lo que más me gusta. Cuando lo he hecho ha sido como castigo, y desde luego nunca me he tomado la molestia de preparar a nadie.

No seguí preguntando. Sabía las respuestas. Tumbada en la cama, cubierta por su cuerpo todo parecía tener sentido.

Salió de mí con todo el cuidado que no había puesto al entrar. Se levantó de la cama y le vi caminar hasta su armario. Volvió con unos de sus calzoncillos. Le seguía con la mirada intentando descubrir sus intenciones, pero su cara era impasible. Mientras subía su ropa interior por mis piernas, habló.

—Quiero que los empapes, preciosa —su mano apretó la tela contra mi sexo, arrancándome un sonoro gemido. —Voy a llevarlos esta tarde y quiero que huelan a ti.

- 0 -

La puerta de la habitación se abrió y Sergio entró. Rápidamente, bajé de la cama para ponerme de rodillas frente a él. La sonrisa de satisfacción que cubrió su cara llegaba hasta sus ojos. Detrás de él, entró Ahren. Iba a ponerme de pie, cuando su voz me frenó.

—*No te muevas, Clara —su mirada dura pesaba sobre mí. Todavía consternada por su facilidad para predecir mis intenciones, abrí la boca para quejarme, pero antes de que pudiera articular ningún sonido añadió —... y no hables.*

La indignación crecía dentro de mí por segundos, y mi cara lo dejaba muy claro. Aunque no la oía, podía imaginarme la sonrisa burlona de Ahren. Tampoco la veía. Toda mi atención, y mi furia, estaba concentrada en mi Amo, que me aguantaba la mirada, desafiándome a desobedecerle, mientras se acercaba a mí. Se paró a menos de medio metro de distancia de forma que tenía que alzar la cabeza para verle.

—*Ahren es mi mejor amigo. Él sabe que me perteneces. A partir de ahora, te comportarás y me obedecerás como siempre cuando él esté presente.*

—Pero m..

—*Te he ordenado que no hablaras* —su voz firme me aplacó y cerré la boca al instante. Pero eso no era suficiente. Su expresión y su postura me dejaban muy claro lo que estaba esperando.

Comencé a moverme reticente. A pesar de mi cabreo, no me atrevía a enfadarle. Separé las rodillas, levanté el culo hasta que estuvo a un palmo de mis tobillos, entrelacé mis brazos a mi espalda y bajé la cabeza. Mi posición de castigo.

Sin poder evitarlo, miré furtivamente a Ahren. No podía soportar la idea de que estuviera disfrutando con mi humillación. Pero su cara me sorprendió. Su expresión reflejaba respeto por lo que estaba viendo, por mi sumisión. Apenas alcancé a verle medio segundo pero su rostro, sin su acostumbrada sonrisita, ganaba mucho.

Era más que consciente de que estaba roja. Toda la sangre de mi cuerpo bombeaba violentamente en dirección a mi cabeza hasta el punto de sentirla palpitar. Mi vista no se volvió a

alzar del suelo, de los pies descalzos de Sergio, pero la presión de los dos pares de ojos sobre mí me mortificaba. Me sentía diminuta y, al mismo tiempo, la inmensidad de mi presencia parecía ocupar toda la estancia. Solo quería desaparecer, deseaba que la tierra me tragara.

Sin embargo, eso no era lo peor. La situación me estaba excitando y eso sí que me superaba. Mi sexo se humedecía con cada orden. No entendía porque mi cuerpo reaccionaba de la forma en que lo estaba haciendo, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—*Mucho mejor. Ahora levántate* —obedecí su orden sin dejar de mirar al suelo; temía que mi cara pudiera revelar algo más que mi vergüenza. Su mano me apartó el pelo de la cara, acariciándome la mejilla, y terminó su movimiento en mi barbilla, llevándola suavemente hacia arriba. —*Dilo, Clara.*

Le miré, después me giré a Ahren y volví a él, suplicante.

—Sergio, por...

—*Amo* —su voz severa me corrigió.

—*No parece muy sumisa.*

Ahren... Me alegré de no tener el poder de fulminar con la mirada, porque no creo que lo hubiera podido controlar. Lo que más me enfurecía era que hablara de mí con Sergio como si yo no estuviera presente. Me dedicó una de sus sonrisas como respuesta. Mi atención volvió rápidamente a mi Amo.

—*Clara está aprendiendo y es mi placer adiestrarla* —sus ojos no se movían de mi cara. No había traído a Ahren para demostrarle nada, le estaba utilizando para demostrármelo a mí. Estaba esperando y no desistiría hasta que obedeciera su orden. —*Si es necesario, te castigaré en este mismo momento.*

—*Mi Amo...* —pero no podía seguir. Estaba bloqueada.

—*Muy bien* —me alentó. —*Ahora dilo.*

—*Mi Amo...* —*cerré los ojos, intentando evadirme, y empecé a hablar rápido* —*Haré y diré lo que ordenes cuando tú quieras y acataré tus reglas cuando tú quieras... para complacerte.*

—*Precioso* —la voz de Ahren a mi izquierda, me hizo volver a la realidad y abrir los ojos. Lo primero que apareció ante mí fue el rostro de Sergio. Pese a su esfuerzo por esconderlo, podía apreciar un centelleo en sus ojos. Era orgullo. Estaba orgulloso de mí.

—*Así lo harás* —*fue su respuesta.* —*Ahora recoge tus cosas y prepárate. Ahren nos llevará al aeropuerto.*

Todavía me temblaban las manos cuando abrió la puerta y Ahren salió delante de él. Me giré para empezar a recoger pero sus brazos me detuvieron en seco. Deslizó su mano por mi cuerpo hasta meterse por debajo de mi vestido, de su ropa interior, y alcanzar mi sexo. Sus dedos me examinaban exhaustivamente. Era imposible disimular la humedad. Su sonrisa se formó en mi cuello mientras su murmullo en mi oído me ponía el pelo de la nuca de punta.

—Buen trabajo, preciosa. La próxima vez que tenga que repetirme una orden, te azotaré hasta que me duela la mano... y no me va a importar que no estemos solos.

XXIV

Sergio dice:
¿Cómo llevas el día?

De regreso a Dublín, la euforia había dado paso a las dudas, y en el momento en que más afianzada se encontraba nuestra relación, más confusa estaba. Por primera vez, me estaba planteando si debía estar con Sergio. Lejos de tener algún sentido, la inutilidad de mis divagaciones las hacía absurdas, irrelevantes y hasta ridículas, ya que ahora tenía el convencimiento de que una orden suya bastaba para que me humillara ante él, como había hecho solo unas horas antes.

Clara dice:
Encerrada en la
oficina. Intentando
terminar todo el
trabajo que no hice el
fin de semana

Apenas nos habíamos dirigido la palabra en el viaje de vuelta de Berlín. Ni siquiera sabía si estaba enfadada; no tenía un nombre para mi estado de ánimo. Estaba demasiado ausente digiriendo lo que había ocurrido y solo intentaba apartarlo de mi mente, como si pudiera hacerlo desaparecer. Tenía la excusa perfecta: acabar los malditos informes, que utilicé para abstraerme hasta que conseguí borrar todo lo que me rodeaba. Por una vez, él decidió dejarme espacio.

Sergio dice:
Valió la pena.
Tengo ganas de verte.
¿A qué hora sales?

Tan pronto como pisamos Dublín, con un pequeño gesto, había vuelto a ganarme.
—Dijiste que era demasiado grande —seguía sin poder cerrar la boca cuando me descolocó con una rápida mirada cariñosa. —Lo conduces tú la mayor parte del tiempo, quiero que te sientas cómoda.
—Cuando dije más pequeño, no me refería a... esto.
—Solo prométeme que tendrás cuidado, este es más potente.

Clara dice:
Me echa de menos?

Mientras observaba el coche aparcado delante de nosotros, no veía el flamante deportivo color cereza que había alquilado en lugar de su habitual enorme Jaguar oscuro. Ante mí solo veía la atención que ponía Sergio a todo lo que le decía y sobre todo el tiempo que había invertido, en un momento en que se quitaba horas de sueño para terminar su trabajo, en buscar mi coche perfecto. Y como no, había dado en el clavo.

Sergio dice:

...

Sin embargo, por la noche, en la soledad de la cama, todos los pensamientos que había conseguido acallar por la tarde, volvieron para golpearme con más fuerza. En ningún momento había considerado la dominación, y lo que conllevaba, como un problema, sino todo lo contrario. Era un juego apasionante que me excitaba. Demasiado. Sergio había creado un mundo a mi medida en el que de una forma u otra siempre disfrutaba de mi sometimiento.

Clara dice:
No lo sé. Hoy es un
día complicado...

Y ahora, que por primera vez no me planteaba lo nuestro como una aventura pasajera, me daba cuenta de que era un juego demasiado peligroso, que no tenía límites. Ni lugares, ni horarios, ni reglas, al menos para él. Ninguna restricción que yo le intentara imponer. No lo aceptaría simplemente porque iba en contra de todo lo que yo le había jurado. La vulnerabilidad de mi situación se veía agravada no solo porque no podía evitarla, sino porque la disfrutaba, la deseaba y la fomentaba.

Sergio dice:
Te estaré esperando.

Me había dejado muy claro lo que significaba para él, pero eso no hacía sino incrementar mis temores. Empezaba a sospechar lo sencillo que resultaba para él alterar mi percepción de la realidad, filtrando sus emociones, retorciendo sus palabras, para hacerme llegar la dosis adecuada y exacta. Sabía que Sergio no me mentiría, pero tampoco me diría la verdad, al menos no toda. Ese era un bien demasiado valioso y él lo sabía suministrar magistralmente en el instante adecuado para conseguir sus objetivos.

Clara dice:
Ha surgido un
imprevisto
Tengo que ir a

encargarme de un asunto
urgente en Portmarnock
Intentaré volver lo antes
posible

Y en este punto, lo que más me intrigaba era lo que no me decía. Hasta el momento había demostrado conocer muchos detalles sobre mi vida anterior. Demasiados. Y aunque ahora podía entender la razón, no podía dejar de preguntarme que más sabía.

Sergio dice:
No corras.
Te veo luego, preciosa.

Puede que para mí hubiera empezado siendo solo un juego excitante, pero para Sergio nunca había sido eso. Sin saberlo, había formado parte de un plan trazado por él mucho antes de conocerle, y ahora, aun sabiéndolo era incapaz de frenarlo. Desde el principio había estado en inferioridad de condiciones, y eso no había cambiado en ningún momento.

Clara dice:
Ok

Sergio había resultado ser el perfecto botón de muestra de la reiterada frase de mi madre: En el pecado llevaba la penitencia.

- O -

—¿Ahora robas?

—Yo no he sido.

—Mentir no te va a ayudar. Si hay alguna forma de que podamos encontrar una solución, tendrás que empezar por decirme la verdad.

—Te he dicho que yo no he sido.

Estaba sentado en la sala de profesores cuando llegué. Parecía más pequeño tras la gran mesa de madera de roble que ocupaba casi toda la estancia. Pero, la verdad es que solo era un crío de trece años. Cuando me había llamado el director para contarme lo ocurrido, no había querido creerle. Sin embargo, ahora que le tenía frente a mí, negándolo mientras me esquivaba la mirada, no tenía ninguna duda de su culpabilidad.

—Pablo, ¿sabes las consecuencias que puede tener esto?

—Me da igual.

—Mírame —me sorprendí copiando sus técnicas. Me obedeció.

—No me importa que me expulsen del instituto. De todas formas, no quiero seguir estudiando

—y eran efectivas. Estaba hablando.

—Que te expulsen del instituto es el menor de tus problemas ahora mismo. Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad?

—No pueden probarlo. No tienen pruebas —su voz insegura manifestaba su miedo. Había dejado atrás su actitud altanera y ahora me estaba escuchando.

—Si ponen una denuncia, la policía abrirá una investigación. ¿Cuánto crees que tardarán en encontrar evidencias?

—No encontrarán nada.

—Ya está bien —me levanté y apoyé las dos manos sobre la mesa más ruidosamente de lo que pretendía. Se sobresaltó. —Lo has hecho. Yo lo sé, el colegio lo sabe y la policía también lo sabrá. El ipad que has robado cuesta más de seiscientos euros. ¿De verdad quieres pasar una temporada en el reformatorio por esto?

Por un segundo, me desconcentré. Mi obsesión estaba empezando a descontrolarse, hasta el punto de que me había parecido ver la sonrisa de Sergio en la ventana. Cuando volví a mirar solo vi al equipo de rugby que entrenaba en la pista, a pesar de la llovizna. Estaba empezando a oscurecer.

—No.

—Si se lo devuelves y pides perdón, puede que convenza a tu profesora para que no ponga la denuncia.

—No. Sí que la pondrá. Es una zorra y me tiene manía —se disculpó antes de darme tiempo a abrir la boca. —Perdón. Pero solo quiere que confiese para poder denunciarme.

—Ahora ya está hecho y no tienes otra opción que confiar en mí. ¿Dónde lo has guardado?

Se quedó en silencio. Supongo que estaba considerando si le quedaba otra salida, pero prácticamente había confesado, y sabía que no iba a salirse con la suya. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la llave de una taquilla.

—Ya han registrado tu taquilla y no está allí.

—No es la mía, es la de mi chica.

—Genial —no podía ocultar mi decepción. —¿Ella te ha ayudado? ¿Lo sabía?

—No. Ni siquiera está hoy en el colegio, está enferma en casa. Me hizo una copia.

—¿Para qué? —no hubo respuesta. —Podrías haberla metido en un buen lío. ¿No has pensado que podrían haberlo encontrado en su taquilla?

Silencio. Al menos su cara se había descompuesto al darse cuenta.

Después de devolverle la tablet a la profesora, de conseguir que murmurara unas poco sentidas disculpas, y de una larga reunión con el director para convencerle de que no le denunciaran, volví a la sala de profesores con Pablo para comunicarle su sanción: una semana de expulsión, que se convertiría en permanente a la más mínima falta.

Casi me temblaban las piernas mientras le veía salir de la sala. Recogí mis cosas, me puse el abrigo, y cuando estaba cerrando la puerta, escuché su voz a mi espalda.

—Sí que vas a tener carácter después de todo —me giré rápidamente y miré a mi alrededor. Estábamos solos; por suerte el pasillo estaba desierto. —Aunque yo te prefiero sumisa.

—No puedes estar aquí.

—Entonces será mejor que no me vea nadie. Ven.

Le cogí de la mano y me encaminé hacia la salida, pero tiró de mí en sentido contrario. No tenía ni idea de lo que pretendía. No me dio opción a preguntarle. Caminaba decidido por el pasillo principal, llevándome con él.

De repente, frenó. Se quedó congelado dos segundos, miró a su alrededor y abrió la puerta de un aula que quedaba a su derecha. Me metió detrás de él, cerró la puerta cuidadosamente, me colocó contra la pared y me cubrió con su cuerpo.

—¿Qué... —su mano tapó mi boca.

“Shhh.” Oí a un par de personas en el pasillo camino de la salida. Mi corazón iba a mil por hora. Iba a pasar un mal rato si tenía que explicar por qué mi “novio” estaba en las instalaciones del instituto. Sobre todo, porque yo no tenía ni idea. O peor, las ideas que tenía no eran buenas. Nada buenas.

Las voces se fueron apagando. El peligro había pasado, al menos el más inmediato. Bien sabía que la amenaza que tenía frente a mí acorralando mi cuerpo, era mucho mayor que cualquier persona que pudiera abrir la puerta.

—Hola, preciosa —captó mi distraída atención con un susurro grave.

Su boca sustituyó a su mano con un beso arrollador que transformó todo el estrés que había acumulado en la última hora, toda la agitación de los últimos minutos, en calor, en humedad, y sobre todo en necesidad. Su mano derecha acariciaba mi espalda, pero cuando me di cuenta de su verdadera intención ya era demasiado tarde. Sus dedos ágiles habían tardado apenas un par de segundos en desabrocharme el sujetador.

—Dámelo —ordenó.

Empecé negando con la cabeza, pero acabé obedeciéndole. Se guardó mi sostén en un bolsillo después de olerlo, y dio un suave toque a mis pezones con los pulgares para que se marcaran a través de la tela del vestido.

—¿Puedo preguntar? —aun entre susurros mi voz sonaba claramente alterada —... mi Amo.

—Eso está mucho mejor. Lo sabes hacer tan bien cuando quieres... —sus labios se movían sensualmente a consciencia. —Dime preciosa, ¿qué quieres saber?

—¿Qué...? ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo...? —pasó su pulgar por mis labios.

—Solo una.

—¿Qué haces aquí, mi Amo? —la sonrisa maliciosa que esbozó no dejaba el más mínimo lugar a la duda sobre su propósito.

—Llevo dos días contando los minutos. No puedo esperar ni un segundo más. Necesito tenerte ya.

—Mi Amo, no podemos... aquí no... no puedo... —solo conseguía tartamudear sin llegar a completar una frase coherente.

De repente, ya no me preocupaba cómo me había encontrado, solo el porqué.

—Tranquila, preciosa. No voy a hacértelo aquí —respiré hondo de alivio, demasiado pronto. —He encontrado un rincón más resguardado.

—Por favor, mi Amo. ¿No podemos ir a otro sitio? Por favor...

—Preciosa, tus súplicas solo me están poniendo más cachondo. ¿Nunca lo has hecho en un instituto? —negué con desesperación. Eso no iba a ayudar. —Vaya, ¿así que eras una chica buena? No lo pareces. ¿Qué te ha pasado?

—Malas compañías...

—Tendremos que arreglarlo. Al fin y al cabo, te pasas el día entrando y saliendo de ellos. Voy a asegurarme de que te acuerdas de mí cada vez que pongas el pie en uno. —Comprobó por la ventanilla de la puerta que ya no había nadie en el pasillo. —Ya está despejado. Vamos.

Tiró de mí y le seguí sin oponer resistencia. Caminaba moviéndose con sigilo por el laberinto que formaban los pasillos, como si supiera el camino. Abrió una puerta de contrachapado

metálico con un pequeño letrero que rezaba “*BOYS —SENIOR STUDENTS*” y, poniéndome delante de él, avanzó remolcándose adentro. Su impetuosa erección se clavaba en mi espalda. Cerró la puerta con muchísima cautela para no hacer ningún ruido.

Estábamos en los vestuarios de chicos. No me dio tiempo a reaccionar. Cruzamos la zona de las duchas y continuó hasta uno de los cubículos. El reducido espacio cuadrado era austero y funcional, completamente blanco, con un único detalle, una balda de madera enfrente de la puerta que iba de lado a lado y hacía las veces de banco.

Cerró la puerta, pasó el pestillo y me arrasó con una mirada feroz antes de acorralarme con su cuerpo contra la pared. En ese momento fui consciente de la escasa protección que me ofrecía el vestido cruzado en el pecho que había elegido. Un endeble lazo en el lateral me separaba de estar completamente desnuda ante él.

—Por favor... —mi súplica era vacía, casi más un ronroneo para provocarle. Ya había aprendido a aceptar las decisiones de Sergio como irrefutables. Si él quería hacerlo, nada se lo impediría.

—Preciosa, lo estás deseando más que yo —como siempre, tenía razón.

Mi sexo le echaba de menos y mi cadera ya se estaba impulsando hacia adelante en su busca. No sabía si era por lo inapropiado del sitio, por el riesgo a ser pillados, o simplemente por el morbo del escenario, pero toda la situación estaba envuelta por un halo de prohibido y peligroso que había despertado mis instintos más primarios tan pronto como la había aceptado como inevitable.

—¿Así que esto es lo que hacías en el instituto, mi Amo? ¿Llevabas a las chicas a un rincón escondido para conseguir de ellas todo lo que querías?

Apartó un mechón de mi pelo, que se había soltado de mi recogido y caía en mi cara, y lo atrapó entre sus dedos índice y corazón. Pensaba que lo iba a colocar, pero le dio una vuelta en su mano, enrollándolo, y lo utilizó para atraerme hacia él. Ahora no tenía más remedio que seguir el camino que me marcaba, o sentía su tirón directamente en mi cuero cabelludo.

—Básicamente —tiró y acercó su boca a la mía. Sentí sus ganas, pero la pasó de largo hasta que llegó a mi oreja. —Y ahora tú me complacerás, ¿verdad? —la sombra de una barba que empezaba a crecer en su mejilla raspó toscamente la mía cuando asentí. —Hay algo que hace demasiado tiempo que no oigo.

—¿Ah sí? ¿Y qué es, mi Amo? —apretó la mano y comprimí un grito en un suspiro, demasiado consciente de que cualquier ruido sería mi perdición.

—Lo sabes perfectamente. Quiero escuchártelo y me lo vas a decir.

Su exigencia me estaba excitando aún más. Sabía que era lo único que me separaba de una tórrida sesión de sexo salvaje y morboso, pero había algo que me frenaba: mi amor propio, el poco que aún conservaba. Como ya me había demostrado, para Sergio, que yo me expusiera sentimentalmente era solo otra forma de dominación.

—Dilo. Ahora.

Le besé en el único punto que alcanzaba, el final de su mentón. Intentaba ablandarle. Soltó mi pelo y atrapó mi boca en un voraz beso interminable. Su lengua se movía suave y firme a la vez, sabiéndose dueña de todo lo que podía tomar.

Metí mi mano en sus pantalones en busca de esa portentosa erección que presidía mis fantasías. Sabía que me detendría pero que me inmovilizara sujetando mis dos muñecas solo con su mano izquierda, aun me puso más cachonda.

—Mi Clara —su susurro roto me empapó. —Sé por qué te resistes a decirlo, pero a partir de

ahora me lo dirás siempre que lo sientas —hablaba a dos centímetros de mis labios, claramente conocedor del efecto que tenía sobre mí. —Lo dirás sin esperar nada a cambio. Lo dirás solo porque sabes que me harás feliz cada vez que lo oiga. Y eso, te hará feliz a ti.

Su cara de expectación, de deseo contenido, me inducía a obedecerle. De hecho, era lo único que deseaba hacer. Y no solo porque su mano estuviera reteniendo mis caderas contra la pared, de forma que me impedía sentir su contacto, sino porque quería su satisfacción, y sobre todo, la quería por medio de mis palabras.

—Te amo, Sergio —el calor de sus ojos era abrasador.

—Mi Clara... mi Zhēn'ài...

—Mi Amo, ¿me dirás lo que significa? —chasqueó la lengua negando con una sonrisa traviesa. No duró mucho. Su expresión se transformó rápidamente. Estaba estudiando la forma más rápida de deshacerse de mi vestido.

Sus manos ya estaban subiendo por los muslos separando los dos trozos de tela que habían sido mi falda. Toda mi reticencia era ahora colaboración. Encajó su pierna derecha entre las mías, apoyando su rodilla en la pared, y la subió hasta que topó con mi sexo. Su forma de tocarme era brusca pero calculada. Siguió levantándola hasta que mi único punto de apoyo era su rodilla y sentía toda la presión de mi cuerpo en mi entrepierna.

Me sentí como una mariposa colgada de la pared solo para que él me observara. Y eso era lo que hacía. Su mano derecha me retiraba el pelo de la cara con una caricia y la izquierda sujetaba mi cintura contra la pared, mientras su muslo friccionaba suavemente entre mis piernas, subiendo la temperatura de todo mi cuerpo. De repente, un rudo movimiento de su pierna hizo que todo mi mundo temblara, arrastrándome al borde del orgasmo.

—Shhh —ni siquiera era consciente de que estaba gimiendo hasta que me hizo callar. —Vas a tener que hacer un esfuerzo para ser silenciosa. ¿Lo harás por mí? —sus labios seductores se movían juguetones delante de mis ojos.

Asentí sin pensar. Me hubiera comprometido a cualquier cosa con tal de que no parara.

Tiró de la tela del escote cruzado y mis pechos se escaparon del vestido. Empezó a acariciarlos con una serena tranquilidad mientras mi cuerpo temblaba en tensión suplicando que por fin me diera el golpe de gracia.

—Mi Amo, por favor, me das...

—Todavía no. Pienso disfrutar de este momento, y desde luego, voy a estar dentro de ti cuando explotes.

Sus labios voluptuosos se abrazaron en torno a mi pezón derecho. Su mano izquierda subía por mi muslo derecho, levantó mi pierna y la guio hasta que apoyó mi pie en el banco. La sujeción de su rodilla desapareció, y llegué a tocar el suelo con las puntas de los dedos del pie izquierdo antes de que su mano reanudara su camino por el interior de mi muslo y dos dedos me penetraran. Adivinando mi reacción, su mano tapó mi boca a tiempo para acallar mi gemido.

Paró. Giró la cabeza a ambos lados como si buscara algo. Solo entonces fui consciente del vocerío del equipo de rugby entrando en el vestuario después del entrenamiento. Le miré asustada, sus ojos brillaron con lascivia. Rápidamente se descalzó, subió sus zapatos al banco, y levantó mis pies del suelo.

Antes de que pudiera reaccionar, su mano izquierda tapó mi boca con fuerza. Bajó la cremallera de su bragueta y el ruido se perdió en el bullicio del ambiente. No llegué a verla, solo la sentí directamente clavándose en mí, despacio.

Aunque hubiera intentado oponerme, me habría sido imposible. No solo porque con cualquier

ruido o voz nos hubiera delatado, sino porque todo su cuerpo me sujetaba, sin dejar ninguna opción a cualquier movimiento. Solo me poseía.

Empujaba con ansia. Cada vez con más fuerza. Entre los gritos de los jugadores, los chorros de las duchas, los chirridos de puertas de taquilla abriéndose y cerrándose, le oía susurrar mi nombre en mi oído.

—Lo quiero todo, y lo tomaré. Cuando yo quiera y donde yo quiera.

Me dejé llevar por sus palabras. Mi excitación se alimentaba de la privación de resistencia que Sergio me dejaba. Como si mi Amo hubiera atrapado una fantasía irrealizable de mi cabeza y la hubiera llevado a cabo de la única forma posible, de la única forma en que me sentiría lo bastante segura como para poder disfrutarla. Una vez más, conseguía que me adentrara de su mano en zonas aterradoras convirtiéndolas en apetecibles y excitantes.

XXV

Estaba en modo pánico. Ya no pulsaba, ahora aporreaba en las teclas la contraseña del correo del trabajo, siempre con el mismo resultado. Y aunque era la décima vez que leía el mensaje “*Invalid user or password*” en letras rojas, lo volví a intentar.

Sergio dice:
¿Cómo va tu mañana?
Estás muy callada.

Clara dice:
Fatal!! No sé q he
hecho pero no puedo
entrar en mi correo

Sergio dice:
Ya. Puede ser un
problema con la
contraseña. ¿Por qué no
pruebas otra cosa?

Clara dice:
Como q?

Sergio dice:
Tal vez el nombre de tu
novio...

Clara dice:
Has cambiado mi
contraseña???

Sergio dice:
Cuidado.
Me parecía más
apropiada.
Disfruta de tu mañana,
preciosa.

—Clara... —no dijo nada más. Su voz, su forma de decir mi nombre, sabía perfectamente quién era.

—Hola Killian —me giré y di un paso hacia atrás, separándome inconscientemente de él.

—Solo quería pedirte perdón —respondió a una pregunta que no necesitaba ser formulada.

—Vale. No hacía falta que vinieras hasta la mismísima puerta de mi oficina para decirme eso. Podrías haberme llamado. Ya sabes, es muchísimo más rápido.

—No creí que fuera buena idea. Maeve dice que todavía estás con él. Estaba preocupado por ti.

¡Oh dios mío! No me lo podía creer. Estaba tan indignada que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—¿Que estabas qué? ¿Cómo te atreves? Envías a tu amiga a espiarme, después de lo que hiciste, y ahora vienes aquí a decirme que estabas... ¿preocupado por mí? ¿Después de dos semanas?

—Estuve aquí ayer, pero tú no estabas. Y el viernes. Y el jueves pasado, pero él te estaba esperando.

—Ya veo, así que has estado aquí todos los días...

—No, Clara. Antes de eso me estaba recuperando de la paliza que me dio el psicópata con el que estás.

—¿Qué? Killian, solo te empujó. Yo lo vi todo.

—No. Después de eso, en el jardín... Salí detrás de ti para disculparme. Y él me estaba esperando en la puerta de casa. Te busqué pero no estabas, te habías ido. Y de repente empezó a pegarme como un loco, parecía que no iba a parar nunca. Solo me decía que me alejara de ti, lo repetía una y otra vez, y que si trataba de ponerme en contacto contigo de cualquier forma, volvería a por mí. Después cogió tu coche y se fue. ¿No te lo ha contado? Estuve en el hospital tres días por la paliza que dio.

—Yo... —no sabía qué decir. Me había dejado sin palabras. No quería creerle y, al mismo tiempo, sabía que no me estaba engañando. —Maeve no me dijo nada...

—No se lo he contado a nadie. Clara, ese tío es peligroso. Si lo hubieras visto, estaba completamente fuera de sí. ¿Te ha hecho daño?

—No, claro que no —me examinó incrédulo. —Killian, no —me reafirmé. —Tú sí.

—Mi vida, escúchame —el estómago se me encogió. Siempre me llamaba así cuando quería algo, y siempre lo conseguía. —Sé que he hecho las cosas mal. Sé que la he jodido muchas, muchas veces y lo siento. Me jode haberte hecho daño. Pero estábamos bien juntos. Tú y yo hacíamos buena pareja.

Se acercó a mí y di otro paso atrás. Acarició mi mejilla y aparté la cara como si sus dedos fueran cuchillas que pudieran cortarme.

—No podemos terminar así, Clara. Sabes que te quiero. Nosotros tenemos un futuro juntos. Él solo está jugando contigo. Por el amor de dios, ¿es que no lo ves?

No le contesté. Tampoco podía darle una respuesta. Me dolía hacerle daño.

—¿Qué más quieres que haga? ¿Quieres que te pida perdón de rodillas? Porque haré lo que haga falta. —Nunca me había suplicado así, ni siquiera cuando tenía verdaderas razones para disculparse.

—Killian, si has terminado...

—No, no he terminado —respondió bruscamente, aunque al momento moderó su tono. — Escúchame, fui un estúpido. Estaba borracho, no sé lo que estaba pensando. Creí que si podía besarte tal vez... recordarías que todavía me quieres. Sé que te asusté, pero de verdad que no era lo que pretendía.

Le miré y vi el arrepentimiento en sus ojos. No había pasado tanto tiempo desde el día en que había contemplado el resto de mi vida a su lado. Le conocía muy bien, tanto que la mayor parte del tiempo no necesitábamos hablar para saber lo que pensábamos. Era tan diferente a Sergio, tan sencillo.

Lo intentó por segunda vez. Acarició mi mejilla atrayendo mi cara hacia él. Con él, las cosas eran tan fáciles, tan cómodas... Con él, sabía perfectamente a qué atenerme.

—Killian, se ha acabado. Se había acabado antes de conocerle y eso no va a cambiar, incluso si no funciona con él.

- O -

—¿Le pegaste una paliza a Killian?

Entré en su despacho como un torbellino y el ruido del portazo retumbó a mi espalda.

Ni siquiera alzó la cabeza. Solo sus ojos, oscuros por la sombra de sus párpados, me dirigieron una rápida mirada fría que me heló en menos de un segundo y volvieron a bajar a su ocupación. Me quedé frente a él, muda. Mi enfado también se había congelado y ahora solo esperaba una reacción. Después de varios minutos interminables, habló.

—Recuerdo haberte prohibido expresamente estar en contacto con Maeve.

—No he hablado con... —evité su mirada mientras respondía.

—O con cualquiera de los amigos de Killian.

—No he...

—Clara —mis ojos subieron temerosos hasta encontrarse con los suyos. —¿Con quién has hablado?

—Killian estaba en la puerta de la oficina cuando he salido.

—Killian... ya, entiendo.

Me había parecido ver una sombra de decepción en su rostro, pero no había nada cuando clavó su mirada en mí. Tan fijamente que me hizo bajar la mía.

—Vas a desnudarte, —su voz era neutra, pausada —después te arrodillarás, —su cara tampoco reflejaba ninguna emoción —y por último enumerarás los errores por los que voy a castigarte —y aun así no se me escapaba el tono desafiante.

Estaba furiosa. Su chulería había avivado la rabia que había sentido todo el camino a casa. Iba a replicarle, a gritarle... pero ya había vuelto a sumirse en su tarea. No volvería a dedicarme su atención hasta que cumpliera sus exigencias.

Tenía dos opciones, obedecerle o salir de la habitación. Puede que fuera por miedo, aunque me autoconvencí de que lo hacía porque quería respuestas. Me quité la ropa, rápida y ruidosamente, intentando taparme con los brazos. Daba igual. No desvió los ojos de la pantalla del ordenador ni una sola vez. Me coloqué en la posición de castigo. Ya solo veía el suelo.

—Te he preguntado sin pedir permiso, mi Amo —mi voz resonó fuerte.

—Muy bien. Continua —ignoró mi provocación.

Escuché el ruido del portátil cerrándose. No podía verle, no me estaba permitido levantar la cabeza o hablar sin su permiso cuando estaba en esta posición.

—No me he dirigido a ti con el respeto que mereces, mi Amo —su tono tranquilo había minado mi resolución.

—Así es. ¿Qué más?

—No debería haber dado ese portazo, mi Amo —ahora la voz casi no me salía.

—No, no deberías. Sigue.

—No se me ocurre nada más, mi Amo —me sentía empequeñecer bajo su mirada.

—Lo sabes perfectamente.

—No me has prohibido hablar con Killian, mi Amo.

—No —concedió. —Pero sabías que no quería que lo hicieras, ¿verdad? —touché. No había forma de que pudiera negarlo.

—Sí, mi Amo. Lo siento.

—Ya tendrás tiempo para eso. Ahora quiero que termines.

—Ya he terminado...

—No. Te falta lo más importante y no vas a moverte hasta que lo reconozcas. Es más, no quiero que abras la boca, si no es para decirlo.

Me quedé callada. Oía sus pasos dando vueltas a mi alrededor, acechándome. Se estaba impacientando.

—Yo no debería haberle creído, mi Amo.

—No, eso no es lo que me molesta. Lo que me molesta es que hayas escuchado su información sesgada y hayas dejado que te manipulara. Lo que me molesta es que hayas sacado conclusiones y él sea la víctima. Pero lo que realmente me cabrea es que no me hayas dado el más mínimo voto de confianza.

—Entonces lo hiciste... —mi voz era apenas un susurro.

—Sí, Clara. ¿Vas a volver a juzgarme?

Levanté la cabeza lentamente, me resistía a mirarle. Temía que sus ojos reflejaran la decepción por haberle fallado que probablemente debía sentir.

—No, mi Amo. Solo me gustaría que me contaras lo que pasó.

Dio otra vuelta a mi alrededor, como si estuviera considerando mi petición. Todos mis esfuerzos se centraban en aguantarle la mirada, hasta que se perdió a mi espalda. Le sentí moverse detrás de mí. Su repentino tacto en mi cuello me sobresaltó. Se había arrodillado y me estaba apartando el pelo hacia el lado izquierdo.

—Preciosa, eso tiene un precio. Lo sabes, ¿verdad?

Su voz, en la porción de piel de mi cuello que acababa de despejar, desencadenó un escalofrío que recorrió mi espina dorsal. Asentí aun sin comprenderle, y sus manos descendieron lentamente por mi cuerpo hasta alcanzar mis pechos. Los acarició suavemente antes de atrapar mis pezones duros con su índice y su pulgar. Sus movimientos eran pausados, como si estuviera haciendo una demostración de cómo hacerlo... hasta que apretó. Toda la deferencia que había mostrado hasta el momento se desvaneció.

—Ssshhhh —intentaba acallar mi grito, aunque sus dedos presionaban con más fuerza.

Esperó hasta que bajé el volumen de mi queja para empezar a hablar. Sus brazos sujetaban los míos inmovilizándolos contra mi cuerpo.

—Te acababas de ir y me iba a subir en tu coche para sacarlo de allí. Entonces Killian salió de

la casa, estaba buscándote, y créeme, no estaba exactamente tranquilo. Gritaba tu nombre como un loco y lo último que quería era que le escucharas, después de... Ya habías tenido bastante.

Intenté girarme, pero solo conseguí que apretara más sus dedos. Me dejó gritar. Levanté mis brazos para intentar zafarme, no podía soportarlo más. Soltó mis pezones para coger mis manos y llevarlas hasta su espalda.

—Si las mueves, dejaré de hablar. ¿Quieres escucharlo? —asentí con la cabeza. —Entonces pagarás el precio que te imponga, ¿verdad? —volví a asentir rápidamente. —No, dílo.

—Pagaré el precio que creas justo, mi Amo.

Sus manos volvieron a mis pezones consintiéndolos con una caricia antes de volver a pinzarlos entre sus dedos índice y corazón.

—Separa más las piernas. Que sepas que no voy a tocarte, no significa que no tengas que ofrecerte —le obedecí intentando apelar a su clemencia. Solo siguió. —Estaba furioso por lo que había intentado hacerte, pero entonces una idea peor se cruzó por mi cabeza. Ese cabrón sabe dónde encontrarte y yo no podía estar siempre a tu lado para protegerte. Simplemente no lo admitirías, y menos cuando tú no habías hecho nada. No era justo. Tenía que convencerle de que no se le pasara por la cabeza acercarse a ti, de que no se le ocurriera volver a intentarlo.

Sus dedos se relajaban así como iba hablando. La sensación de alivio me provocaba un placer extraño que se intercalaba con el dolor.

—Mi Amo, estuvo tres días en el hospital.

—Y está claro que no fue suficiente.

—Mi Amo...

Apretó sus dedos con crueldad y me dejó chillar. Sentía su respiración honda en mi nuca. Estaba disfrutando con mi tortura y era consciente de que mis gritos le estaban excitando. Daba igual. No iba a suponer ninguna diferencia.

—¿Crees que he sido demasiado duro con él? ¿Después de lo que intentó hacerte?

—Él dice que solo quería besarme y...

—Y tú le crees.

—Yo... no lo sé, mi Amo. Todo ocurrió muy rápido. Yo... —sus dedos aflojaron para volver a acariciarme.

—Preciosa, estás confusa. Pero dime, ¿qué fue lo que pensaste en el momento? —no dije nada, no era ni siquiera capaz de verbalizarlo. —Ya...

Sus palmas abiertas me proporcionaban un dulce masaje en círculos, calmando la zona que acababa de atormentar.

—¿Por qué no me lo dijiste, mi Amo?

—Te sentías culpable por lo que había pasado. Él te acababa de atacar y lo último que quería era hacer que te sintieras peor. Si te lo hubiera dicho, solo habría conseguido que te culparas por ello, y tú no hiciste nada. Solo quería que lo olvidaras, que lo superaras, y funcionó. Al menos hasta hoy...

—Mi Amo, no vas a... hacer nada, ¿no? —su silencio era más revelador que cualquier frase que hubiera podido decirme. —Killian no va a hacer nada, mi Amo.

—No, Killian no va a hacer nada, porque no se lo voy a permitir. Si ese cabrón piensa que puede acecharte a la salida del trabajo, está muy equivocado. No voy a dejar que te acose o que... Preciosa, he jurado protegerte y voy a cumplirlo escrupulosamente.

—NO —corregí la voz inmediatamente consciente del error que acababa de cometer. —Por favor, mi Amo. No volveré a pedirte nada más.

—¿Y qué me vas a ofrecer a cambio?
—No lo sé, mi Amo. ¿Qué quieres?
—No se me ocurre nada que no pueda tener.
—Haré lo que tú quieras, mi Amo.
—Eso ya lo tengo. No tienes nada para negociar.
—Pero...
—No —su voz fue tajante y me cortó en el acto. —Ahora ya sé de lo que eres capaz para defenderle.
Se levantó y se dirigió a la puerta. No se giró cuando volvió a hablar.
—Tendrás tu castigo después de la cena.

- O -

— Preciosa, hoy vamos a cambiar las reglas. Serás tú la que contestes a mi pregunta.
—Lo que tú digas, mi Amo —repliqué sin ocultar mi decepción.
—Siempre —ignoró la queja implícita en mis palabras. —Y ahora dime, ¿cuál quieres que retire esta noche?

Estaba postrada ante él, mientras se quitaba la camisa, descubriendo sus abdominales lentamente, casi como si fuera consciente de la obra de arte que destapaba. Él mismo había elegido mi ropa antes de cenar, y en cuanto la vi entendí que era parte del castigo. Una faldita de vuelo roja extremadamente corta que ni siquiera llegaba a las medias negras, la única ropa interior que me había permitido dejarme, y un minúsculo top blanco que apenas me cubría.

En su mesita de noche ya reposaban el tubo de lubricante y el soporte con los dilatadores que habían sobrevivido perfectamente alineados. De los siete iniciales, ya solo quedaban cinco. Dos huecos representaban dos faltas y dos castigos.

Me obligué a mirarlos. No había una opción buena, pero tenía que elegir la menos mala. En la extraña paleta de colores que habían conformado en un pasado no muy lejano, faltaban el primero, violeta, y el tercero, verde. De los supervivientes, Sergio solo había usado los dos primeros conmigo, el azul y el amarillo, y si algo tenía claro era que los necesitaba para seguir adelante. Los tres siguientes, el naranja, el rojo y el negro, cada uno un poco más ancho que el anterior, eran las únicas opciones.

—El naranja, mi Amo.
—Perfecto.

Se deshizo de él antes de que pudiera arrepentirme. Acto seguido, cogió el azul y me dedicó una mirada deliciosamente sexy. Estaba paladeando los minutos que precedían al castigo.

—Sabes lo que viene ahora, ¿verdad? —no me dio tiempo a responder. —Apoya la cabeza en el suelo y arquea la espalda —seguí sus instrucciones tal y cómo él quería.

Intenté prepararme para lo que se avecinaba mientras escuchaba sus pasos rodeándome. Vi sus rodillas hincarse detrás de mí en el suelo. Sus manos en mi cintura enrollaron hábilmente el elástico de la falda sobre sí mismo un par de veces, recogiendo la tela hasta que apenas quedó un palmo por detrás. Acarició mis glúteos expuestos y les dio una palmada.

—Más —le obedecí inmediatamente. —Y ahora, ofrécete, como te enseñé la última vez.

Llevé mis manos a mis nalgas y las separé como él quería. Su torso calentaba mi espalda a medida que se reclinaba sobre mí, sin llegar a apoyarse. Me estremecí al sentir el frío plástico recorrerme en línea recta tomando como punto de partida el final de mi espina dorsal. Di un respingo al alcanzar su destino, pero no se detuvo.

Echaba de menos su tacto, y aun así, no pude evitar excitarme mientras me acariciaba con el instrumento que en unos momentos utilizaría para atormentarme. Estaba usando mi propia humedad para lubricarlo antes de invadirme y ayudándole, aun contra mi deseo, yo misma me convertía en cómplice. Esperé hasta que se aseguró de que sus caricias me habían hecho olvidar su propósito para iniciar la marcha atrás hasta su verdadera meta.

Su calor se desvaneció y observé sus pies caminar hasta la cama.

—Ven —todavía estaba acostumbrándome a la intromisión cuando le oí llamarme.

Gateé hacia él. Con cada paso me sobrevinía una nueva punzada, que se clavaba cada vez más devastadora. No me importaba. Solo quería hipnotizarle con mis movimientos, y a juzgar por sus reacciones, estaba consiguiendo exactamente el efecto deseado.

Dio un paso atrás. Y otro. Y otro más antes de que su espalda se golpeará contra la pared. No le importaba. Su atención estaba atrapada en mi cuerpo. Se fue deslizando por la pared, dejándose caer, hasta que bajó a mi nivel. Quedó sentado en el suelo, ligeramente recostado con su espalda apoyada en la pared, frente a mí.

—Joder, Clara. Me matas.

Su voz áspera era tan seductora como desgarradora. Como si realmente fuera posible para mí llegar a hacer algo sin que él me lo hubiera ordenado antes.

Sus dedos se colaron por detrás de mis rodillas, y me arrastró por sus piernas estiradas en el suelo hasta que me dejó en su regazo. Cuando llegué a él, solo pude hacerme un ovillo en su pecho, con mis piernas encogidas a ambos lados de su cuerpo. Su brazo izquierdo me rodeó dándome el consuelo que me arrebatara con el derecho, que se había dirigido directamente a la pieza que me llenaba.

—Dime por qué estoy haciendo esto.

Empezó a jugar con movimientos muy lentos, confundiéndome.

—Quieres castigarme por mi comportamiento, mi Amo.

—No. Para castigarte podría hacer muchas otras cosas.

Su cara se iluminó como si se estuviera recreando con las opciones.

—¿Porque quieres poseerme del todo, mi Amo?

—Para eso no necesitaría hacer todo esto, ¿no crees? Podría hacerlo directamente, ahora mismo. De hecho, sería mucho mejor castigo. Y probablemente más justo... —temblé ante la idea.

—Piensa.

—Porque quieres que esté preparada para ti, mi Amo.

—La primera vez que te tome, no será un castigo. Puede que no lo disfrutes, pero desearás que lo haga.

—Ya lo deseo, mi Amo. Te deseo de todas las formas.

Negó levemente con la cabeza como si no supiera lo que estaba diciendo.

—Quiero que me cuentes tu primera fantasía erótica. Y no escatimes en detalles, preciosa. Quiero que me excites con tu voz. Esta noche serás mi Sherezade.

—¿Tengo que ganarme tu complacencia con una historia para que no me cortes la cabeza, mi Amo?

—Si no recuerdo mal, el sultán nunca la llega a decapitar. A ella no.

Mejor no darle más vueltas a ese concepto.

—Como quieras, mi Amo. No sé si esta fue la primera fantasía que tuve, pero es la primera que recuerdo y fue muy recurrente.

—Vaya. Parece que promete...

—Estaba en la cama, desvelada, cuando me parecía escuchar un ruido en la ventana. Me tranquilizaba convenciéndome de que era solo el viento, moviendo las ramas del árbol que crecía pegado a mi casa, pero un segundo ruido más fuerte y cercano me sobresaltaba. Justo cuando iba a levantarme, un peso muerto sobre mí me lo impedía, bloqueándome. Al segundo, el filo de un cuchillo rozaba mi cuello, y una mano cubría mi boca para que no gritara.

—Clara... ¿tu primera fantasía era una violación?

—No exactamente, mi Amo. ¿Quieres que continúe?

—¿Tienes miedo de herir mi sensibilidad? Sigue —su tono ávido revelaba su impaciencia a la vez que su mano aceleraba el ritmo.

—Me quedaba muy quieta, estaba muerta de miedo. Se acercaba para hablarme, y, aunque intentaba apartarme, apenas lograba separarme unos centímetros de su boca. Entre susurros, me advertía que no hiciera ninguna estupidez. El sonido de las sirenas de los coches de policía entraba por la ventana, que había dejado entreabierta, y también las voces de los agentes que andaban tras su pista. Yo no me atrevía ni a respirar mientras él escuchaba concentrado los ruidos provenientes de la calle.

—¿Quién era? ¿Pensabas en alguien en especial?

Lo sacó y lo metió muy rápidamente mientras me interrogaba. Tuve que inspirar y expirar profundamente un par de veces antes de poder contestar.

—No. Apenas podía verle, estaba demasiado oscuro, solo algunas facciones, aunque cambiaban según el día. En general, era joven y tenía aspecto rudo y peligroso. A veces tenía el pelo muy corto o rapado, y en otras, le caía por la cara, haciendo aún más difícil que pudiera verle. Supongo que eso lo hacía más morboso.

—Ya, ya imagino —sus acometidas eran cada vez más bruscas. —Continúa.

—El frío que se colaba por la ventana entreabierta me hacía tiritar repentinamente y se giraba hacia mí sobresaltado. Temí que se hubiera enfadado por despistarle, pero al mirarme su expresión hosca cambiaba. Retiró su mano de mi boca, su brazo se movía lentamente, marcando su bíceps, como si fuera una advertencia, al mismo tiempo que acercaba su boca a la mía. En ese momento, toda la adrenalina almacenada en mi cuerpo se transformaba en excitación. Cuando estaba a escasos milímetros de mi boca, frenaba, y me dejaba con las ganas de que me besara.

Sentí su cuerpo tensarse bajo el mío y al levantar la vista, le vi estirarse para coger el segundo dildo del soporte. Su mano volvió a la mesa para hacerse con el lubricante y lo dejó sobre la madera del suelo, a su lado. Mis ojos seguían atentos todos sus movimientos hasta encontrarse con una mirada que conocía. Una que me atemorizaba y me excitaba a la vez. Sabía lo que quería y que si esperaba a que me lo ordenara sería peor. Pegué mi mejilla a su pecho, arqueé mi espalda todo lo que pude en mi posición y volví a abrimme con mis manos para facilitarle el trabajo.

—Bien hecho. Este ya es demasiado estrecho para ti. No lo volveré a usar, Clara.

Su mano acarició mi barbilla, me levantó la cara y me premió con un beso acaparador. Soltó lo que tenía en sus manos para rodearme con sus brazos y atraerme a su piel abrasadora. Su lengua me distraía, y mi cuerpo se relajaba entre sus sólidos brazos mientras me vaciaba. Y aunque no había hecho más que empezar y la tregua era solo momentánea, me entregué inevitablemente a él.

—Preciosa, continúa —su tono era impetuoso, todavía estaba recobrando el aliento. Aturdida

por su arranque, tardé unos segundos en recuperar el hilo.

—Perdona. —Me disculpó con media sonrisa arrebatadora mientras sus manos abrían el bote de lubricante. —Se hacía a un lado, y tiraba bruscamente del edredón hasta dejarme destapada. Sentía la corriente de aire helado de la calle en mi piel durante un segundo hasta que volvía tumbarse encima de mí. Ya no había ninguna barrera entre nuestros cuerpos, solo una fina capa de ropa que no me impedía sentir su pecho contra el mío.

Me penetró hasta el fondo y me dejó gritar mientras me abrazaba. Quería rechazarle pero solo podía aferrarme más a su piel.

—Soy yo, el que está dentro de ti.

La rotundidad de su voz me calmó. Su mano me atrapó por la barbilla, levantándome hasta que mis labios estaban a su alcance. Me besó, con furia, succionando mi lengua como si quisiera que entrara aún más en él. Me dejó respirar profundamente hasta que me acostumbré.

—Ahora sigue.

—Cuando estaba tumbado sobre mí, me daba cuenta de que había dejado caer su cuchillo. En un acto instintivo, levantaba rápidamente la mano, lo empuñaba y lo ponía en su cuello. Intentaba fingir decisión, aunque todo mi cuerpo temblaba como una hoja bajo el suyo. Él, por el contrario, parecía muy tranquilo, como si no me creyera capaz de seguir adelante, o no le importara que lo hiciera. Su respiración era estable y fuerte, mientras que la mía era irregular y desacompañada. Movía su mano despacio, hasta alcanzar la mía, agarraba mi muñeca con fuerza y dirigía la punta del puñal al principio de su tráquea. Solo tenía que apretar y todo se acabaría. “Hazlo.” Su susurro casi inaudible me mortificaba. Sus labios se acercaban provocándome, haciéndome retroceder, y llegaban a los míos sin encontrar ningún impedimento, solo porque yo se lo permitía... porque lo deseaba. Después se separaba solo un centímetro. “Si no vas a usarlo, será mejor que me lo des. Podrías hacerte daño.”

Su mano bajaba por mi espalda. Negué con mi cabeza contra su pecho cuando adiviné lo que pretendía, y mis manos corrieron a mi trasero para bloquearle el paso.

—Preciosa, si tengo que hacerlo a la fuerza tal vez no pueda frenarme. Puede que creas que es fácil para mí controlarme mientras te tengo indefensa entre mis brazos... No lo es. Recuerda la razón por la que estás haciendo esto. Ahora levanta los brazos.

Como siempre, le obedecí. Su mirada era demasiado peligrosa como para retarle a que llevara a cabo su amenaza.

—Sigue.

Sentía la presión en cada milímetro que salía y un sudor frío acompañaba su regreso.

—Le entregaba el cuchillo, y lo deslizaba por mi cuerpo hasta llegar al primer botón de la blusa de mi pijama. Lo arrancaba y continuaba al siguiente, acariciándome con el frío metal, mientras se deshacía uno a uno del resto de botones. Cuando terminaba, solo soplaba sobre la seda, que patinaba por encima de mi piel, mostrándole mi pecho. Estaba demasiado asustada para moverme, y demasiado excitada para pensar. Solo quería que siguiera. Su mano jugueteaba con el elástico de mis pantalones antes de adentrarse en mi ropa interior y meterse entre mis piernas.

Mi relato le estaba animando y con cada señal de dolor se entregaba más a mi tortura. Me había cogido del pelo para levantar mi cara. No iba a permitir que le ocultara nada. Intentaba reprimirlo pero cada vez se me hacía más difícil. Aun así, no podía evitar añadir los detalles para que sabía que le excitarían.

—Le decía que era mi primera vez, y me contestaba con un sarcástico “No me digas”. Hacía un intento de resistirme, y me atrapaba con sus manos, inmovilizándome contra la cama. “Yo te

enseñaré todo lo que necesites saber. Seré suave, la primera vez.” Después me imaginaba como entraba dentro de mí despacio, como me sujetaba para ponerme en la posición en que quería tenerme, y como me tapaba la boca para acallar los sonidos que se me escapaban.

—¿Cómo terminaba?

—Antes de irse, me decía que era suya y que volvería cada noche para tomarme. Me decía que le esperara desnuda en la cama.

—Joder, Clara. Lo has conseguido. ¿Te hacía daño?

—Algunos días era salvaje, y prácticamente me forzaba. Otras noches era más dulce y entregado. Pero siempre conseguía que deseara que volviera.

—¿Porque te utilizaba para su propio placer?

—Sí, supongo que se podría decir así.

Me quedé pensativa, nunca lo había planteado de esa manera. En ese momento reparé en la seriedad de su rostro.

—Parece que te molesta, mi Amo.

—Clara, —su expresión era distante pero su susurro era agri dulce —me mata no haber sido el protagonista de todas tus fantasías. Me mata que pensaras en otro, aunque no fuera real. Me mata... —se quedó callado, mirándome —me mata todo lo que sea no tenerte, en todas sus vertientes.

—Lo siento, mi Amo. Si me hubieras mirado como lo haces ahora una vez, tan solo una sola vez, no habría podido pensar en nadie más.

—No te disculpes, no es culpa tuya. Es solo que... ni te imaginas lo que hubiera dado porque le pusieras mi cara —me pareció percibir cierta melancolía en tu tono, aunque rápidamente se recompuso. —Creo que ha llegado el momento de dar un paso más. ¿Estás preparada?

No sabía a qué se refería, hasta que alargó el brazo y alcanzó sin mirar el dilatador rojo, y lo puso ante mis ojos.

Negué rápido con la cabeza mientras le miraba suplicante. Hizo caso omiso de mi respuesta y en un segundo me liberó de la tortura. Disfruté del efímero alivio. Abrió el primer cajón de su mesita y sacó algo negro cromado que reconocí al instante. Mi vibrador. No lo había vuelto a ver desde nuestra primera noche en Dublín.

—Toma, preciosa. Estoy deseando verte.

No entendía nada. Me había prohibido taxativamente darme placer por cualquier medio. Se le escapó una carcajada al ver que no lo cogía.

—Puedes hacerlo. Te estoy dando permiso. Te mereces una recompensa. Quiero que me enseñes como lo hacías.

Enderecé mi espalda y lo coloqué entre mis piernas, como solía hacer, aunque nunca antes había tenido público. Con el pulgar accionó el botón de encendido, mientras apartaba la escasa tela de la falda que le hacía sombra. Lo dirigí directamente a mi clítoris y al momento todo mi cuerpo reaccionó a la vibración.

—Muy bien, preciosa. Me encanta tenerte así —su voz era profunda, casi cavernosa.

Sus dedos llenos de gel transparente lubricaban el dildo rojo. A pesar del dolor que todavía sentía, y en contra de toda lógica, deseaba que lo hiciera y ni siquiera entendía por qué. No sabía si era por mi propia excitación, por el placer que me demostraba con mi sometimiento, o porque así conseguiría estar más cerca de que por fin fuera él quien me sodomizara. Extendió el lubricante que quedó en sus dedos en mi ano, y le dio por segunda vez al botón, incrementado la velocidad.

—Clara, pídemelo.

—Mi Amo, por favor... —no era suficiente. —Hazlo, por favor... —quería más. —Prepárame para ti, por favor. Te pertenezco.

Me cogió por las caderas y desplazó mi cuerpo hacia abajo por su abdomen hasta que quedé sentada a horcajadas encima de su abultada erección, contenida por la áspera tela de sus vaqueros. Estaba tan dura que su contorno se marcaba exageradamente definido.

Abrí las piernas y me eché ligeramente hacia adelante, quería que la humedad que estaba generando traspasara todas las capas que nos separaran. Quería que sintiera lo mojada que estaba a pesar de su tortura. Aproveché el momento en que me adelantaba para introducir la punta. Me quedé completamente inmóvil, consciente de que si me movía un solo centímetro, el dolor que me atravesaba se intensificaría.

—Tranquila. Lo haré despacio —escuchar su voz me calmaba. —Mantén la espalda recta.

Su pulgar volvió a pulsar el botón. Una avalancha de sensaciones enfrentadas luchaban por hacerse con el control de mi cuerpo. Sergio avanzaba ganando cada milímetro con exquisito cuidado, pero no era suficiente. Toda mi concentración estaba dedicada a contener el gigantesco orgasmo que estaba creciendo y que solo conseguiría que mi cuerpo se descontrolara. Ni siquiera todo el placer que podía entrever, podría hacer soportable el dolor que conllevaría el más mínimo movimiento.

—Mi Amo, no puedo...

—Shhhhh.

Necesitaba hacérselo entender aunque no pudiera hablar. Abrí los ojos solo para encontrarme con su rostro observándome completamente obnubilado.

—Te adoro, mi Zhēn'ài.

Tal vez en ese momento debí cuestionarme que sus mayores muestras de afecto siempre coincidieran para conseguir de mí todo lo que quería. Pero necesitaba creerlas. Solo atesoré sus palabras en mi atribulada memoria junto con su expresión.

Lo siguiente que oí fue mi grito. Mi rigidez no estaba ayudando. Desplacé el vibrador ligeramente para no sentirlo con tanta intensidad, y todo mi cuerpo se relajó. Ni siquiera noté cómo me lo quitó de la mano, solo sentí un terremoto en mi clítoris, que quería partir mi cuerpo en dos, al tiempo que empujaba desde atrás con más fuerza, para que no pudiera dejarme llevar. Él tenía el poder.

—Mi Amo, por favor, termina con esto.

—Solo un poco más, después te correrás en mis brazos. ¿Aguantarás por mí?

No podía. Asentí con la cabeza. Recogí el vibrador que dejó en mi mano, y lo coloqué donde él quería.

—Mírame a los ojos.

Sabía lo que iba a hacer. Aun así grité cuando lo hundió por completo en mí. Al segundo, me cogió por los muslos y, sujetando mi columna con su brazo izquierdo para que se mantuviera recta, me dio la vuelta hasta que acabé sentada en su regazo. Sus piernas estaban separadas para evitar que el dilatador se clavara más profundamente. Después su brazo izquierdo me rodeó y me inmovilizó contra su pecho; su mano derecha me arrebató el vibrador y empezó a rotarlo dibujando pequeños círculos.

—Mi Amo, por favor, sácalo —sentí su cabeza negando en mi cuello.

—Sé que tienes miedo, pero no voy a dejar que te muevas —sus labios me acariciaban. —¿Confías en mí? —plenamente. Asentí. —Relájate —me dejé llevar por su voz. —Yo me ocuparé de todo. Hazlo.

Mientras me corría con sus brazos sujetando con fuerza mi cuerpo, impidiendo que se desplazara un solo milímetro, oí su voz ronca susurrándome.

—No pude ser el primero, pero seré el último —solo alcancé a gemir como respuesta.

Su brazo se coló entre mis piernas. Sabía lo que quería coger. Negué con la cabeza casi sin fuerzas por el terremoto que acababa de asolar mi cuerpo. Me despistó con un soplido en mi cuello que me instó a buscar su origen.

—Todo. —Solo cuando fijé mi vista en sus labios, me despojó del dildo, al tiempo que volvía a girar el vibrador, subiendo al máximo la intensidad. —Siempre.

Grité de miedo, de placer, de dolor, de abundancia. Su cuerpo me blindó.

—No te haces una idea de lo que me encanta verte sudada, saciada y feliz —me besó en el hombro.

Bajé la vista hasta mis pies que, enmarcados por los suyos, parecían aún más pequeños. Me dolía todo, pero no me importaba.

- O -

No había dejado de darle vueltas en la cama mientras Sergio estaba en su despacho trabajando. No podía permitirlo. Solo había una forma de evitarlo, y para eso, tendría que ser más lista que él. No iba a ser fácil.

Me arrodillé sobre la cama en cuanto vi su escultural silueta en la puerta.

—Preciosa, ¿qué te ocurre? ¿Por qué no estás dormida? —había un deje de preocupación en su voz.

—Mi Amo, no puedo.

Sus dedos acariciaron mi mejilla mientras se sentaba en la cama, y tiraba de mí perezosamente para que me sentara a su lado. Su expresión apacible se transformó en medio segundo.

—Es por él, ¿verdad? —ni siquiera decía su nombre.

—Es que no puedo dejar de darle vueltas. Killian sólo ha venido a verme porque estaba preocupado por mí —me miró con incredulidad.

—¿Tienes idea de cómo me sentiría si te tocara un solo pelo? Sería por mi culpa.

—¿Y cómo puedo sentirme yo si sé lo que le va a pasar? —intentaba mantener mi tono de voz muy bajo. Sabía que llevaba todas las de perder en un enfrentamiento. —Esto sí va a ser por mi culpa. ¿Cómo podré volver a contarte si... —me callé, aunque esta vez fue premeditado.

—Joder, Clara —su cabeza negaba.

—Yo no puedo condenar a otra persona a una paliza, y eso es lo que he hecho esta tarde. Aunque no esté de acuerdo con lo que pasó la otra vez, puedo entenderlo, querías defenderme. Pero esta vez... es muy diferente. Es mi culpa. No podré perdonármelo y no voy a...

Volví a guardar silencio. Tenía que medir mis palabras. Una negativa solo conseguiría desencadenar la reacción contraria a la que buscaba.

Exhaló el aire ruidosamente. Estaba cansado. Eso actuaba en mi favor. No se iría a dormir hasta que este asunto estuviera resuelto.

Me giré hacia él y me dirigió una mirada desconfiada. Seguí mi movimiento hacia él y me senté a horcajadas sobre sus piernas. Ahora le tenía delante de mí. Podía mirarle de frente.

Contuve la respiración cuando sus manos subieron por mis muslos, me cogieron por los glúteos y me arrastraron hasta pegarme a su cuerpo. Me mordí los labios para contener un grito de dolor. Estaba excitado. Otro punto a mi favor.

—Sergio, por favor... —sus ojos me exigieron silencio.

Con sus dedos apartó los tirantes del camisón y los dejó caer por mis brazos. Mis pezones duros sufrieron cada milímetro de la suave tela al deslizarse hasta que mis pechos enrojecidos quedaron al descubierto ante él. Su cara no cambió mientras me examinaba. Las aureolas estaban más oscuras de lo normal. Me sentía absolutamente vulnerable, delante de él. Cualquier roce me haría daño, cualquier toque me haría gritar, cualquier golpe...

Se quedó completamente inmóvil, su mirada perdida. Llevé mis manos a su pecho, sacándole de su cavilación. Las cogió, las juntó y las atrapó con su mano izquierda. La derecha empezó acariciando mi cuello, y siguió descendiendo lentamente. Mi respiración se aceleró. Iba a castigarme.

—Clara —le miré, aunque de reojo no podía dejar de seguir el recorrido de su mano, — ¿recuerdas cuando te dije que no sabía de lo que podría ser capaz para que nadie te tocara? — asentí con miedo. —¿Crees que voy a permitir que te pongas en peligro? —sus dedos se movían entre mis pechos. —Contesta.

—No, mi Amo.

—Bien. ¿Tienes algo que contarme? —sentí los músculos de su cuerpo tensarse bajo el mío.

—No, mi Amo. Te prometo que no ha pasado nada.

—No necesito que me lo prometas. Confío plenamente en ti. No puedes mentirme. No sabes — la forma en que me hablaba era casi hipnótica.

—Mi Amo, yo...

—Esto se va a terminar ahora mismo.

Su voz era fuerte, tajante, no había ni rastro del cansancio que había percibido minutos antes. Había tomado una decisión y no iba a admitir discusión.

—No le voy a convertir en víctima. Hablaré con él y voy a zanjar este asunto —lo había conseguido. —Pero tú...

Hizo una pausa eterna. Sus dedos bordeaban lentamente la curva debajo de mis pechos. No me atrevía ni a respirar. Intentaba estar completamente quieta, pero sentirle moverse tan cerca, sabiendo que con una ligera desviación podría hacerme ver las estrellas, me hacía estremecer.

—... nunca volverás a hacerme lo que has hecho esta noche. No me amenazarás con ocultarme información, y sobre todo, no intentarás manipularme. Eres mía.

XXVI

Volví a ponerme el anillo tras un día entero sin él. Sergio lo había llevado al joyero para ajustarlo a mi dedo. De alguna manera que no podía explicar, el simple hecho de llevarlo me hacía sentir diferente.

Acepté la nueva rutina que me había impuesto de la misma forma que lo aceptaba todo. Desde nuestro regreso de Berlín, me despertaba una hora antes para mi clase privada de alemán con el mejor profesor que había podido encontrar. Después salía a correr con él. Había aprendido a apreciar ese momento, aunque era consciente de que la única razón era compartirlo con él.

Mi rutina no era lo único que se había visto afectado. De forma inconsciente, había adaptado mi estilo a sus preferencias. Nada demasiado importante, solo eran pequeños detalles. Mi maquillaje había dejado de ser suave para resaltar los ojos, me pintaba las uñas con esmalte oscuro y mis tacones eran más altos. Un pequeño halago suyo había probado ser tan poderoso como una orden.

Sin embargo, había otros cambios menos evidentes, pero más importantes. Tenía menos hambre, sencillamente, no me apetecía comer. La mayor parte del tiempo tenía el estómago cerrado, y desde que había regresado al trabajo, me saltaba todas las comidas en las que no estaba acompañada.

Con todo, esto no era lo peor. Esa semana me di cuenta de que estaba cogiendo una costumbre que solo podía calificar como temeraria. El coche se había convertido en el último reducto de mi soledad. Siempre había disfrutado del tiempo de reflexión que me brindaba la paz de mi coche, pero de repente, que mi mente vagara libre de un pensamiento a otro se había convertido en un problema.

Había empezado utilizando la música para distraerme, con el volumen cada vez más alto, pero pronto no era suficiente. Ahora, pisaba el acelerador con un solo objetivo: que toda mi concentración tuviera que estar centrada en la carretera. Sin embargo, nunca duraba demasiado. Un semáforo en rojo, un atasco o una carretera en obras, cortaba mi vía de escape devolviéndome a mi constante runrún.

Mis esfuerzos por sobreponerme eran tan vagos como inútiles. Algunas veces, me mecía en los recuerdos de sus palabras más dulces. Otras, me sorprendía intentando justificar sus actos más crueles. Las menos, recreaba conversaciones enteras que nunca tendría con él, no solo por falta de valor, sino porque mi lucidez se esfumaba en su presencia. Pero las más dolorosas, y cada vez más recurrentes, simplemente me atormentaba intentando imaginar mi vida después de Sergio.

- 0 -

Era la primera vez que llegaba a casa y la encontraba vacía. Comprobé dos veces todas las habitaciones para asegurarme. Tenía una sensación extraña; tensa y relajada a la vez.

Me puse un vestidito cómodo de ir por casa y bajé al comedor. Iba a aprovechar para leer un rato, pero en cuanto vi la cocina, decidí prepararle la cena. Lo había querido hacer desde que empezamos a vivir juntos, pero por una razón o por otra, nunca lo había conseguido. Además, cocinar me ayuda a desconectar y eso era algo que realmente necesitaba. Siempre he envidiado a la gente que se entrega a limpiar los rincones más recónditos de su casa cuando se estresa; yo tengo el recuerdo de haber pasado mis peores crisis entre fogones.

Abrí la nevera, no había mucho. Rebusqué entre los ingredientes y decidí hacer una tortilla de patatas. Un plato fácil pero seguro; no iba a jugármela la primera vez que cocinaba para él. Antes de ponerme en marcha, elegí la música en las listas de reproducción de la pantalla del comedor. Led Zeppelin, perfecto. Necesitaba inspirarme.

Empecé cortando la cebolla y la puse a confitar en aceite a baja temperatura y seguí pelando las patatas. Me movía por la cocina bailando y cantando mientras batía los huevos. Mis tensiones se disolvían al ritmo de la música y con cada paso me sentía más relajada. La cuchara de madera me servía de micrófono. Estaba totalmente entregada con “*Black dog*” cuando, de golpe, se hizo el silencio.

Me giré y bajé de rodillas en cuanto adiviné su silueta. Le descubrí de abajo a arriba, Sergio estaba de pie, al lado de la pantalla, con el mando en la mano, y como siempre, estaba arrebatador. No me acostumbraría nunca. Me encantaba como le quedaban los vaqueros con las botas marrones. Se quitó la cazadora de cuero, y la dejó caer descuidadamente sobre el sofá sin dejar de observarme.

—Levántate. Sabía que bailabas muy bien pero no te había oído cantar.

—No suelo admitir público —dije mientras me recomponía de mi desconcierto.

—Lástima. No me importaría pagar la entrada.

—Mi Amo... ¿llevas mucho tiempo... —me callé en cuanto me di cuenta de que estaba formulando una pregunta sin permiso.

—No el suficiente. Sigue.

Apretó un botón y empezó a sonar “*Whole lotta love*”. Me quedé inmóvil, demasiado cortada. Su presencia me había superado. La elección del tema no había sido casual. En ese momento, me asaltó el vago recuerdo de haberla bailado la primera noche que le vi.

—Baila para mí —sus labios se movieron despacio, remarcando cada palabra. Era una orden.

Empecé vacilante, con timidez solo por obedecerle, pero me fui animando. Poco a poco, mis movimientos se tornaban más sensuales. Quería seducirle, quería atraerle a mí. Su vista se clavó en mi cadera, así que decidí jugar con la falda, subirla por mi muslo con mi mano para soltarla justo antes de llegar a la parte interesante o girarme y bajar de espaldas a él deslizando mis manos por las piernas muy estiradas para que la tela se levantara.

—Bailaste esta canción para mí en el bar.

—Bailé muchas canciones esa noche, mi Amo.

Conseguí lo que quería. Se acercó a mí por detrás, puso su mano izquierda en mi cintura y con la derecha me apartó el pelo del cuello. Me acarició con sus labios y mi piel reaccionó a su contacto. Me contoneé contra su cuerpo, dejándome llevar completamente por el ritmo de la música. Él apenas se movía. Era como un muro contra el que apoyarme. Serpenteaba, meneando rítmicamente las caderas adelante y atrás, y mi trasero se topaba con una erección cada vez más abultada.

—Sí, pero en ésta estuve a punto de sacarte fuera.

—¿Puedo preguntar por qué, mi Amo?

Excitarle, ese era mi nuevo juego favorito. Pero quería más, mucho más. Quería llevarle al límite, como él hacía conmigo. Quería que se olvidase de su auto control y se dejara llevar por sus instintos más salvajes.

—Porque me estabas provocando, y no era el único —me cogió de la mano derecha y me dio la vuelta para que le mirara. —No volverás a bailar así para nadie más.

—¿O qué, mi Amo?

Atrapó mis manos, las llevó a mi espalda y avanzó llevándome adelante con él, hasta que paró enfrente de la barra. Con la mano que no aguantaba mis brazos, me dio la vuelta, echó mi cuerpo hacia delante y me apoyó boca abajo contra la encimera. El helor del mármol traspasó la fina tela que me cubría y mis pezones reaccionaron al instante.

Me subió el vestido hasta descubrir mi trasero. Sus piernas forzaron las mías hasta que cedieron y se abrieron para él. Ahora que estaba totalmente expuesta e inmovilizada, me empezaba a arrepentir de haberle desafiado.

Cogió la aceitera y dejó caer un chorrito de aceite entre mis nalgas. Intenté levantarme pero retuvo mi pecho sobre el mármol sin esfuerzo. Con una sola mano me tenía atrapada y no iba a dejarme escapar. La canción terminó justo para dejarme oír el sonido de la cremallera de su bragueta. Sonaban los primeros acordes de “*Heartbreaker*” cuando sentí en mis piernas desnudas el aire de sus pantalones al caer.

—Lo siento, mi Amo.

No dijo nada. La punta de su polla se deslizaba implacable entre mis nalgas, arriba y abajo, embadurnándose de aceite. Resbalaba cada vez más despacio, hasta que se detuvo en el centro.

—¿Estás preparada para mí?

Sabía perfectamente a lo que se refería. Sergio me había dado una pauta muy clara sobre como quería que me aseara para él en mi ducha diaria y para mí se había convertido en un ritual.

—S... sí, mi Amo —titubeé con indecisión, aunque una negativa solo empeoraría el castigo. —Por favor, mi Amo. Solo estaba jugando —le imploré, a sabiendas de que mi voz desconsolada solo conseguiría el efecto contrario al que pretendía. —Lo siento... yo no... —balbuceaba sin sentido, esperando retrasar el momento —lo...

—Solo. Di. Sí.

Apenas podía respirar, estaba atemorizada ante la idea de lo que estaba a punto de hacer. Sobre todo, teniendo en cuenta que todavía me estaba recuperando de la noche anterior.

—Sí.

Empujó en la entrada y entró de golpe. Un grito se cortó en mi garganta; el dolor no llegó. Caí en la cuenta de que solo era su pulgar. Respiré aliviada.

—Gracias, mi Amo.

Y cuando me relajé, su polla invadió mi vagina, saturándola. Grité de dolor y le sentí crecer aún más dentro de mí.

—No juegues conmigo, preciosa.

Salió y volvió a meterla de una sola vez. Chillé más alto. Hice un esfuerzo para soltarme pero empujó mi pecho aun con más fuerza contra la barra.

—Lo siento, mi Amo. No volveré a bailar así delante de nadie... solo contigo... solo cuando tú quieras... mi Amo —mis palabras salían entrecortadas por mis quejidos. La sentía cada vez más grande, no podía ser.

—Eso está mucho mejor.

Sentí alivio mientras me vaciaba despacio. Intenté recomponerme y volvió a irrumpir con más

brusquedad. Se estaba ensañando.

—Lo siento. Perdóname, mi Amo —ya no sabía cómo suplicarle.

—Preciosa, ya te he perdonado. Pero ahora me apetece comprobar hasta dónde estás dispuesta a llegar por mi placer. Dime, ¿deseas hacerme disfrutar... o prefieres que pare?

—Mi Amo, por favor...

Estaba clavado dentro de mí, no entendía cómo podía estar haciéndome daño sin moverse, pero sabía que lo estaba haciendo a propósito.

—Solo tengo curiosidad por saber cuáles son tus prioridades.

Seguía inmóvil, torturándome, y sabía que continuaría así hasta que le diera una contestación. Pero era incapaz de hacerlo. Aunque ahora me dolía, no era nada comparado con lo que sentiría si retomaba su castigo.

—Mi Amo, duele...

—Lo sé —su voz no podía ser más seca; no le había gustado mi respuesta.

Sus palabras vinieron a mi cabeza. “Si eres la única, lo eres para lo bueno, pero también para lo malo”. En su momento las recogí como una bendición, pero ahora veía la amenaza que implicaban.

—Lo haré, mi Amo —apenas me escuché decirlo.

—Clara, ¿vas a soportar el dolor para darme placer? —la forma en que me hablaba era extremadamente sugerente, mientras su cuerpo estaba retrocediendo otra vez, pausadamente.

—Sí, mi Amo.

—¿Por qué?

—Por ti, mi Amo, por tu placer. Yo... quiero darte lo que necesites... Quiero dártelo todo.

Mi última esperanza era que se apiadara de mí. No lo hizo.

Repetió su ataque. Una, dos, tres, cuatro veces, perdí la cuenta. Me atacaba con furia. No alcanzaba a comprender qué la había desatado, pero no había sido yo, al menos no por mi baile. Venía de antes, tenía que descubrir por qué. Su siguiente embestida borró cualquier pensamiento de mi cabeza.

Grité y su cuerpo se paró. Atrapó mi barbilla para dirigir mis ojos hacia él. Ya no podía pensar. No podía soportarlo, había llegado a mi límite y lo había superado, y no iba a parar. Cada minuto se convertía en una eternidad y le conocía lo suficiente como para saber que necesitaría bastante más para saciarse.

—No puedo hacerlo, mi Amo. No puedo. —Gritaba, lloraba, estaba fuera de mí. —Sergio.

Fue como una palabra mágica, reaccionó al instante. Salió soltándome y me tiré al suelo. Me quedé hecha un ovillo, cubriéndome la cara con las manos.

—Tranquila. Ya está. No te preocupes.

Se arrodilló a mi lado y me recogió en su regazo.

—No puedo. Yo... no puedo...

No podía terminar la frase, pero él me había dejado muy claro lo que quería de mí y yo no había podido satisfacerle. Sabía lo que eso implicaba aunque nunca me lo hubiera dicho palabra por palabra.

—Lo has hecho muy bien —su voz ronca intentaba consolarme.

—No, no es verdad. Me prometiste que no me mentirías —tuvo que forzar mis manos para apartarlas de la cara. Besó mis lágrimas, pero no podía parar de llorar. —No puedo complacerte. —Se quedó callado, mirándome.

—Me complacerás. —Se levantó y volvió en menos de un minuto con algo en la mano. —Esto

—me enseñó un pequeño tubo blanco y azul —te adormecerá. No te dolerá y podré terminar. ¿Quieres que lo use?

—Sí, mi Amo —me tumbó en el suelo y se colocó entre mis piernas.

—No te muevas.

Puso un poco de gel sobre su pulgar derecho y lo extendió de la forma más delicada, poniendo muchísimo cuidado en evitar mi clítoris.

—Te hará efecto en dos minutos, es el tiempo necesario para absorberlo.

—Gracias, mi Amo.

—¿Por qué me das las gracias? Lo estás haciendo para complacerme.

—Por buscar la forma para que pueda hacerlo, mi Amo.

Bajó su mirada a mi mano izquierda, cogió mi anillo con sus dedos índice y pulgar, y lentamente lo giró hasta que le dio una vuelta completa. Ya lo había hecho otra vez, pero ahora entendí que era su forma de expresar algo a lo que no podía poner palabras.

—Zhēn'ài, tú me complaces siempre. Dios, eres preciosa. Olvida lo que te he pedido antes. Baila siempre. Como y cuando quieras. No me importa que otros te miren. Podría levantar cien muros a tu alrededor y no podría evitarlo. Lo único que me importa es que tú me mires a mí. Y ese es solo mi trabajo.

Se deshizo de mi vestido, y me dejó completamente desnuda sobre el suelo hasta que me arropó con su cuerpo. Las palmas de sus manos abiertas se arrastraban por mi piel, subían por mis caderas, bajaban por mis piernas, rodeaban mi vientre. Las sentía cubrir todo mi cuerpo. Entrecerré los ojos para disfrutar de su masaje, pero me obligó a abrirlos con una orden. Quería que le mirara.

Se lamió el labio superior, y recorrió mi cuerpo con una mirada indecisa, como si estuviera buscando su objetivo. Le lancé un beso para ayudarle a fijar su meta. Su lengua húmeda y caliente se posó en mis labios, al tiempo que el dedo índice de su mano derecha bajaba en línea recta entre mis pechos en dirección a mi ombligo. Aunque dudaba de que ese fuera su destino final, sus esfuerzos por distraerme estaban funcionando.

Su lengua me penetró cuando su dedo alcanzó mi clítoris. Solo lo rozó muy suavemente, pero en un acto reflejo, mi mano corrió a bloquearlo, mientras giraba la cabeza para intentar ver lo que estaba haciendo. Su mano izquierda abarcó mi barbilla, y sujetó mi cara, obligándome a mirarle.

—Mi Amo, no... Lo haré para ti, pero yo no puedo.

—Preciosa, aparta la mano —su voz era a la vez enérgica pero suave. —Ya —le obedecí. — Me da igual el tiempo que tarde. Tú te correrás conmigo, como siempre.

Sus dedos me acariciaban dulcemente consiguiendo que ardiera para él. Su tacto se perdía momentáneamente, desaparecía para volver a mí haciéndome estremecer. Se movía sobre mi cuerpo, reptando. No entendía lo que estaba haciendo, pero el roce del vello de su pecho contra mi piel era calmante. Estaba entrando en mí. Apenas podía sentirle, había hecho un buen trabajo anestesiando la zona.

- 0 -

—¿Me das permiso para preguntar, mi Amo?

—Dispara.

—¿Dónde estabas, mi Amo?

—Solucionando problemas.

Una respuesta ambigua que, sin duda, me dio toda la información que necesitaba. Killian. Quería seguir preguntando, pero su tono era concluyente. Ya me había dicho todo lo que pensaba contarme.

—¿Estabas cocinando para mí, preciosa? —asentí, moviendo mi cabeza contra su pecho. — Dime, ¿qué me estabas preparando?

—Tortilla de patatas.

—Mmmm. Me encanta. Hace años que no como una —su voz cautivadora no me iba a despistar. Estaba intentando confortarme.

Se levantó de un salto y me quedé sentada en el suelo, contemplándole.

—¿Ah, sí? ¿Nunca le has pedido a ninguna de tus sumisas que te la haga? —le interrogué mientras me ponía el vestido.

—Yo no pido a mis sumisas que cocinen para mí. Además, nunca he tenido una sumisa española.

—¿Por qué? ¿No somos lo bastante buenas?

La única respuesta que conseguí fue una sonrisa burlona. Le saqué la lengua como respuesta y se llevó la mano al corazón, como si le hubiera herido. Estaba irresistible moviéndose por la cocina completamente desnudo. Inspeccionó el estado de mi trabajo. Corrí a su lado y le quité la cuchara de madera de la mano.

—Dámela. Y siéntate. Yo la terminaré —me acercó uno de los taburetes al ver que no me movía. —Es una orden.

Le tendí el cucharón y me senté de mala gana. Encendió los fogones y me miró perdido.

—Tendrás que guiarme. No tengo ni idea de cómo se hace. ¿Crees que podrás enseñarme?

- O -

Me desperté de golpe. No recordaba lo que había soñado, pero no había sido un sueño apacible. Sergio estaba a mi espalda, sus brazos me envolvían. Mi cabeza estaba apoyada en su bíceps izquierdo, que me servía de almohada, mi mejilla reposaba en su antebrazo, y su mano aferrada a mi hombro. Su brazo derecho se cruzaba hasta mi cadera, atrayéndome hacia sus pectorales.

Su respiración fuerte en mi oído formaba una melodía que me resultaba extrañamente familiar. Tenía la sospecha de que cada noche había acompañado mis sueños. Quería verle dormir, pero en apenas unos segundos me di cuenta de que sería imposible. Atrapada en la jaula que su cuerpo formaba para mí, no había forma en que pudiera escapar sin despertarle.

- O -

Clara dice:
Hola guapo.
Voy a Wicklow a
visitar a los
estudiantes.

Sergio dice:
No vayas.
Hay alerta roja de
inundaciones y puede
que nieve, sobre todo en
el sur.

Clara dice:
Tendré mucho
cuidado.
Como siempre...
Tengo que salir ahora.

Sergio dice:
No quiero que cojas el
coche.
Estoy hablando en serio,
Clara.
Contéstame.
Ya.

Una llamada perdida. Dos llamadas perdidas. Tres llamadas perdidas. Silencio.

Por fin se había cansado. Por una vez, había ganado y además cumpliendo sus propias reglas. Él mismo me había prohibido que contestara al teléfono, ni siquiera a él, cuando conducía.

Al cuarto de hora, el móvil volvió a sobresaltarme, aunque esta vez no tenía más remedio que parar en el arcén para contestar. La cara con una sonrisa supuestamente seductora de mi jefe brillaba en la pantalla.

—*Hola Shane. Estoy conduciendo. ¿Va todo bien?*

—*Hola Smiley. Lo sé, pero... estaba pensando que hace muy mal día, y he oído que puede haber riadas o hielo en las carreteras. No es un buen día para conducir. Mejor vuelve a la oficina.*

La llamada era insólita y, aunque por un momento, me planteé si debía oponerme, no tenía sentido. Si se había molestado en avisarme, el parte meteorológico debía ser realmente malo, lo cual solo conseguía hacerme sentir peor por haber desafiado a Sergio. Me prometí llamarle para disculparme en cuanto llegara a la oficina.

—*Vale. Te veo en un ratito, Shane.*

Empezó a nevar cuando entraba en Dublín, y cada vez caía con más fuerza. Cuando llegué al garaje, ya estaba cuajando. Me alegraba de que por una vez mi jefe hubiera tenido el sentido común que a mí me había faltado. Subí corriendo a su despacho para darle las gracias, pero en cuanto abrí la puerta, deseé que el suelo me tragara.

—*Por fin llegas, Clara. ¡Mira quién ha venido a verte! Me ha dicho que no sabía que no*

estabas en la oficina hoy. Ha sido buena suerte que haya decidido acercarse a verte justo hoy. Ni siquiera me había dado cuenta de que el tiempo fuera tan terrible hoy, pero ¡mira cómo nieva ahora!

Parecía que nunca se iba a callar, pero sus palabras sonaban irreales a mis oídos. Mi vista estaba clavada en Sergio, sentado tranquilamente en el despacho de mi jefe. Todo lo demás daba vueltas a su alrededor.

—*Hola cariño* —me saludó en inglés como si no pasara nada.

Abrí la boca para responderle pero no salió ninguna palabra. La sonrisa imperturbable de sus labios no conseguía disimular la tormenta de sus ojos.

—*No puedo creer que fueras a conducir hasta Wicklow con este tiempo. Realmente te mereces un aumento.* —Se levantó y me besó en la mejilla. Seguía sin reaccionar. — *¿Por qué no me enseñas la oficina? Tengo muchas ganas de ver tu lugar de trabajo.*

Tuvo que cogerme de la cintura para que comenzara a caminar. Le llevé hasta mi escritorio, lo último que quería era estar a solas con él. No era el momento de hablar. No para decirle lo que tenía en mente, al menos.

Le presenté a mis compañeras de trabajo y las saludó cortésmente. Después sin abandonar su sonrisa, se dirigió a mí en castellano, para que nadie más pudiera entenderle.

—Preciosa, voy a darte cinco minutos más y después vamos a hablar —su tono era tan distendido que parecía que estaba comentando la decoración de la oficina. —Estoy seguro de que no deseas que nadie presencie lo que va a ocurrir, así que será mejor que decidas rápido dónde quieres que hablemos.

Me temblaban las piernas cuando le llevé a la sala de documentación. Era un cuartito diminuto donde guardábamos todos los archivos en ficheros gigantes que ocupaban casi todo el espacio, dejando libre un estrecho pasillo de acceso. Entró detrás de mí y me miró de arriba a abajo, como si esperara algo.

—¿Estás loco? Esto es mi trabajo, no tienes derecho a interfe...

—Veó que no tienes muy buena memoria —me interrumpió con la voz demasiado sosegada. — Yo tengo derecho a todo —me cogió la mano y acarició su anillo, recordándome mi juramento.

Mi acelerado corazón palpitaba con tanta fuerza en mi pecho que estaba convencida de que sus latidos retumbaban en toda la habitación. Abrí la boca y su dedo índice cruzó mis labios, acariciándolos antes de que llegara a hablar. Me retiró el pelo de la cara y lo colocó detrás de mi oreja mientras acercaba sus labios a mi oído, como si quisiera asegurarse de que sus palabras no se perdieran por el camino.

—Shhhhhh. No hables. No digas nada. Has desobedecido una orden directa. ¿De verdad pensabas que no iba a hacer nada? ¿De verdad creías que dejaría que te salieras con la tuya? —negué nerviosamente con la cabeza. —No me mientas, Clara. Ya deberías haber aprendido a acatar mis deseos a la primera y no obligarme a forzarte a hacerlo. ¿Para qué sirve una sumisa desobediente?

De repente fui consciente del significado de sus palabras. Me había avisado. Él no me quería de otra forma. Un temor paralizante se apoderó de mí.

—No me dejes, por favor.

—¿Cómo? —entrecerró los ojos confundido, y su expresión se ablandó, así como comprendía. —Por supuesto que no voy a dejarte, Clara. No vuelvas a decir eso. Nunca. Terminaremos esta conversación en casa.

XXVII

Entré en casa y le encontré en el recibidor. Me estaba esperando. No había dejado de darle vueltas toda la tarde. Sabía que estaría cabreado por mi rebelión y sabía lo que tenía que hacer. Lo había repasado mentalmente una y otra vez: pedirle perdón por mi desobediencia, adoptar mi posición de castigo ante él y... aceptar lo que viniera.

—Mi Amo, lo siento. No sé por qué lo he hecho.

—Shhhh. Tranquila. Eso no es importante ahora.

Se acercó a mí, su expresión era grave, aunque no parecía enfadado. Abrí la boca para preguntarle pero la ocupó con su lengua, mientras andaba conduciéndome hacia atrás. Mi bolso, seguidos por mi abrigo y mi blusa fueron dejando en el suelo el rastro hasta su despacho.

—Clara, han aprobado mi proyecto.

No lo entendía. Se suponía que era una noticia estupenda. No tenía ni idea de qué era, nunca se había tomado la molestia de darme ninguna explicación sobre su trabajo, pero sabía las jornadas maratonianas que había dedicado para conseguirlo. Sin embargo, su cara era... no podía describirla.

—Enhorabuena, mi Amo. ¿Puedo preguntar...

—Ahora no, Clara —cogió mi mano izquierda y con su dedo pulgar rozó suavemente mi anillo.

—Tengo que volver a Berlín.

Ahora todo tenía sentido...

—Sergio... —pero su mirada me hizo corregir rápidamente. —Mi Amo.

—Mejor. Quiero que vengas conmigo.

—¿A Berlín? —asintió. —¿Quieres decir...

—Sí —me cortó.

—¿Cuándo?

—La semana que viene.

El mundo se me cayó encima. El momento de separarnos que tanto había temido, llegaba mucho antes de lo que esperaba.

—Pensaba que tardarían más en tomar una decisión —continuó hablando aunque solo le oía como un murmullo a lo lejos, —pero quieren que lo ponga en marcha de inmediato.

—Mi Amo, no puedo... —mi voz se quebró en mi garganta. Me cortó antes de haber reunido siquiera las palabras que quería decirle.

—Me decepcionas. Aunque, francamente, estaba deseando que dijeras eso.

Oí un ruido metálico que se ajustaba alrededor de mis muñecas. Eran unas esposas que no tardó en enganchar a una cadena que caía desde arriba. La seguí con los ojos hasta una polea que colgaba en el techo. No recordaba haberla visto antes.

—No te muevas.

Sin dejar de vigilarme, caminó hasta la pared y tiró del otro cabo de la cadena, izando mis brazos, con cuidado, eslabón a eslabón. Los tensó sobre mi cabeza, y siguió estirando hasta que quedé de puntillas delante de él.

La posición era extremadamente incómoda, aunque para él eso debía ser parte del atractivo. Sus ojos brillaban con una intensidad que no había visto antes. Se estaba acercando.

Llevaba unos holgados pantalones de tela negros que se ceñían cuatro dedos por debajo de la cintura dejando a la vista sus abdominales. Se había puesto cómodo. Bajó la cremallera de mi falda y dejó que se deslizara por mis piernas. La alejó con su pie descalzo.

Le vi salir por la puerta y le oí subir por la escalera. Silencio. La incertidumbre de la espera era peor que el propio castigo. El momento en que cualquier cosa podía pasar.

Cuando volvió a entrar en la habitación, llevaba en la mano una maleta de piel oscura, de un tamaño parecido a una bolsa de deportes grande. La había visto al fondo del vestidor, en un rincón. Había viajado con él desde Berlín, pero ni siquiera le había quitado el candado.

Pasó por mi lado y siguió hasta su mesa, a mi espalda. A duras penas, logré darme la vuelta con las puntas de los dedos de los pies; no podía perderle de vista. Su figura, a contraluz por el resplandor que entraba por la ventana, se movía majestuosa.

—Lo siento, preciosa. Sé el interés que tienes en las mazmorras —acompañó su sarcasmo con media sonrisa. —Me gustaría haber tenido tiempo para acondicionarlo mejor, pero... supongo que tenemos lo básico para una sesión en condiciones.

¿Una sesión? No entendí qué quería decir, pero no me atreví a preguntar.

Dejó la bolsa encima del escritorio de roble que, por una vez, estaba completamente despejado. Había preparado bien el escenario. Premeditación y alevosía. Abrió el candado y la cremallera solemnemente, mientras levantaba un ojo para comprobar que le miraba. Tenía toda mi atención.

Pieza a pieza fue vaciando el contenido del interior de la bolsa y depositándolo ordenadamente sobre la mesa. Una colección de varas, fustas y palas de diferentes tamaños y grosores, y látigos de diversos materiales, la mayoría de varias colas, yacían perfectamente organizados ante mis ojos. Había conseguido exactamente la reacción que quería; estaba aterrorizada viendo los instrumentos de tortura que habían salido de su maleta, y su cara mostraba su satisfacción.

—¿Estás asustada? —preguntó con maliciosa inocencia como si no supiera la respuesta.

Ni siquiera me atrevía a mirarle; mis ojos fuera de sus órbitas no se apartaban de la exhibición que se extendía sobre la madera de su escritorio.

—Creo que ha llegado el momento de que pruebes algunos juguetes. Dime, ¿tienes alguna preferencia para empezar?

Me bloqueé. Quería suplicar pero no podía hablar; solo negaba con la cabeza.

—Está bien, preciosa. No te preocupes —su voz era casi comprensiva. —Yo elegiré por ti.

Deslizó su mano por encima lentamente, casi acariciándolos, hasta que se detuvo en un látigo de tiras planas y anchas de color marrón claro, y lo empuñó. Estaba absolutamente imponente con el látigo en la mano. El poder que le otorgaba mi vulnerabilidad le hacía aún más atractivo. Aun cuando todo en él constituía una amenaza, no podía evitar que mi entrepierna reaccionara con cada paso que daba hacia mí.

Levantó la mano y cerré los ojos instintivamente, pero solo sentí el suave tacto de las colas bajando por mi cadera hasta mi muslo derecho.

—Es agradable, ¿verdad? Supongo que la gamuza será lo mejor para comenzar. Es el más suave que tengo. No tenemos ninguna prisa.

Él lo había dicho. Solo lo estaba retrasando y cada segundo que pasaba, me ponía más nerviosa. Sabía perfectamente lo que venía a continuación, y también que lo estaba disfrutando demasiado como para hacerlo rápido. Mis labios secos temblaban, mientras más abajo, otros

labios hinchados y húmedos palpitaban incluso con inexplicable deseo.

—Mi Amo...

—¿Sí? Dime, Clara —acercó su boca a la mía hasta que sentí su calor.

—Por favor...

—Sabes que eso no es lo que quiero oír.

Me asestó el primer azote. Me mordí el labio para no chillar. No iba a darle esa satisfacción, al menos, mientras pudiera evitarlo. Pero había sido flojo. Demasiado. Solo estaba tanteando mis reacciones, y no estaba contento con esa. Le gustaba oírme gritar.

Corrigió rápidamente la expresión de decepción de su semblante y la sustituyó por una sonrisa perversa que indicaba que aceptaba el desafío. Aguanté el segundo golpe apretando los labios contra mis dientes hasta que me dolieron casi tanto como su castigo. El tercero fue dirigido a mis muslos, solo con las puntas. La piel me ardió. Solté todo el aire de mis pulmones, pero aguanté.

Se detuvo y se alejó un par de pasos, solo para observarme. La lujuria en su rostro era cada vez más evidente. Seguí su mirada hasta mis destrozadas medias negras a las que el último golpe había decorado con un par de agujeros y varias carreras. Seguramente ahora irían a juego con el maquillaje corrido y las marcas rojas en mi piel.

Apoyó la empuñadura en mi barbilla y empujó hacia arriba, obligándome a levantar la cabeza. Me permitió ver cómo se sonreía antes de dar la vuelta por detrás de mí. La suave gamuza acariciaba la piel que acababa de marcar. Hablé precipitadamente cuando vi la sombra de su brazo alzarse con el látigo otra vez.

—¿Me das permiso para preguntar, mi Amo?

—Adelante. Puedes preguntar todo lo que necesites.

—Exactamente... ¿por qué me estás castigando, mi Amo?

—No, preciosa. Te equivocas. Esto no es un castigo, es una negociación. Y pienso seguir “negociando” hasta que consiga lo que quiero. Aunque, francamente, espero tardar bastante en convencerte.

Se empleó a fondo en el cuarto azote. De vuelta a mi culo, consiguió arrancarme el ansiado grito. Ahora estaba empezando a hacerme daño. Me revolví. El hierro de los grilletes se clavó en mis muñecas.

—Tranquila. Acabo de empezar. Tenemos toda la noche por delante.

Lanzó el látigo, le dio la vuelta rápida en el aire y lo cogió por las colas. La mirada que me dedicó a continuación me hizo temblar. Colocó la punta de la empuñadura en mi ombligo y descendió despacio. Se detuvo justo antes de llegar. Tal vez solo para que pensara en la idea, o para enseñarme lo fácil que sería para él continuar.

—Creo que ya estás preparada para probar el siguiente —me quedé contemplando su espalda ancha mientras se alejaba de vuelta a la mesa.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo, mi Amo? —intentaba mantener mi voz firme, pero la mezcla de miedo y excitación no me permitía escucharme con claridad.

—Lo sé perfectamente —su tono era contenido, aunque no podía ver su cara.

—Me estás pidiendo que renuncie a mi trabajo. ¿Sabes lo que me ha costado conseguirlo?

—Encontrarás otro —su voz era tajante aunque moderada. La utilizaba para demostrar su control.

Cogió una pala de madera caoba, y se giró hacia mí. Las vetas oscuras hacían un extraño dibujo en la base. Si no hubiera sabido cuál iba a ser su finalidad inmediata, me habría admirado su belleza.

—¿En un país en el que ni siquiera hablo el idioma? ¿De qué?

Seguir la conversación me ayudaría a ganar tiempo, pero mi voz se descontrolaba a medida que se acercaba.

—Eso no es lo importante. Ni siquiera es necesario que trabajes. Juré proveerte y lo cumpliré —la pulida madera rozó mis glúteos con una fría caricia circular. —Y tú, juraste obedecerme...

No había terminado la última palabra cuando me obligó a interrumpirle con un grito. El golpe era mucho más seco, aunque se compensaba por la amplia superficie que abarcaba. La sensación era siempre la misma, aunque en distintos grados. Dolor, escozor, picor, y después una sensación de alivio tan dulce que solo podría denominar como placer, aunque era tan diferente de cualquier cosa a la que hasta ahora le había dado este nombre.

Si realmente había alguna salida, pasaba por concentrarme y analizar fríamente la situación. Pero tan pronto como volvió a levantar la pala, cortó el hilo de mi pensamiento. Mi cabeza había perdido el control de mi cuerpo. Podía ver su sonrisa por el rabillo del ojo cuando mis pies empezaron a moverse intentando esquivarle. Apenas me habría desplazado dos centímetros cuando me choqué con su antebrazo, como si fuera una vara de hierro.

—Cuando te conocí me dijiste que te encantaba que me apasionara mi trabajo, mi Amo —me obligué a seguir hablando, aunque con cada palabra ganara más papeletas para un nuevo azote. —Pero supongo que eso solo era hasta que me metiste en tu cama...

No sabía si me asustaba más el enfado que dejaba escapar a través de sus ojos, o la forma intimidante que movía la pala, dando suaves golpecitos sobre la palma izquierda. La sonrisa que se formó en sus labios ganó.

—Francamente, no sé si eres valiente o solo inconsciente.

Yo también empezaba a dudarlo. Sobre todo, porque no estaba tan segura de que mi trasero fuera tan atrevido como mi lengua.

—Aunque dios sabe que si de mí dependiera te pasarías el día atada a mi cama.

Le escuché aunque fue apenas un susurro, como si pensara en voz alta.

—Pero está bien. Si lo único que te preocupa es tu futuro laboral, vamos a analizarlo —dijo resolutivo. —Llevas tres años trabajando en el mismo puesto. En este tiempo, no han aumentado tus responsabilidades, no has tenido ningún ascenso, ni has cambiado de categoría profesional o salarial, ¿verdad?

—Bueno, la única opción de ascender sería coger el puesto de mi jefe, mi Amo —intenté demostrarle lo absurdo de su planteamiento.

—Efectivamente. Al que no puedes acceder por dos razones. La primera es que no estás cualificada para un puesto directivo, para eso necesitarías un máster, o experiencia, lo que nos lleva a la segunda. No está vacante, y dudo que lo esté, ni siquiera a largo plazo.

La precisión con la que acababa de diseccionar mi situación laboral en un minuto me dejó de piedra. Intentaba buscar un error, un punto débil en su formulación, pero era imposible. No lo había. Como siempre...

—Nunca se sabe. Shane podría ascender o le podrían ofrecer otro trabajo —le rebatí sin convicción, solo por no darle la razón tan rápido.

—No va a ascender —dijo rotundo. —Si está en ese puesto es por deferencia a su padre, y no conseguirá nada mejor, porque no lo va a buscar. Sabes perfectamente que no tiene la ambición, ni la capacidad de encontrar un trabajo parecido por sí solo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué sabes tantas cosas sobre él? —le increpé.

—Eso no es relevante. No te desconcentres —su voz era profunda, casi relajante. Me aferré a

ella. —Clara, mereces mucho más de lo que ese puesto puede ofrecerte.

—¿Te refieres a estar atada a tu cama, mi Aaaaaahhhhh... —sonrió aunque su golpe me demostró que mi ironía no le había gustado.

Su forma de pegarme evidenciaba su experiencia en algo totalmente desconocido para mí. Sabía dónde dar con cada instrumento, cuándo repetir en un mismo punto y, sobre todo, cómo espaciar los golpes para conseguir el máximo efecto.

El último palazo me había hecho darme cuenta de que estaba al límite de mi resistencia. Cada vez era más consciente de que estaba luchando en una batalla perdida de antemano. ¿Qué sentido tenía seguir retrasándolo?

Él lo alargaría durante horas si era necesario, deleitándose en cada segundo que durara, pero el resultado sería el mismo. En realidad, la única razón por la que no me rendía en ese mismo instante a él, era que mi amor propio me obligaba a resistir.

Abrí los ojos y le encontré de nuevo en la mesa, eligiendo. Dejé escapar un bufido de desesperación y giró la cabeza para disfrutar de la visión que le ofrecía. Se decidió por un nuevo látigo de varias colas, aunque esta vez eran de cuero negro y algunas de ellas tenían nudos a diferentes alturas.

—Creo que este te ayudará a tomar una decisión. Las tiras finas ofrecen menos resistencia al aire y el cuero es más rígido —me detallaba sus virtudes como si fuera un vendedor, mientras sus dedos se enredaban jugueteando con el cuero que en un momento sentiría en mi piel. —Por otro lado, los nudos le añaden un punto extra que seguro que sabrás apreciar.

Desapareció y sentí su pecho duro apretando mi espalda. Sus manos bajaron por mis caderas y, al llegar a mis muslos, los separaron bruscamente con ayuda de sus rodillas. Después pasó el látigo entre mis piernas, dejando que los nudos me acariciaran. Se estaba divirtiendo, excitándose.

—No... no... no... no... —podía detectar el pánico en mi propia voz.

—Preciosa, sabes que odio esa palabra. Si cierras las piernas, te haré más daño —su amenaza surtió su efecto.

—Puede que tengas razón y que no haya forma de progresar en mi trabajo —hablaba muy rápido, demasiado, como si tuviera un tiempo límite para convencerle. —Pero me gusta. Me gusta lo que hago, lo hago bien, y tengo que hacerlo aquí. Y tú también podrías trabajar aquí. Mrs Fitzgerald me lo dijo. Su marido está deseando que trabajes en la sucursal de Dublín.

Uno, dos, tres, cuatro y cinco. Los conté en un vano intento de mitigar el dolor. Mi respuesta no le había gustado. Se había parado delante de mí. Me estaba observando, esperando. Mis ojos estaban vidriosos. Apreté los párpados con fuerza y empujé las lágrimas hacia dentro. No iba a llorar. Le mantuve la mirada.

—Me encanta tu piel. Me encanta cómo reacciona a mis ataques —dijo acariciando una de las marcas de mi cintura.

Metió su dedo índice en mi sujetador, rodeando mi seno derecho, hasta que consiguió sacarlo de la tela, que servía de soporte. Repitió la operación con el izquierdo. Mis pezones erguidos miraban al cielo ayudados por la posición elevada de mis brazos.

—No te haces una idea de cuánto me gusta que te apasione tu trabajo. Y que luches con tanta fuerza por defenderlo, aunque sea conmigo... Pero supongo que tienes razón.

—¿Te quedarás en Dublín, mi Amo?

—No. Pero si quiero que formes parte de mis planes, debo compartirlos contigo. Te estoy pidiendo que saltes y que confíes en que yo seré tu red. Mereces saber por qué es importante para

mí, para nosotros...

No me miraba mientras hablaba. Toda su atención estaba en mis pechos que acariciaba suavemente, dejándome adivinar cuál sería el siguiente objetivo de su látigo.

—Me han ofrecido crear un nuevo departamento... mi propia división, para desarrollar mi proyecto. No solo lo dirigiré; yo lo estructuraré, elegiré los cargos, distribuiré los fondos... Seré el responsable en todas las sucursales, a nivel mundial... y solo responderé ante el director general.

Podía sentir su entusiasmo a pesar de su esfuerzo por controlarlo. Sus ojos brillaban al explicarlo. Casi podía sentir su pasión como si fuera propia, y su orgullo. El orgullo de una persona que ha conseguido su meta por méritos propios.

—No creo que mi trabajo sea más importante que el tuyo, Clara, pero... Está claro que aquí hay un conflicto de intereses y... Tenemos que pensar en la mejor solución para el bien común... para nuestro futuro. Tú eres mi prioridad. Créeme, no me ha sido fácil tomar una decisión, pero...

—Tú has tomado la decisión.

—Tú me diste ese poder. Tengo que pensar en los dos y tengo que ser práctico. Yo voy a ganar más dinero en un mes de lo que... —se calló.

—... de lo que yo gano en un año —terminé su frase.

—En uno y medio, para ser exactos... —sonrió con humildad, aunque sabía que era verdad, se había molestado en calcularlo. —Me encanta que te guste tu trabajo, y nunca se me ocurriría prohibirte que trabajaras, pero quiero que tengas libertad, y mi ascenso nos dará los medios para que tú puedas hacer lo que quieras.

—Genial. Por fin he llegado a lo que puedo aspirar, ser una mantenida...

Un azote rápido, como respuesta, me arrancó otro grito.

—Clara, no pretendo hacer de ti algo que no eres. Tú tienes unas capacidades increíbles. Con la formación adecuada, podrías estar en el puesto directivo que quisieras. Y si quieres, puedes hacer eso.

Negué con desesperación. No había salida. ¿Cómo podía renunciar a mi trabajo, a mi vida, para seguirle? Pero ¿cómo podía pedirle que abandonara su sueño, por fin hecho realidad, para quedarse a mi lado?

—¿Y si lo planteamos de otra forma? Te estoy ofreciendo un año sabático, con los recursos para hacer lo que quieras. Aprenderás a hablar alemán fluido y, mientras tanto, puedes hacer lo que quieras. Estudiar, descansar... Clara, si quieres trabajar yo mismo te daré trabajo. Lo que tú quieras. Considéralo una beca.

—¿Me estás pidiendo que sea tu becaria?

Me arrepentí de mis palabras en el mismo momento en que me recorrió de abajo a arriba con una mirada maliciosa. Casi podía ver la imagen que se había dibujado en su mente.

—Preciosa, en tu situación no te conviene que me excite... —era especialmente extraño escucharle decir eso cuando todos los poros de su cuerpo exhalaban sexo —... más.

Se quedó mirándome, esperando una respuesta.

—En un año dominarás la lengua y podrás retomar tu carrera o empezar una nueva... si quieres.

—Mi Amo... no puedo aceptar eso...

—Respuesta equivocada —apenas le oí. El latigazo en mi pecho ensordeció todo lo demás. Esperó hasta que paré de gritar. —Solo me iré de aquí contigo.

Veía sus ojos castaños a través del pelo revuelto que le caía en la cara; eran sinceros. Sergio había trabajado incansablemente para conseguir la oportunidad que ahora le brindaban. Se lo

merecía. En las últimas semanas, se había quitado horas de sueño, para no quitármelas a mí. No tenía derecho a hacerle elegir.

—Mi Amo, dame un mes. Después iré...

—No. Eso no es una opción. No te voy a dejar sola aquí.

—Pero tengo que asegurarme de que encuentran a alguien antes de...

Cogió una de las varas y la blandió en el aire mientras se acercaba a mí. Las palabras se congelaron en mis labios. Podía sentir el dolor que me haría antes de que me tocara. Sergio no iba a capitular hasta que consiguiera lo que quería. Todo. Él lo sabía y yo acababa de entenderlo. La tortura no terminaría hasta que tuiera todo lo que quería, y no haría ninguna concesión.

—NO. Sergio... —frenó en seco. Respiré hondo antes de volver a hablar. —Haré lo que tú digas, mi Amo. Lo que tú desees.

—¡Sí! Eso es exactamente lo que quería oír.

Su sonrisa de satisfacción junto con su mirada triunfal hizo que el corazón me diera un vuelco. Solo deseaba complacerle.

Se dirigió al gancho donde había asegurado la cadena en la pared. Soltó unos cuantos eslabones y la volvió a enganchar. Mis pies se apoyaron completamente en el suelo, permitiéndome descansar, y mis brazos ya no quedaban totalmente estirados. Los músculos de las piernas me temblaban por el tiempo en que habían permanecido en tensión mientras intentaba relajar los hombros con movimientos circulares hacia delante y atrás. Cogió la llave de las esposas y liberó mi mano izquierda. Masajeó la muñeca con cuidado.

Se separó de mí para dirigirse de nuevo a la mesa y mi cuerpo se estremeció ante la idea de que se le ocurriera continuar su tortura. Sin embargo, cuando regresó a mí, solo llevaba un bolígrafo.

Cogió mi mano izquierda, sacó su anillo de mi dedo anular y lo guardó en su mano. Destapó el bolígrafo con la boca, y en la minúscula porción del dedo donde se empezaba a perfilar la marca blanca del anillo, escribió su nombre con diminuta y perfecta letra cursiva. Cuando terminó, unió la o final con una línea recta alrededor del dedo con la S inicial. Lo cubrió con su anillo, para comprobar que quedaba totalmente tapado, y volvió a moverlo apenas un centímetro para que admirara su obra.

Me miraba esperando a que atara cabos, aunque después de lo que acababa de ocurrir, eso no era tan fácil. Tal vez estaba demasiado cansada para procesar la información o simplemente me negaba a captar su mensaje.

—Esperaba tener más tiempo. Como te he dicho antes, pensaba que no tendría una respuesta hasta la semana que viene como mínimo. Encargué la alianza el lunes cuando volvimos de Berlín. Cuando llevé tu anillo para ajustarlo. Quería que fuera un diseño a medida y la joyería no puede tenerla lista hasta el próximo martes. Por ahora tendrá que valer con tinta —esperó un par de minutos más. —¿Lo entiendes?

Seguía sin reaccionar, solo miraba mi mano.

—Clara, quiero casarme contigo —ahora, después de oírlo palabra por palabra, me costaba aún más creerlo. —Sé perfectamente lo que significa lo que vas a hacer por mí. Te he pedido que lo dejes todo por mí. No voy a dejar que pienses que no soy consciente del sacrificio que te estoy pidiendo o que no lo valoro, y por eso, no voy a dejar que lo hagas a cambio de nada. Si alguna vez... todo lo que tengo será tuyo. Tú siempre estarás bien.

—Si alguna vez, ¿qué?

Abrió la otra esposa y soltó la mano derecha, y casi me desplomé sobre él, como si me hubiera

privado de mi único punto de sujeción. Me levantó en sus brazos.

—Nada. Si alguna vez, nada. Olvídalo, preciosa. Lo has hecho muy bien.

Me llevó a la cama.

- O -

Adoraba el tiempo que me dedicaba después de cada una de nuestras intensas relaciones, solo para mí. Había leído en algún sitio que se llamaba after-care. Para mí era el tiempo para traerme de vuelta, y en el que completaba un todo para que tuviera sentido.

—No puedes torturarme cada vez que me resista a hacer lo que tú quieras. ¿Qué será la próxima vez?

Su mirada me dejó claro que había dejado de escucharme y ahora se lo estaba pensando. Mientras sus manos seguían consintiendo mi cuerpo con las caricias más dulces.

—Me muero por dibujar con cera derretida sobre tu piel. ¿Sabes? Todo depende de la altura desde la que se deja caer la cera. Se puede pasar de una sensación de calor placentero a un fuego intenso.

Sus dedos que acariciaban mi vientre distraídos empezaron a dibujar círculos alrededor de mi ombligo.

—Tengo muchísima curiosidad de ver las tonalidades que puedo sacar a tu piel.

No sabía si pretendía asustarme, coartarme, o excitarme, pero lo había conseguido todo.

Las primeras opiniones siempre son las más importantes.
Mil gracias por tomarte un minuto en dejar tu valoración o un comentario.

Son la mejor recompensa a este trabajo.

Sigue disfrutando de *Cuando, Donde y Como Quieras*
con la entrega final de la saga *Como Quieras*
próximamente disponible en Amazon.

Título original: Donde Quieras
Primera edición: Junio 2020
Diseño portada: A. Diaz

© 2020, C. Pons

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.